

WILLIAM BARCLAY

COMENTARIO AL NUEVO TESTAMENTO - Tomo 5 -

Evangelio según san Juan (1)

PRESENTACIÓN

El estar dedicado este comentario al libro del Nuevo Testamento que es el gran favorito de la mayoría, nos hace más exigentes; pero William Barclay, una vez más, cumple y supera ampliamente todas nuestras expectativas.

Con la claridad y la naturalidad a que nos tiene acostumbrados, aquí también bucea en las profundidades de los sentidos ocultos bajo la superficie, y se remonta, como sobre alas de águila, para describirnos panoramas alucinantes que no se pueden vislumbrar con la vista de la razón a secas. Nos introduce en escenas y escenarios: el pradillo herboso cerca de Betsaida Julias en el que se ha reunido una expectante, cansada y hambrienta muchedumbre; el Atrio de los Gentiles del templo de Jerusalén, con su tráfico mercantil que dificulta el recogimiento de sinceros buscadores de Dios; el Huerto de Getsemaní, a la luz de la luna llena de la Pascua, repentinamente invadido por todo un cuerpo de ejército que busca a un Carpintero; la orilla del Mar de Galilea al amanecer, en la que el Resucitado espera, con el desayuno dispuesto en el fuego, el retorno de unos pescadores agotados después de una noche de infructuoso faenar... Y nos presenta a personajes que no pueden parecernos más vivos ni más reales: Andrés, que llevaba a Jesús a todos los que podía; la marginada Samaritana, liberada para enfrentarse consigo misma y con la vida; Pedro, impetuoso y seguro de sí mismo, que sufre un fracaso y lo supera, y tantos otros que comparten con nosotros sus luchas, y su supremo descubrimiento.

Al lado de personajes notables de la historia universal o de la de la Iglesia aparecen figuras insignificantes para los historiadores, que nos transmiten ejemplos conmovedores, como el chico o el mecánico que dieron su vida en la guerra para comunicar un mensaje o restablecer una comunicación; o la niña del suburbio que se preguntaba si le molestaría a Dios que cogiera algunas de Sus margaritas; o los niños gitanos visitando reverentes una catedral inglesa; o los escolares escoceses que echaban de menos a Jesús un día de tormenta... O historias tan conmovedoras como la de la pareja enamorada de O'Henry, o la del jefe amerindio y el misionero.

Desarrolla magistralmente los grandes temas joaninos, como: La Palabra, en sus trasfondos hebreo y griego; el nuevo nacimiento; la relación entre el amor y la obediencia; la unidad de la Iglesia; la oración en el nombre de Jesús, y la persona y la obra del Espíritu Santo. Presta la debida atención a los títulos de Jesucristo tan característicos del Evangelio de Juan: El Buen Pastor; el Cordero de Dios; la Luz del mundo; el Camino, la Verdad y la Vida, etc., etc.; y a la enseñanza acerca de la deidad, preexistencia y omnisciencia de Cristo, así como de Su humanidad: Su majestad, autoridad, honestidad, simpatía, independencia, intrepidez, etc.

Nos aclara circunstancias históricas y costumbristas como la enemistad secular entre judíos y samaritanos; el sentido y el ritual de las fiestas judías; la gran hazaña de ingeniería del túnel de Siloé; la importancia de los pastores en la historia de Israel; el carácter del agua en la antigüedad; cómo se celebraban las bodas, y cómo se organizaban los duelos, etc., etc.

No faltan toques de humor, como la semblanza de «los fariseos acardenalados» de la Misná, o de «los ministros funerarios» de Spurgeon. Explica frases como «entrar y salir», «el canto del gallo», «estar en el seno de alguien»; y otras más misteriosas, como «Yo dije: ¡Sois dioses!»; y nos ilumina detalles pictóricos que se nos podrían pasar desapercibidos, como que los panecillos del chico eran de cebada; y saca deducciones que hacen comprender mejor los hechos, como la colocación de los comensales en la última Cena.

«Detrás de este evangelio -escribe Barclay al final de la Introducción- está toda la iglesia de Éfeso, toda la comunión de los santos, el último de los apóstoles, el Espíritu Santo y el mismo Cristo Resucitado.»

Alberto Araujo

INTRODUCCIÓN AL EVANGELIO SEGÚN SAN JUAN

EL EVANGELIO DE LA MIRADA DE ÁGUILA

Para muchos cristianos, *El Evangelio según san Juan* es el libro más precioso del *Nuevo Testamento*. Es el libro en el que, por encima de todo, alimentan sus mentes, edifican sus corazones y descansan sus almas. A menudo encontramos en las vidrieras de colores y sitios así a los evangelistas representados simbólicamente con las figuras de los cuatro seres vivientes que vio el autor del *Apocalipsis* alrededor del trono de Dios (*Apocalipsis 4:7*). Los símbolos se distribuyen de diversas maneras

entre los evangelistas; pero lo más corriente es asignar *el hombrea Marcos*, porque es el más sencillo y natural y humano de los evangelios; *el león* representa a *Mateo*, porque es el que vio a Jesús específicamente como el Mesías y el León de la tribu de Judá; *el becerro* corresponde a *Lucas*, porque es el animal del servicio y del sacrificio, y Lucas vio a Jesús como el gran Siervo de los hombres y el Sacrificio universal por toda la humanidad, y el *águila* representa a *Juan*, porque es el único animal que puede mirar directamente al Sol sin deslumbrarse, y *Juan* tiene la mirada más penetrante de todos los autores del *Nuevo Testamento* para escrutar las verdades y los misterios eternos y la misma naturaleza de Dios. Muchos se encuentran más cerca de Dios y de Jesucristo en *Juan* que en ningún otro libro del mundo.

EL EVANGELIO QUE ES DIFERENTE

Pero no tenemos más que leer el Cuarto Evangelio de corrido para darnos cuenta de que es distinto de los otros tres. Omite muchas cosas que los otros incluyen. Por ejemplo: no nos relata el nacimiento de Jesús, ni el bautismo, ni las tentaciones; no hace referencia a la última Cena, ni a Getsemaní, ni a la Ascensión. No nos dice ni una palabra de la curación de personas que estuvieran poseídas por demonios o espíritus malos. Y, probablemente lo más sorprendente: no contiene ninguna de las parábolas que contó Jesús y que son una parte tan preciosa de los otros tres evangelios. En ellos Jesús usa, o bien esas historias maravillosas, o breves frases epigramáticas y gráficas que se quedan en la memoria. Pero el Cuarto Evangelio nos conserva discursos de Jesús que ocupan a veces capítulos enteros, y que son exposiciones razonadas y desarrolladas, muy diferentes de los dichos jugosos e inolvidables de los otros tres evangelios.

Todavía más sorprendente es que el relato que nos hace el Cuarto Evangelio de los hechos de la vida y el ministerio de Jesús es a menudo distinto del de los otros tres.

(i) *Juan* hace un relato distinto del *principio* del ministerio de Jesús. En los otros tres evangelios se deja bien claro que Jesús no surgió como predicador hasta después que metieron a Juan el Bautista en la cárcel. «Después que Juan fue encarcelado, Jesús vino a Galilea predicando el Evangelio del Reino de Dios» (*Marcos 1:14; Lucas 3:18ss; Mateo 4:12*). Pero en *Juan* hay un período considerable de tiempo durante el cual el ministerio de Jesús coincide con la actividad de Juan el Bautista (*Juan 3:22-30, 4:1-2*).

(ii) *Juan* presenta un *escenario* distinto del ministerio de Jesús. En los otros tres evangelios, el principal escenario del ministerio es Galilea, y Jesús no llega a Jerusalén hasta la última semana de Su vida. En *Juan* el principal escenario es Jerusalén y Judea, con ciertas retiradas ocasionales a Galilea (*Juan 2:1-13; 4:35-5:1; 6:1-7:14*). En *Juan*, Jesús está en

Jerusalén en una Pascua, que es cuando purifica el templo según *Juan (2:13)*; está en Jerusalén otra vez en una fiesta de la que no se nos da el nombre (*Juan 7:2, 10*); está allí en la Fiesta de la Dedicación, en invierno (*Juan 10:22*). Más aún, según el Cuarto Evangelio Jesús ya no se marchó de Jerusalén desde aquella fiesta; desde el capítulo 10 se queda en Jerusalén todo el tiempo, que puede querer decir meses, desde la Fiesta de la Dedicación en invierno hasta la Pascua en la primavera, cuando Le crucificaron.

En esta cuestión lo más probable es que *Juan* esté en lo cierto. Los otros evangelios nos presentan a Jesús haciendo duelo por Jerusalén cuando llega a ella la última semana: <Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas y apedreas a los que Dios te envía, ¡cuántas veces he querido reunir tus hijos como junta sus pollitos la gallina debajo de sus alas! Pero no quisiste...> (*Mateo 23:37=Lucas 13:34*). Está claro que Jesús no podría haber dicho eso si no hubiera hecho repetidas visitas a Jerusalén y le hubiera dirigido Su invitación repetidas veces. Era imposible que dijera eso en Su primera visita. En esto no cabe duda de que *Juan* está en lo cierto.

De hecho, fue esta diferencia de escenario lo que le sugirió a Eusebio una de las primeras explicaciones de las diferencias entre el Cuarto y los otros tres evangelios. Dijo que en su tiempo (hacia el 300 d.C.) muchos investigadores mantenían la siguiente opinión. Mateo predicó al principio al pueblo hebreo. Llegó el momento en que tuvo que marcharse para ir a otras naciones. Antes de irse escribió su relato de la vida de Jesús en hebreo, «y así compensó por la falta de su presencia a los que tuvo que dejar.» Después que Marcos y Lucas publicaron sus evangelios, *Juan* seguía predicando oralmente la historia de Jesús. «Por último se puso a escribir por la siguiente razón: los tres evangelios ya mencionados estaban en las manos de todos y en las suyas también, y dicen que él los aceptaba totalmente y daba testimonio de su fiabilidad; *pero faltaba en ellos el relato de lo que Jesús había hecho al principio de Su ministerio...* Así es que dicen que *Juan*, cuando le pidieron que lo hiciera por esta razón, puso en su evangelio el relato del período que habían omitido los evangelistas anteriores, y de los hechos del Salvador durante ese tiempo; es decir, de lo que hizo antes de que metieran en la cárcel a Juan el Bautista... Por tanto *Juan* refiere los hechos de Jesús de *antes de que* el Bautista fuera encarcelado; pero los otros tres evangelistas tratan de lo que sucedió *después de ese tiempo...* *El Evangelio según Juan* contiene los primeros hechos de Cristo, mientras que los otros hacen un relato de la última parte de Su vida» (Eusebio, *Historia Eclesiástica 5:24*).

Así que, según Eusebio, no hay la menor contradicción entre el Cuarto Evangelio y los otros tres; las diferencias se deben al hecho de que el Cuarto Evangelio está describiendo, por lo menos en los primeros capítulos, el ministerio en Jerusalén que

precedió. al ministerio de Galilea, y que tuvo lugar cuando Juan el Bautista estaba todavía en libertad. Es muy posible que esta explicación de Eusebio sea correcta, por lo menos en parte.

(iii) *Juan* da una impresión diferente de *la duración* del ministerio de Jesús. Los otros tres evangelios parece que implican que duró solamente un año. En su relato no se menciona la Pascua nada más que una vez, mientras que en *Juan* hay tres Pascuas: la de la purificación del templo (*Juan 2:13*); otra cerca de la multiplicación de los panes y los peces (*Juan 6:4*), y la última, cuando crucificaron a Jesús. Según *Juan*, el ministerio de Jesús debe de haber ocupado un mínimo de dos años, y más probablemente un período más cerca de los tres, para incluir todos los acontecimientos. De nuevo *Juan* está en lo cierto, como advertiremos si leemos los otros tres evangelios con atención. Cuando los discípulos arrancaron las espigas (*Marcos 2:23*) debe de haber sido primavera. Cuando Jesús dio de comer a los cinco mil, se sentaron en *la hierba verde* (*Marcos 6:39*), lo que quiere decir que era primavera otra vez; y debe de haber pasado un año entre los dos acontecimientos. A eso sigue el viaje que hicieron por Tiro y Sidón, y la Transfiguración. En la historia de la Transfiguración, Pedro quería hacer

tres chozas para quedarse allí. Lo más natural es pensar que era el tiempo de la Fiesta de los Tabernáculos o chozas, y que por eso hizo Pedro aquella sugerencia (*Marcos 9:5*), lo que colocaría la escena a principios de octubre; y a eso seguiría el

período hasta la última Pascua, al principio de la primavera siguiente. Por consiguiente, en el relato de los otros tres evangelistas podemos leer entre líneas que el ministerio de Jesús

se extendió de hecho por lo menos tres años, que es lo que presenta Juan.

(iv) Algunas veces hasta sucede que *Juan* difiere de los otros en cuestión de hechos. Hay dos ejemplos sobresalientes. El primero es que *Juan* coloca la Purificación del templo *al principio* del ministerio de Jesús (*Juan 2:13-22*), y *los otros* la colocan *al final* (*Marcos 11:15-17*; *Mateo 21:12-13*; *Lucas 19:45-46*). El segundo ejemplo es que, cuando lleguemos a estudiar los relatos en detalle, veremos que *Juan* fecha la crucifixión de Jesús el día antes de la Pascua, mientras que los otros evangelios la ponen en el mismo día de la Pascua.

No podemos hacernos los ciegos a las diferencias obvias que existen entre *Juan* y *los otros* evangelios.

CONOCIMIENTOS EXCLUSIVOS DE JUAN

Una cosa es segura: Si *Juan* difiere de los otros evangelios, no es ni por ignorancia ni por falta de información. El hecho indudable es que, si omite mucho de lo que los otros relatan, también refiere mucho que los otros no mencionan. *Juan* es el único que cuenta las bodas de Caná de Galilea (2:1-11); la conversación de Jesús con Nicodemo (3:1-15); la historia de la samaritana (4); la resurrección de Lázaro (11); cómo Jesús les lavó los pies a Sus discípulos (13:1-17), y la enseñanza maravillosa de Jesús acerca del Espíritu Santo, el Confortador, que se encuentra extendida por los capítulos 14 al 17. Es sólo en *Juan* donde se identifican algunos de los discípulos: Tomás habla (11:16; 14:5; 20:24-29); se nos revela el carácter de Andrés (1:4,0-41; 6:8-9; 12:22); tenemos detalles del de Felipe (6:5-7; 14:8-9), y escuchamos la crítica mordaz de Judas a la unción de Betania (12:4-5). Y lo curioso es que estos detalles extra son intensamente reveladores. Los retratos que hace Juan de Tomás, Andrés y Felipe son como camafeos o viñetas en los que ha quedado grabado su carácter de, una manera que nos resulta inolvidable:

Además, una y otra vez Juan aporta detalles que parecen proceder del recuerdo vivo de uno que estuvo allí: los panecillos que el chaval Le trajo a Jesús eran *de cebada* (6:9); cuando Jesús se acercó a sus discípulos cuando estaban cruzando el lago en medio de la tempestad, habían remado *de cinco a seis kilómetros* (6:19); había *seis tiñajas de piedra* en Caná de Galilea (2:6); Juan es el único que dice que los cuatro soldados *se jugaron la túnica inconsútil* mientras Jesús estaba muriendo. (19-23); sabía el peso exacto de la mezcla de mirra y áloe, *cien libras*, que llevó Nicodemo para ungir el cuerpo de Jesús (19:39), y recordaba cómo el aroma del perfume de la unción *se había extendido por toda* la casa de Betania (12:3). Muchos de estos detalles parecen tan insignificantes que no tendrían ninguna importancia si no fuera porque son indicios del testimonio fidedigno del narrador.

Por mucho que difiera Juan de los otros tres evangelios, las diferencias no se pueden atribuir a ignorancia, sino más bien al hecho de que tenía más conocimientos, o mejores fuentes, o una memoria más fiel que los otros.

Adicional evidencia de la información especializada del autor del Cuarto Evangelio se encuentra en su *conocimiento detallado de Palestina y de Jerusalén*. Sabía el tiempo que se había invertido en la construcción del templo (2:20); que los judíos y los samaritanos estaban enemistados tradicionalmente (4:9); la baja opinión que los judíos tenían de las mujeres (4:9), y el concepto que tenían del sábado (5:10; 7:21-23; 9:14). Tenía un conocimiento íntimo de la geografía de Palestina: conocía dos Betanias, una de las cuales estaba al otro lado del Jordán (1:28; 12:1); sabía que algunos de los discípulos eran

de Betsaida (1:44; 12:21); que Caná estaba en Galilea (2:1; 4:46; 21:2), y que Sicar estaba cerca de Siquem (4:5). Tenía un conocimiento de Jerusalén calle por calle: conocía la Puerta de las Ovejas y el estanque que había por allí cerca (5:2); el

estanque de Siloé (9:7); el Pórtico de Salomón (10:23); el torrente Cedrón (18:1); el enlosado que se llamaba Gabatá (19:13), y Gólgota, que es como una calavera (19:17). Debe recordarse que Jerusalén fue destruida el año 70 d.C., y que Juan no escribió hasta el año 100 o por ahí; y, sin embargo, se conocía Jerusalén como la palma de la mano.

CIRCUNSTANCIAS EN QUE ESCRIBIÓ JUAN

Ya hemos visto que hay **diferencias innegables entre** el Cuarto y los otros tres evangelios; y también hemos visto que, fuera por la razón que fuera, no era por falta de conocimiento por parte de Juan. Ahora debemos preguntarnos: ¿Qué propósito tenía Juan al escribir su evangelio? Si podemos descubrirlo, también descubriremos por qué seleccionó y elaboró los hechos de esa manera.

El Cuarto Evangelio se escribió en Éfeso hacia el año 100 d.C. Para entonces habían surgido dos características especiales en la situación de la Iglesia Cristiana. La primera, *que el Cristianismo se había desplazado al mundo gentil*. La Iglesia Cristiana ya no era predominantemente judía; todo lo contrario: era gentil en su inmensa mayoría. Casi todos sus miembros procedían, no de un trasfondo judío, sino helenístico. En tales circunstancias, *había que plantear el Cristianismo de nuevo*. No es que hubiera cambiado la verdad del Evangelio; pero había que cambiar los términos y las categorías en que se había expresado anteriormente.

Vamos a tomar sólo un ejemplo. Si un griego tenía en la mano el *Evangelio según san Mateo*, en cuanto empezara a leerlo se encontraría con una larga genealogía. Los judíos estaban familiarizados con las genealogías, pero a los griegos les parecían algo sumamente extraño. Si seguía leyendo, se encontraba con que Jesús era hijo de David, un rey del que los griegos ni siquiera habrían oído, y que era el símbolo de una ambición racial y nacionalista que no le decían nada. Luego se encontraría con la descripción de Jesús como el Mesías, un término que no habría oído nunca. ¿Es que un griego que quisiera hacerse cristiano estaba obligado a reorganizar todas las categorías de su pensamiento para que se ajustaran a las de los judíos? ¿Tendría que aprender un montón de la historia de los judíos y de su literatura apocalíptica: (que, hablaba de la venida del Mesías) antes de poder ser cristiano? Como lo expresó E. J. Goodspeed: «¿No había manera de que se le pudiera introducir directamente a las realidades de: la Mística cristiana sin tener que pasar, diríamos «que ser reciclado», al judaísmo?» Los griegos -eran los mejores.. pensadores del mundo. ¿Tenían que abandonar la totalidad de su gran herencia intelectual, y empezar a pensar en los términos y las categorías. de pensamiento de los judíos?

Juan se enfrentó con este problema directa y honradamente. Y encontró una, de las mayores soluciones. que hayan entrado nunca en la mente humana. Más adelante, en el comentario, trataremos. de la gran solución de Juan mucho más en detalle. De momento sólo la mencionaremos brevemente. Los griegos tenían dos grandes concepciones.

(a) Tenían la concepción del *Logos*. En griego, *logos* quiere decir dos cosas: *palabra* y *razón*. Los judíos estaban familiarizados con la idea de la Palabra todopoderosa de Dios: «Dios dijo: « ¡Que haya luz!» Y hubo luz» (*Génesis 1:3*). Los griegos estaban familiarizados con la idea de la razón. Cuando observaban el universo, veían un orden magnífico e infalible. El día y la noche se sucedían con constante regularidad; las estaciones del año seguían su turno indefectiblemente; las estrellas y los planetas recorrían sus rutas invariables; la naturaleza tenía leyes inalterables. ¿Qué producía este orden? Los griegos contestaban sin dudar que *el Logos*, la Mente de Dios, es responsable del orden mayestático del universo. Y a la pregunta sobre qué es lo que le da al hombre la capacidad de pensar, razonar y saber, contestaban igualmente sin la menor duda que *el Logos*, la Mente de Dios que mora en el interior del hombre, le hace un ser pensante racional.

Juan se aferró a esta idea. Así era como pensaba en Jesús. Les decía a los griegos: «Toda la vida habéis estado fascinados por esa gran directriz y controladora Mente de Dios. Pues bien: la Mente de Dios ha venido al mundo en el hombre Jesús. Miradle, y veréis cómo .son la Mente y , el pensamiento de Dios.» Juan había descubierto una nueva categoría en la que los griegos podían pensar en Jesús, una categoría en la que se presentaba, a Jesús como nada menos que Dios actuando en forma humana.

(b) Tenían -la concepción de dos mundos. Los griegos siempre pensaban en dos mundos: Uno era-el mundo en que vivimos, un mundo, maravilloso •a su modo, pero que es un mundo de sombras: y copias e irrealidades. El otro era el mundo real, en el que las grandes realidades, de las que nuestras cosas terrenas son sólo copias pobres y pálidas, permanecen para siempre. Para los griegos, el mundo invisible era el :mundo real; él mundo visible era sólo una sombría irrealidad.

Platón sistematizó esa manera de pensar en su doctrina de las formas o ideas. Mantenía que en el mundo invisible estaba el modelo perfecto de todas las cosas, y que las cosas de este mundo eran copias sombrías de esos modelos eternos. Dicho más sencillamente: Platón mantenía que en algún lugar está el modelo perfecto de una mesa, del que todas las mesas de este mundo son copias imperfectas; en algún lugar está el modelo perfecto de lo bueno y de lo bello, del que toda bondad y belleza terrenas son sólo copias imperfectas. Y la gran realidad, la idea suprema, el modelo de todos los modelos y la forma de todas las formas era Dios. El gran problema era cómo salir de este mundo de sombras, y entrar en el mundo de la realidad. Juan declara que eso es precisamente lo que Jesús nos capacita para hacer. Él *es* la realidad, que ha venido a la Tierra. La palabra griega para *real* es *aléthinós*; está íntimamente relacionada con *aléthés*, que quiere decir *verdadero*, y con *alétheía*, que quiere decir *la verdad*. La antigua versión Reina Valera y la revisión de 1960 traducen *aléthinós* por *verdadero*; habría sido mucho mejor traducirlo por

real. Jesús es la luz *real* (1:9); Jesús es el pan *real* (6:32); Jesús es la vid *real* (15:1); a Jesús Le pertenece el juicio *real* (8:16). Jesús es el único que encarna la realidad en nuestro mundo de sombras e imperfecciones.

Hay algo que se deriva de esto. Todas las acciones que Jesús llevó a cabo son, por tanto, no sólo hechos que ocurrieron en el tiempo, sino ventanas por las que se nos permite contemplar la realidad. Eso es lo que Juan quiere decir cuando habla de los milagros de Jesús como *señales* (*sémeía*). Las obras maravillosas de Jesús no eran simplemente hechos admirables; eran ventanas que se abrían a la realidad que es Dios. Esto explica por qué Juan nos relata los milagros de una manera completamente diferente de la de los otros tres evangelistas. Hay dos diferencias principales.

(a) En el Cuarto Evangelio echamos de menos el carácter de compasión que se encuentra en los relatos de los otros tres. En los otros fue la compasión lo que movió a Jesús a sanar al leproso (*Marcos* 1:41); Su simpatía lo que le salió al encuentro a Jairo (*Marcos* 5:22); Le dio pena del padre del muchacho epiléptico (*Marcos* 9:14); cuando devolvió a la vida al hijo de la viuda de Naín, Lucas dice con una ternura infinita que «se le devolvió a su madre» (Lucas 7:15). Pero en *Juan* los milagros no son tanto obras de compasión como acciones que demuestran la gloria de Cristo. Después del milagro de Caná de Galilea, Juan comenta: «Esta, la primera de Sus señales, la hizo Jesús en Caná de Galilea, y manifestó *Su gloria*» (*Juan* 2:4). La resurrección de Lázaro tuvo lugar «para la gloria de Dios» (*Juan* 11:4). La ceguera del ciego de nacimiento existía para permitir la demostración de la gloria de las obras de Dios (*Juan* 9:3). No es que para Juan no hubiera amor ni compasión en los milagros; pero en ellos veía la gloria de la realidad de Dios abriéndose paso en el tiempo y en las condiciones humanas.

(b) A menudo los milagros de Jesús en el Cuarto Evangelio van acompañados de largos discursos. La multiplicación de los panes y los peces va seguida de un largo mensaje sobre el pan de vida (capítulo 6); la curación del ciego viene a ilustrar el dicho de que Jesús es la luz del mundo (capítulo 9); la resurrección de Lázaro conduce al dicho de que Jesús es la resurrección y la vida (capítulo 11). Para Juan, los milagros no eran simplemente acontecimientos singulares en el tiempo, sino vislumbres de lo que Dios está haciendo siempre y de lo que es Jesús. siempre; son ventanas a la realidad de Dios. No es sólo que Jesús alimentó una vez a cinco mil personas; esa era una ilustración de que es siempre el pan de vida real. No es sólo que Jesús le dio la vista a uno que había nacido ciego, sino que El es siempre la luz del mundo. No es sólo que Jesús resucitó una vez a Lázaro, sino que Él es siempre y para todos los hombres la resurrección y la vida. Para Juan, un milagro no era meramente un hecho aislado, sino una ventana abierta a la realidad de lo que Jesús ha sido siempre, y es, y siempre ha hecho, y siempre hace.:

Con esto en mente, aquel gran investigador que fue Clemente de Alejandría (c. 230 d.C.) llegó a uno de los más famosos y convincentes veredictos acerca del origen y propósito del Cuarto Evangelio. Su sugerencia era que los evangelios que contienen las genealogías se habían escrito primero -es decir, *Mateo* y *Lucas*-; y que más tarde Marcos, a ruego de muchos que habían oído predicar al apóstol Pedro, escribió su evangelio, que incluía los materiales de la predicación de Pedro; y que «por último, Juan, reconociendo que lo que hacía referencia a las cosas corporales del ministerio de Jesús se había narrado suficientemente, y animado por sus amigos e inspirado por el Espíritu Santo, escribió *un evangelio espiritual*.» (Citado por Eusebio, *Historia Eclesiástica* 6:14). Lo que Clemente quería decir era que Juan no estaba tan interesado en los hechos concretos como en su significado; no tanto en los datos como en la verdad. Juan no veía los acontecimientos de la vida de Jesús simplemente como sucesos en el tiempo; los veía como ventanas por las que se ve la eternidad; e investigaba el sentido espiritual de los hechos y de las palabras de Jesús como no lo intentaron los otros tres evangelistas.

Ese sigue siendo uno de los veredictos más convincentes y profundos que se han alcanzado acerca del Cuarto Evangelio.

Así pues, lo primero de todo, Juan presentó a Jesús como la Mente de Dios que había venido a la Tierra en una Persona humana; una Persona que posee la realidad en vez de las sombras, y que puede conducir a los hombres de las sombras al mundo real que Platón y otros grandes griegos habían intuido. El Evangelio, que había estado revestido con el ropaje de las categorías judías, asumió por fin la grandeza del pensamiento de los griegos.

EL BROTE DE LAS HEREJÍAS

El segundo de los hechos importantes que confrontaban a la Iglesia cuando se escribió el Cuarto Evangelio era *el brote de las herejías*. Hacía ya setenta años que Jesús había sido crucificado. La Iglesia era ya una organización y una institución. Se iban concibiendo y formulando teologías y credos; e, inevitablemente, los pensamientos de algunos siguieron caminos equivocados y surgieron herejías. Una herejía no suele ser una falsedad total; a menudo se produce cuando se subraya exageradamente algún aspecto de la verdad. Podemos descubrir por lo menos dos de las herejías que el autor del Cuarto Evangelio trataba de combatir.

(a) Había ciertos cristianos, especialmente los de origen judío, que le asignaban un lugar demasiado alto a Juan el Bautista. Había habido algo en él que era natural que produjera una gran impresión en los judíos. Pertenecía a la estirpe de los profetas, y hablaba con voz profética. Sabemos que en tiempo posterior hubo una secta de Juan el Bautista.

En *Hechos* 19:1-7 leemos que Pablo encontró en Éfeso a

un grupito de doce hombres en la frontera de la Iglesia Cristiana que no habían llegado más allá del bautismo de Juan.

Una y otra, vez, cortés pero firmemente, relega a Juan al lugar que le corresponde. Una y otra vez, el mismo Juan niega haber poseído o pretendido la categoría suprema, y se la reconoce a Jesús sin el menor lugar a duda. Ya hemos visto que en los otros evangelios el ministerio de Jesús no empezó hasta que metieron en la cárcel a Juan el Bautista; pero en el Cuarto Evangelio los ministerios de ambos coincidieron en parte. Es posible que el autor del Cuarto Evangelio presentara los hechos de forma que se viera que se habían encontrado, y que Juan había aprovechado los encuentros para admitir, y hacer admitir a otros, la supremacía de Jesús. Se hace notar expresamente que, Juan <no era la luz> (1:8). Se le presenta rechazando concretamente ninguna aspiración mesiánica (1:20ss; 3:28; 4:1; 10:41). No se permite considerarle como el testigo supremo (5:36). No se le hace la menor crítica a Juan el Bautista; pero se corrige la posible tendencia a darle un lugar que pertenece solamente a Jesús.

(b) Cierta tipo de herejía que se había extendido ampliamente en los días en que se escribió el Cuarto Evangelio se llama con el nombre general de gnosticismo. Si no lo tenemos en cuenta y lo entendemos un poco, perderemos mucho de la grandeza y del propósito de Juan. La doctrina básica del gnosticismo era que la materia es esencialmente mala, y el espíritu esencialmente bueno. De ahí pasaban los gnósticos a afirmar que Dios no podía tocar la materia y, por tanto, no había creado el mundo. Lo que sí hizo fue producir una serie de emanaciones, cada una de las cuales estaba más lejos de Él, hasta que, por fin, hubo una que podía tocar la materia. Esa emanación fue la que creó el mundo.

Esa idea ya es en sí suficientemente mala; pero la hizo peor algo que se le añadió. Los gnósticos afirmaban que cada emanación sabía menos de Dios que las anteriores, hasta que se llegaba a un nivel en el que, no sólo eran ignorantes, sino hostiles a Dios. Así llegaban a la conclusión de que el dios creador era, no sólo diferente del Dios real, sino totalmente ignorante de Él y hostil a Él. Cerinto, uno de los líderes de los gnósticos, dijo que «el mundo fue creado, no por Dios, sino por un cierto poder muy distante de Él y muy lejos de ese otro Poder que está sobre el universo, e ignorante del Dios que está sobre todo.»

Los gnósticos creían que Dios no había tenido nada que ver con la creación del mundo. Por eso Juan empieza su evangelio con la afirmación tajante: «Todas las cosas fueron hechas por Él, y sin Él no se hizo nada de lo que hay hecho» (1:3). Por eso Juan insiste en que «de tal manera amó Dios al mundo» (3:16). Frente a los gnósticos, que tanto erraban al «espiritualizar» a Dios hasta tal punto que no podía tener nada que ver con el mundo, Juan presentaba la doctrina cristiana del Dios Que creó el mundo y Cuya presencia llena el mundo que Él ha hecho.

Las creencias de los gnósticos influían en su idea de Jesús.

(a) Algunos de los gnósticos afirmaban que Jesús era una de las emanaciones que procedían de Dios. Mantenían que no era divino en ningún sentido real; que era sólo una especie de semidiós más o menos distante del Dios real; que era simplemente uno de una cadena de seres inferiores entre Dios y el mundo.

(b) Algunos de los gnósticos mantenían que Jesús no tenía un cuerpo real. El cuerpo es materia, y Dios no podía tocar la materia; por tanto Jesús era una especie de fantasma, no un ser de carne y hueso. Sostenían, por ejemplo, que cuando andaba por la tierra no dejaba huellas, porque Su cuerpo no tenía peso ni sustancia. No podrían haber dicho nunca: «El Verbo se hizo carne» (1:14). Agustín nos dice que había leído muchas de las obras de los filósofos de su tiempo; que había encontrado muchas cosas que eran como lo que hay en el *Nuevo Testamento*; pero dijo: «Que «el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros» no lo leí allí.» Por eso Juan, en su *Primera Epístola*, insiste en que Jesús vino *en la carne*, y declara que el que lo niegue está movido por el espíritu del anticristo (1 Juan 4:3).

Esa forma particular de gnosticismo se llama *docetismo*, de la palabra griega *dokein*, que quiere decir *parecer*; y la herejía así llamada mantenía que Jesús simplemente *parecía* ser un hombre.

(c) Algunos gnósticos sostenían una variante de esa herejía. Decían que Jesús era un hombre al que vino el Espíritu de Dios en el bautismo; que el Espíritu siguió con él toda su vida, hasta el final; pero, como el Espíritu de Dios no podía sufrir y morir, le dejó inmediatamente antes de que Le crucificaran. Explicaban el grito desde la cruz como: «Mi poder, mi poder, ¿por qué me has abandonado?» Y decían en sus libros que había personas hablando en el Monte de los Olivos con uno que era exactamente igual que Jesús, mientras el hombre Jesús moría en la cruz.

Así es que las herejías gnósticas se presentaban en dos formas. O bien creían que Jesús no era realmente divino sino simplemente una de la serie de emanaciones que procedían de Dios, o que no era humano en ningún sentido, sino una especie de fantasma que se presentaba en forma humana. Las creencias gnósticas destruían a la vez la divinidad real y la humanidad real de Jesús.

LA HUMANIDAD DE JESÚS

El hecho de que Juan se propusiera corregir estas dos tendencias gnósticas explica un curioso énfasis paradójicamente doble de su evangelio: Por una parte, no hay otro evangelio que subraye tan sin compromisos la humanidad real de Jesús. Jesús estaba enfadado con los que vendían y compraban en los atrios del templo (2:15); estaba físicamente cansado cuando Se sentó al lado del pozo que había cerca de Sicar, en Samaria (4:6); Sus discípulos le ofrecieron algo de comer de la manera que se le ofrecería a uno que tuviera hambre (4:31); Jesús simpatizaba con los que tenían hambre y miedo (6:5, 20); sentía dolor y lloraba con los que estaban de duelo (11:33, 35, 38);

en la agonía de la cruz, el grito que salió de Sus labios reseco fue: < ¡Tengo sed! > (19:28). El Cuarto Evangelio nos presenta a un Jesús que no era una figura irreal o decética, sino Uno que experimentaba el cansancio de un cuerpo agotado, y las heridas de una mente y de un corazón apesadumbrados. Es el Jesús humano en todos los sentidos el Que el Cuarto Evangelio nos presenta.

LA DEIDAD DE JESÚS

Por otra parte, ningún otro evangelio nos presenta más claramente la deidad de Jesús.

(a) Juan subraya *la preexistencia* de Jesús. «Antes que Abraham fuese -les dijo Jesús-, Yo soy» (8:58); Jesús habla de la gloria que tuvo cerca de Dios antes que el mundo existiera (17:5). Una y otra vez habla de Su bajada desde el Cielo (6:3338). Juan veía en Jesús a Uno que había existido siempre, hasta antes de la creación del mundo.

(b) El Cuarto Evangelio hace hincapié más que los otros en *la omnisciencia* de Jesús. Juan nos presenta que Jesús sabía, al parecer milagrosamente, el pasado de la mujer samaritana (4:16-17); sin que nadie se lo dijera, Jesús sabía el tiempo que había estado aquel enfermo cerca del estanque milagroso (5:6); desde antes, ya sabía la respuesta a la pregunta que le hizo a Felipe (6:6); sabía que Judas Le iba a traicionar (6:61-64), y antes de que nadie Se lo dijera ya sabía que Lázaro había muerto (11:14). Juan veía que Jesús tenía un conocimiento especial y milagroso independientemente de lo que otros Le pudieran decir. No tenía necesidad de hacer preguntas, porque ya sabía todas las respuestas.

(c) El Cuarto Evangelio hace hincapié en el hecho de que Jesús hacía siempre las cosas por propia iniciativa y sin depender de nadie. No fue la petición de Su madre lo que Le movió a realizar el milagro de las bodas de Caná de Galilea, sino Su propia decisión personal (2:4); la insistencia de sus hermanos no fue lo que Le obligó a ir a Jerusalén para la Fiesta de los Tabernáculos (7:10); nadie Le quitó la vida: Él mismo la ofreció voluntaria -y libremente (10:18; 19:11). Juan se dio cuenta de que Jesús actuaba con una independencia divina, libre de toda influencia humana. Jesús siempre decidía y actuaba por Sí mismo.

Para salirles al paso a los gnósticos y a sus extrañas doctrinas, Juan nos presenta a un Jesús que era indudablemente humano, pero que era también indudablemente divino.

EL AUTOR DEL CUARTO EVANGELIO

Hemos visto que el propósito del autor del Cuarto Evangelio era presentar el Evangelio de una forma que resultara comprensible para los griegos, y también combatir las herejías e ideas equivocadas que habían surgido en el seno de la Iglesia. Ahora debemos pasar a preguntarnos: ¿Quién fue el autor del Cuarto Evangelio? La tradición responde unánimemente que fue el apóstol Juan. Vamos a ver que, sin duda, la autoridad de Juan respalda el evangelio, aunque es posible que no fuera su mano la que le diera la forma definitiva. Vamos a recoger lo que sabemos del apóstol Juan.

Era el más joven de los hijos de un tal Zebedeo, que tenía un negocio de pesca lo suficientemente bien montado como para tener empleados además de sus hijos (*Marcos 1:19s*). Su madre se llamaba Salomé, y parece probable que fuera hermana de María, la madre de Jesús (*Mateo 27:56; Marcos 16:1*). Con su hermano Santiago obedeció la llamada de Jesús (*Marcos 1:20*). Parecería que Santiago y Juan eran socios de Pedro en el negocio de la pesca (*Lucas 5:7-10*). Era uno de los que formaban el círculo más íntimo de los discípulos, porque las listas empiezan siempre por los nombres de Pedro, Santiago y Juan, y hay ciertas ocasiones especiales en las que Jesús llevó sólo consigo a estos tres (*Marcos 3:17; 5:37; 9:2; 14:33*).

En cuanto a carácter, está claro que era un hombre turbulento y ambicioso. Jesús les puso a él y a su hermano el mote de *Boanerges*, **que los evangelistas interpretan** como *Hijos del trueno*. Juan y Santiago eran absolutamente exclusivistas e intolerantes (*Marcos 9:38; Lucas 9:49*). Tenían un temperamento tan violento que querían demoler un pueblo samaritano porque no les quiso dar hospitalidad cuando iban camino de Jerusalén (*Lucas 9:54*). Ellos dos -o su madre Salomé para ellos- tenían la ambición de convertirse en primeros ministros cuando Jesús inaugurara Su Reino (*Marcos 10:35; Mateo 20:20*). En los otros tres evangelios se nos presenta como un líder entre los apóstoles, uno de los del círculo íntimo, y, sin embargo, turbulento, ambicioso e intolerante.

En el *Libro de los Hechos*, Juan siempre aparece en compañía de Pedro, y nunca es él el que habla. Su nombre sigue figurando entre los tres a la cabeza de la lista apostólica (*Hechos 1:13*). Estaba con Pedro en la curación del cojo en la Puerta Hermosa del templo (*Hechos 3:1 ss*). Le trajeron con Pedro al sanedrín, cuando ambos se comportaron con tal valor y arrojo ante los líderes judíos que los dejaron alucinados (*Hechos 4:1-13*). También está con Pedro cuando van a Samaria a supervisar el trabajo de Felipe (*Hechos 8:14*).

En las cartas del apóstol Pablo sólo se le menciona una vez, en *Gálatas 2:9*, donde aparece con Pedro y Santiago como uno de los pilares de la Iglesia que dieron su aprobación a la obra misionera de Pablo.

Juan era una mezcla extraña. Era uno de los líderes de los Doce; formaba parte del círculo más íntimo de los amigos de Jesús, y al mismo tiempo era hombre de temperamento ambicioso e intolerante, pero no menos valiente.

Podemos seguir a Juan en las historias que se contaban de él en la Iglesia Primitiva. Eusebio nos dice que le desterraron a Patmos en el reinado de Domiciano (Eusebio, *Historia Eclesiástica 3:23*). En el mismo pasaje Eusebio nos cuenta una historia característica de Juan que él recibió de Clemente de Alejandría. Juan llegó a ser una especie de obispo de Asia

Menor, y estaba visitando a la sazón una de las iglesias cerca de Éfeso. En la congregación vio a un joven alto, fuerte y muy bien parecido. Se volvió al anciano responsable de la congregación y le dijo:

-Te confío encarecidamente a ese joven, y hago testigos de ello a todos los de la congregación.

El anciano dio hospitalidad al joven en su propia casa, y le cuidó e instruyó, hasta que un buen día fue bautizado y recibido en la iglesia. Pero poco después se juntó con malas compañías y se embarcó en una carrera de crímenes que le llevó a ser el jefe de una pandilla de bandoleros y asesinos. Algún tiempo después volvió a pasar Juan por aquella congregación, y le dijo al anciano:

-Da cuenta del depósito que el Señor y yo os confiamos a ti y a la iglesia que está a tu cargo.

Al principio el anciano no sabía de lo que le hablaba Juan, hasta que le dijo:

-Me refiero al alma del joven que te confié.

-¡Ay dijo el anciano-, que está muerto!

-¿Muerto?

-Sí; muerto para Dios. Cayó de la gracia. Tuvo que huir de la ciudad a causa de sus crímenes, y ahora es un bandolero en las montañas.

Inmediatamente, Juan se dirigió a las montañas. Se dejó capturar a propósito por la banda de forajidos. Le llevaron a aquel joven, que era el jefe, que, de la vergüenza que le dio, intentó huir de él. Juan, aunque era anciano, le persiguió gritándole:

-¡Hijo mío! ¿Es que vas a huir de tu padre? Yo estoy. débil y cargado de años; ten piedad de mí, hijo mío; no tengas miedo; aún hay esperanza de salvación para ti. Yo me presentaré por ti ante el Señor Cristo. Si hace falta, de buena gana moriré por ti como Él murió por mí. ¡Detente, para, cree! ¡Es Cristo el Que me ha enviado a Ti!

Aquellas palabras quebrantaron el empedernido corazón del joven, que se detuvo, tiró las armas y rompió a llorar. Juntos

bajaron de la montaña, y el joven volvió a la iglesia y a la fe. Aquí vemos el amor y el valor de Juan en acción.

Eusebio (3:28) nos cuenta otra historia de Juan que él sacó de las obras de Ireneo. Ya hemos visto que uno de los líderes de la herejía gnóstica era un tal Cerinto. «El apóstol Juan entró una vez en los baños para darse un baño; pero, cuando se enteró de que Cerinto estaba allí, pegó un salto y salió corriendo por la puerta de donde estaba, porque no podía soportar estar bajo el mismo techo que él. Y aconsejó a los que estaban con él que hicieran lo mismo.

-¡Huyamos -les dijo- antes que los baños se nos caigan encima; porque Cerinto, el enemigo de la verdad, está dentro!»

Aquí tenemos otro rasgo del temperamento de Juan. Boanergues no había muerto del todo.

Casiano nos cuenta otra historia famosa de Juan. Cierta día, estaba jugando con una perdiz--amaestrada. Un hermano más rígido y estrecho le reprendió por perder el tiempo, y Juan le respondió:

-El arco que siempre está tenso, pronto deja de tirar derecho.

Y es Jerónimo el que nos cuenta la historia de las palabras finales de Juan. Cuando estaba muriendo, sus discípulos le preguntaron si tenía algún último mensaje que dejarles.

-Hijitos: Amaos unos a otros -y lo repitió varias veces. Cuando le preguntaron si era eso todo, dijo sencillamente:

-Con eso basta, porque es el mandamiento del Señor.

Tal es la información acerca de Juan que nos ha llegado, de la que surge como figura de temperamento ardiente, de gran ambición, de indudable coraje y, finalmente, de tierno amor.

EL DISCÍPULO AMADO

Si hemos ido siguiendo las referencias con atención, nos habremos dado cuenta de una cosa. Todo lo que sabemos de Juan se encuentra en los otros evangelios. Es sorprendente que

el apóstol Juan nunca se menciona en el Cuarto Evangelio, de principio a fin. Pero sí menciona a otras dos personas.

Primero, habla del discípulo *al que Jesús amaba*. Se le menciona cuatro veces: estaba recostado en el pecho de Jesús en la Última Cena (*Juan 13:23-25*; RV60: «al lado de Jesús» y «cerca del pecho de Jesús»); fue a él al que Jesús le confió a Su madre cuando estaba muriendo en la cruz (*19:25-27*); fue

a él y a Pedro a los que se encontró María Magdalena al volver de la tumba vacía la mañana del Domingo de Resurrección

(*20:2*); estaba presente en la última aparición de Jesús Resucitado en el lago (*21:20*).

En segundo lugar, el Cuarto Evangelio tiene una especie de personaje al que podríamos llamar *el Testigo*. Cuando nos refiere que la lanza hirió el costado de Jesús, del que salió agua con sangre, se añade: «Y el que lo vio ha dado testimonio ---su testimonio es verdad, y él sabe que dice la verdad- para que vosotros también creáis» (*19:35*). Al final del evangelio se hace la afirmación de que fue el Discípulo amado quien testificó de estas cosas, «y sabemos que su testimonio es verdad» (*21:24*).

Aquí nos enfrentamos con algo bastante extraño. Juan no se menciona a sí mismo en el Cuarto Evangelio, pero sí al Discípulo amado y, además, al Testigo mayor de toda excepción de la historia. Nunca se ha dudado realmente en la tradición que el Discípulo amado era Juan. Algunos han tratado de identificarle con Lázaro, porque se nos dice que Jesús le

amaba (*11:3, 5*), o con el joven rico, del que se dice que Jesús le amó cuando le vio (*Marcos 10:21*). Pero, aunque el evangelio nunca lo dice con todas las letras, la tradición ha identificado siempre a Juan con el Discípulo amado, y no hay razón de peso para dudar de esa identificación.

Pero surge un detalle muy real: Supongamos que fue Juan mismo el que escribió el evangelio. ¿Sería normal que hablara de sí mismo como el Discípulo amado de Jesús? ¿Sería realmente normal que se destacara a sí mismo de esa manera, como si quisiera decir: «Yo era Su favorito, al que Jesús quería más que a nadie»? Es realmente muy poco probable que Juan se

asignara ese título; si fueron otros los que se lo aplicaron, bonito; pero, si fue él mismo, parece presunción.

Entonces, ¿habría alguna manera de que el Cuarto Evangelio fuera de Juan como testigo presencial, pero al mismo tiempo lo hubiera escrito otra persona? '=

LA PRODUCCIÓN DE LA IGLESIA

4

3

En nuestra búsqueda de la verdad, empezamos por darnos cuenta de una de las características sobresalientes y únicas del Cuarto Evangelio. Lo más sorprendente en él son los largos discursos de Jesús. A menudo llenan todo un capítulo, y son muy diferentes de la manera como se nos presenta en los otros evangelios que hablaba Jesús.

El Cuarto Evangelio, como ya hemos visto, se escribió hacia el año 100 d.C., es decir, setenta años después de la Crucifixión. ¿Se pueden considerar esos discursos como reproducciones palabra por palabra de lo que dijo Jesús? ¿O podemos explicarlos de alguna manera, que a lo mejor les da todavía más valor? Debemos empezar manteniendo en mente el hecho de los discursos y de las preguntas que suscitan inevitablemente.

Y tenemos algo que añadir a eso. Resulta que tenemos entre los escritos de la Iglesia Primitiva una amplia serie de relatos sobre la manera en que llegó a escribirse el Cuarto Evangelio: El más antiguo es el de Ireneo, que fue obispo de Lyon hacia el 177 d.C.; y había sido discípulo de Policarpo, que a su vez lo había sido de Juan. Por tanto hay una cadena, corta e ininterrumpida, entre Ireneo y Juan. Escribe Ireneo:

«Juan, el discípulo del Señor, el que se recostó en Su pecho, fue el que publicó el evangelio en Éfeso; cuando estaba viviendo en Asia.»

Lo más sugestivo es que Ireneo no dice simplemente que Juan escribió el evangelio; dice que Juan lo publicó (*exedóke*, en Éfeso. La palabra que usa Ireneo suena, no como si se tratara de la publicación privada de unas memorias personales, sino de la salida al público de un documento -oficial.

El siguiente relato es el de Clemente, que era el cabeza de una gran escuela cristiana en Alejandría hacia el año 230 d.C.:

«Por último Juan, reconociendo que lo que hacía referencia a las cosas corporales del ministerio de Jesús se había narrado suficientemente, y animado por sus amigos e inspirado por el Espíritu Santo, escribió un evangelio espiritual.»

Lo que nos interesa de aquí ahora es la frase *animado por sus amigos*. Empieza a resultar claro que el Cuarto Evangelio es mucho más que la producción de una sola persona, y que había un grupo, una comunidad, una iglesia detrás de él. En el mismo sentido, un manuscrito del siglo X que se llama *Codex Toletanus* que contiene introducciones con breves resúmenes de los libros del *Nuevo Testamento*, introduce el Cuarto Evangelio así:

«El apóstol Juan, al que más amaba el Señor Jesús, escribió este evangelio el último, a petición de los obispos de Asia, contra Cerinto y otros herejes.»

De nuevo recibimos la impresión de que detrás del Cuarto Evangelio está la autoridad de un grupo y de una iglesia.

Ahora pasamos a un documento muy importante, que se conoce como el *Canon de Muratori*, por el nombre del investigador que lo descubrió. Es la primera lista de libros del *Nuevo Testamento* que publicó la Iglesia, y que se compiló en Roma hacia el año 170 d.C. No sólo da una lista de los libros del *Nuevo Testamento*, sino también breves noticias acerca del origen, naturaleza y contenido de cada uno de ellos. Su relato de la manera en que llegó a escribirse el Cuarto Evangelio es sumamente importante e iluminador:

«A petición de sus condiscípulos y de sus obispos, Juan, uno de los discípulos, dijo: «Ayunad conmigo tres días desde ahora, y lo que se nos revele a cada uno, sea a favor de que yo lo escriba o no, nos lo comunicaremos.» Aquella misma noche se le reveló a Andrés que Juan había de relatar todas las cosas, ayudado por la revisión de todos.»

No es fácil aceptar todo ese relato, porque no parece posible que Andrés -si es que era el apóstol- estuviera en Efeso hacia el año 100 d.C.; pero lo que se reseña con la mayor claridad es que, si bien la autoridad y la mente y la memoria que hay detrás del Cuarto Evangelio son las de Juan; es clara y definitivamente el producto, no de una persona, sino de un grupo y de una comunidad.

Ahora podemos reconstruir lo que sucedió. Hacia el año 100 d.C. había en Éfeso un grupo de personas cuyo líder era Juan. Le respetaban como a un santo y le amaban como a un padre. Debe de haber tenido cerca de los 100 años. Antes de que muriera, pensaron muy sensatamente que sería una gran cosa que el anciano apóstol escribiera sus memorias de los años que había estado con Jesús. Pero acabaron haciendo mucho más que eso. Nos los figuramos sentados, reviviendo los días pasados. Uno diría: < ¿Recordáis cómo dijo Jesús...? > Y Juan diría: < Sí; y ahora sabemos lo que quería decir... >

En otras palabras: este grupo no escribió solamente lo que *dijo* Jesús; eso no habría sido nada más que una demostración de buena memoria. Estaban escribiendo lo que Jesús *quería decir*; eso era la dirección del Espíritu Santo. Juan había meditado sobre cada palabra que había dicho Jesús; y había pensado bajo la dirección del Espíritu Santo, que era Alguien muy real para él. W. M. Macgregor tiene un sermón titulado: «Lo que Jesús llega a ser para uno que Le ha conocido mucho tiempo.» Esa es la exacta descripción de Jesús que encontramos en este evangelio. A. H. N. Green Armytage lo expresa perfectamente en su libro *Juan que vio*. Marcos, dice, le va bien

al *misionero*, con su relato escueto de los hechos de la vida de Jesús. Mateo le va bien al *maestro*, con su colección sistemática de las enseñanzas de Jesús; Lucas le va bien al *párroco o al pastor*, con su gran simpatía y su retrato de Jesús como el amigo de todos; pero Juan es el evangelio del *contemplativo*. Y sigue hablando del aparente contraste entre Marcos y Juan. «Los dos evangelios son, -en cierto sentido, el mismo Evangelio. Solamente que, donde Marcos vio las cosas sencilla y llanamente, al natural y literalmente, Juan las vio sutil, profunda y espiritualmente. Podríamos decir que Juan iluminó las páginas de Marcos con la lámpara de una vida de meditación.» Wordsworth definía la poesía como «Emoción recogida en tranquilidad.» Esa es una descripción perfecta del Cuarto Evangelio. Por eso Juan es, sin lugar a dudas, el mayor de los evangelios. Su objetivo no era transcribirnos lo que dijo Jesús como podía haberlo: hecho un buen taquígrafo, sino transmitirnos lo que Jesús quería decir. En él, todavía habla el Señor Resucitado. Juan no es tanto *El Evangelio según san Juan*, como *El Evangelio según el Espíritu Santo*. No fue el Juan de Éfeso el que escribió- el Cuarto Evangelio: fue el Espíritu Santo el que lo escribió por medio de Juan.

EL AMANUENSE DEL EVANGELIO

Todavía tenemos que hacernos una pregunta. Podemos estar bien seguros de que la mente y la memoria que hay detrás del Cuarto Evangelio son las del apóstol Juan; pero también hemos visto que por detrás hay también un testigo que fue el escritor, en el sentido de que fue el que lo escribió materialmente. ¿Podemos descubrir quién fue?

Sabemos, por lo que nos han transmitido los escritores de la Iglesia Primitiva, que había realmente, no uno, sino dos Juanes en Éfeso al mismo tiempo: por una parte estaba el apóstol Juan; pero estaba también otro Juan, al que se conocía como el anciano Juan.

Papiás, al que le encantaba recoger todo lo que pudiera encontrar sobre la historia del *Nuevo Testamento* y de Jesús, aporta aquí una información muy interesante. Era obispo de Hierápolis, que estaba bastante cerca de Éfeso, y vivió del 70 al 145 d.C. Es decir, que fue un contemporáneo de Juan. Describe cómo trataba de descubrir «lo que habían dicho Andrés, o Pedro, o Felipe, o Tomás, o Santiago, o Juan, o Mateo, o cualquier otro de los discípulos del Señor; y lo que decían Aristión y el anciano Juan, los discípulos del Señor.» En Éfeso estaban el apóstol Juan y el anciano Juan; y el anciano Juan era tan bien conocido que se le llamaba simplemente El Anciano. No cabe duda de que tenía una posición única en la Iglesia. Tanto Eusebio como Dionisio el Grande nos dicen que había todavía en sus días dos tumbas famosas en Éfeso: la del apóstol Juan y la del anciano Juan.

Ahora vamos a fijarnos en las dos cartas *Segunda de Juan y Tercera de Juan*. Son del mismo autor que el Cuarto Evangelio, y ¿cómo empiezan? La segunda carta empieza: «El anciano, a la señora elegida y a sus hijos» (2 Juan 1). La tercera carta empieza: «El anciano, al amado Gayo» (3 Juan 1). Aquí tenemos la solución. El que escribió las cartas de su puño y letra fue el anciano Juan; pero la mente y la memoria detrás de ellas eran las de su maestro, el apóstol Juan, al que el anciano Juan describía siempre como «el discípulo amado del Señor.»

EL PRECIOSO EVANGELIO

Cuanto más sabemos del Cuarto Evangelio más precioso nos resulta. Juan había estado pensando en Jesús setenta años. Día a día el Espíritu Santo le había estado descubriendo el sentido de lo que Jesús había dicho y hecho; así es que, cuando Juan ya tenía cerca de un siglo de edad y eran contados los días que le quedaban, se sentó con sus amigos para recordar. El anciano Juan manejaba la pluma para escribir para su maestro, Juan el apóstol; y el último de los apóstoles dejó

constancia, no sólo de lo que él le había oído decir a Jesús, sino también de lo que él comprendía entonces que Jesús había querido decir. Recordaba que Jesús había dicho: «Todavía tengo muchas cosas que decir, pero ahora no las podríais asumir; pero, cuando venga el Espíritu de la Verdad, Él se encargará de guiaros a la Verdad total» (Juan 16:12-13). Había muchas cosas que Juan no había entendido setenta años atrás; había muchas cosas que en esos setenta años el Espíritu de la Verdad le había revelado; y Juan nos las dejó cuando ya la gloria eterna le estaba amaneciendo. Cuando leamos este evangelio, recordemos que estamos leyendo el que es más la obra del Espíritu Santo, que nos declara lo que Jesús había querido decir, por medio de la mente y la memoria del apóstol Juan y la pluma del anciano Juan. Detrás de este evangelio está toda la iglesia de Éfeso, toda la compañía de los santos, el último de los apóstoles, el Espíritu Santo y el mismo Cristo Resucitado.

LA PALABRA

Juan 1:1-18

Cuando el mundo empezó a existir, la Palabra ya existía; y la Palabra estaba con Dios; y la Palabra era Dios. Esta Palabra estaba en el principio con Dios. Fue el Agente por medio de Quien se hicieron todas las cosas; y no hay ni una sola cosa que exista en el mundo que haya llegado a ser aparte de El. En Él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres; y la luz brilla en la oscuridad, porque la oscuridad no ha sido nunca capaz de conquistarla. Surgió un hombre al que Dios había enviado que se llamaba Juan. Vino como testigo, para dar testimonio de la luz, para que todos pudieran creer por medio de él. Él mismo no era la luz; su misión era dar testimonio de la luz. El Que sí era la luz real era el Que, en Su venida al mundo, da la luz a todas las personas. Estaba en el mundo; y, aunque el mundo había sido hecho por Él, el mundo no Le reconoció. Fue a Su propio hogar adonde vino, y sin embargo los suyos no Le recibieron. A todos aquellos que sí Le recibieron, a los que creen en Su nombre, les dio el derecho de llegar a ser hijos de Dios. Éstos nacieron, no de la sangre, ni de ningún impulso humano, ni de la voluntad de nadie; sino que su nacimiento fue de Dios. Y la Palabra se hizo una Persona, y tomó residencia en

nuestro ser, lleno de gracia y de verdad; y nosotros contemplamos Su gloria, una gloria tal como la que recibe de su padre un hijo único. Juan fue Su testigo, porque exclamó: «Éste es el Que yo os decía: el Que viene detrás de mí, me lleva en realidad la delantera, porque era antes que yo. De Su plenitud es de donde hemos sacado, y hemos recibido una gracia tras otra; porque lo que dio Moisés fue la ley, pero la gracia y la verdad vinieron por medio de Jesucristo. Nadie ha visto nunca a Dios. Es él único, Que es Dios, Que está en el seno del Padre, el Que nos lo ha dicho todo acerca de Dios.»

Vamos a estudiar este pasaje por secciones breves y en detalle; pero, antes de hacerlo, debemos tratar de entender lo que Juan está intentando decir cuando describe a Jesús como *la Palabra*.

LA PALABRA SE HIZO CARNE

El primer capítulo del Cuarto Evangelio es una de las más grandes aventuras de pensamiento espiritual jamás emprendidas por la mente humana.

No tuvo que pasar mucho tiempo para que la Iglesia Cristiana se tuviera que enfrentar con un problema muy básico. Había empezado en el judaísmo. Al principio, todos sus miembros eran judíos. En cuanto a Su naturaleza humana, también Jesús era judío; y, en todo caso, excepto unas breves visitas a los distritos de Tiro y de Sidón y a la Decápolis, nunca salió de Palestina. El Cristianismo empezó entre los judíos; y, por tanto, era inevitable que se expresara en la lengua y en las categorías de pensamiento que eran característicamente judías.

Pero, aunque su cuna fue el judaísmo, muy pronto salió al ancho mundo. Treinta años después de la Crucifixión de Jesús, ya había viajado por toda Asia Menor y Grecia y había llegado

a Roma. Hacia el año 60 d.C., habría cien mil griegos en la Iglesia por cada judío que fuera cristiano. Las ideas judías les resultaban muy extrañas a los griegos. Para dar sólo un ejemplo destacado, los griegos no había oído nunca hablar del Mesías. El mismo centro de la expectación judía, la venida del Mesías, era una idea totalmente ajena a la mentalidad griega. La misma categoría en la que los judíos cristianos concebían y presentaban a Jesús no tenía ningún sentido para los griegos. Así es que, ahí estaba el problema: ¿Cómo había que presentar el Evangelio al mundo griego?

Lecky, el historiador, dijo una vez que el progreso y la difusión de cualquier idea dependen, no sólo de su fuerza y vitalidad, sino de la predisposición que haya a recibirla en la edad en la que se presenta. La tarea de la Iglesia Cristiana era crear en el mundo griego la predisposición a recibir el Evangelio. Como E. J. Goodspeed dijo, la cuestión era: «¿Tendría un griego que estuviera interesado en el Cristianismo que asumir las ideas mesiánicas y la manera de pensar de los judíos, o podría encontrarse un nuevo enfoque que le hablara a la mente y al corazón desde su mismo trasfondo?» El problema era cómo presentar el Evangelio de una manera que hiciera posible que los griegos pudieran entenderlo.

Alrededor del año 100 d.C. había un hombre en Éfeso que estaba fascinado con ese problema. Se llamaba Juan. Vivía en una ciudad griega. Tenía trato con griegos para los que las ideas judías resultaban extrañas e incomprensibles y hasta groseras. ¿Cómo podría encontrar la manera de presentar el Evangelio a esos griegos para que lo pudieran entender y recibir? Repentinamente, la verdadera solución se esclareció a su alrededor. Lo mismo en el pensamiento griego que en el judío existía el concepto de *La Palabra*. Aquí había algo que se podría elaborar para salir al encuentro del doble mundo griego y judío. Aquí había algo que pertenecía a la herencia de ambas razas y que ambas podían entender.

Así pues, empecemos a mirar los dos trasfondos de la concepción de *la Palabra*.

EL TRASFONDO JUDÍO

En el trasfondo judío hay cuatro hebras que se trenzan en la idea de la Palabra.

(i) Para el judío, una palabra era mucho más que un mero sonido; era algo que tenía una existencia independiente y que de hecho producía resultados. Como dijo el profesor John Paterson: « Para el hebreo, la palabra era algo aterradoramente vivo... Era una unidad de energía cargada de poder. Volaba como una bala hacia su blanco.» Por eso mismo el hebreo era parco en palabras. En hebreo hay menos de 10.000 palabras, cuando hay 200,000 en griego.

Un poeta moderno cuenta que una vez el que había realizado una hazaña heroica no se lo podía contar a sus camaradas de la tribu porque le faltaban las palabras. A eso se levantó uno «afligido con la necesaria magia de las palabras,» y refirió el hecho en términos tan vívidos y conmovedores que «las palabras cobraban vida y se paseaban arriba y abajo por los corazones de los oyentes.» Las palabras del poeta adquirieron poder. La Historia está llena de esa clase de cosa.

Cuando John Knox predicaba en los días de la Reforma en Escocia, se decía que la voz de ese hombre solo inyectaba más valor en los corazones de los oyentes que diez mil trompetas rugiendo en sus oídos. Sus palabras hacían cosas en las personas. En los días de la Revolución Francesa, Rouget de Lisle escribió *La Marseillaise*, y esa canción lanzó a la gente a la revolución. Las palabras hacían cosas. En los días de la Segunda Guerra Mundial, cuando el Reino Unido se quedó sin aliados y sin armas, las palabras de su primer ministro Sir Winston Churchill, radiadas a la nación, infundían valor y esperanza en los corazones de la gente.

Esto era todavía más real en el Este, y todavía lo es. Para los orientales, una palabra no es meramente un sonido; es un poder que hace cosas. Una vez, cuando Sir George Adam Smith estaba viajando por el desierto en Oriente, un grupo de musulmanes le dio a su equipo el saludo de costumbre: « ¡La

paz sea con vosotros!» En el momento no se dieron cuenta de que era cristiano. Cuando descubrieron que habían dado la bendición a un infiel, volvieron corriendo a pedir que se la devolviera. La palabra era como una cosa que se podía enviar a hacer cosas y que creían que se podía recuperar otra vez. Will Carlton, el poeta, expresa algo así:

*< Tras volar las cometas, se vuelve a recogerlas, mas ya no se recogen las palabras que vuelan;
< ¡Cuidado con el fuego!», dice el que te aconseja, pero aun más: «i Ten cuidado con las palabras sueltas!» Ideas no expresadas puede que queden secas;
las que han volado nunca vuelven vivas ni muertas.»*

Bien podemos entender que para los orientales las palabras tienen una existencia independiente y llena de poder.

(ii) El Antiguo Testamento está lleno de esa idea general del poder de las palabras. Una vez que Isaac había pronunciado la bendición del primogénito sobre Jacob en vez de sobre Esaú, aunque se le había sacado con engaño, ya no se podía hacer nada para recuperar esa bendición (*Génesis 27*). La palabra había salido, y había empezado a actuar, y nada la podía detener. En particular vemos la Palabra de Dios en acción en la historia de la Creación. En cada etapa de ella leemos: « Y Dios dijo...» (*Génesis 1:3, 6, 11*). La Palabra de Dios es Su poder creador. Una y otra vez encontramos esta idea de la Palabra de Dios, creadora, activa y dinámica. «Por la Palabra del Señor fueron hechos los cielos» (*Salmo 33:6*). «Envió Su Palabra, y los sanó» (*Salmo 107:20*). « Él envía Su Palabra a la Tierra; velozmente corre Su Palabra» (*Salmo 147:15*). «Así será Mi Palabra que sale de Mi boca; no volverá a Mí vacía, sino que hará lo que Yo quiero, y será prosperada para aquello que la envié» (*Isaías 55:11*). «¿No es Mi Palabra como fuego, dice el Señor, y como una maza que quebranta la piedra?» (*Jeremías 23:29*). «Señor, Tú hablaste claramente en la primera Creación en el primer día, cuando mandaste: Sea hecho el Cielo

y la Tierra: y la obra se siguió a Tu Palabra» (4 Esdras 6:38, *Biblia del Oso*). El autor del *Libro de la Sabiduría* se dirige a Dios: «Dios de los Padres, y Señor misericordioso, Que creaste todas las cosas con Tu Palabra» (*Sabiduría 9:1, Biblia del Oso*). Por todo el Antiguo Testamento está esta idea de la Palabra poderosa, creadora. Aun las palabras humanas tienen una especie de actividad dinámica; ¡cuánto más la Palabra de Dios!

(iii) Algo se incorporó a la vida religiosa hebrea que acentuó considerablemente el desarrollo de esta idea de la Palabra de Dios. Durante los cien años o más que precedieron a la venida de Jesús, el hebreo dejó de ser una lengua viva. El Antiguo Testamento estaba escrito en hebreo, pero los judíos ya no conocían esa lengua. Los estudiosos sí; pero la gente corriente, no. Hablaban dialectos del arameo, una lengua emparentada con el hebreo que había sido la *lingua franca* del Oriente Próximo antes del griego. En aquellas circunstancias tenían que traducir las Escrituras a esa lengua que era la que la gente entendía, que son lo que se llama *targum* (singular) o *targumim* (plural). En la sinagoga se leían las Escrituras en el original hebreo, pero con traducción alternada cada pocos versículos.

Los *targumim* se produjeron en una época en la que los judíos estaban fascinados con la idea de la trascendencia de Dios, y no pensaban más que en la distancia que los separaba de Él, Que es absolutamente diferente de nosotros. Por esa razón, los que hicieron los *targumim* tenían mucho miedo de atribuirle a Dios pensamientos, o sentimientos, o acciones humanas. Para decirlo con el término técnico, se esforzaban para no caer en *antropomorfismos* al hablar de Dios.

Ahora bien: el Antiguo Testamento habla corrientemente de Dios de manera humana; y siempre que los *targumim* se encontraban con algo así sustituían el nombre de Dios por la *Palabra* de Dios. Veamos cómo funcionaba esta costumbre. En *Éxodo 19:17* leemos que «Moisés sacó del campamento al pueblo *para encontrarse con Dios*.» El *targum* pensó que esa era una manera demasiado humana de hablar de Dios, así es que puso que Moisés sacó al pueblo del campamento para

encontrarse con la *Palabra de Dios*. En *Éxodo 31:13* leemos que Dios dijo al pueblo que el sábado es una señal entre Mí y vosotros para todas vuestras generaciones.» Esa era una manera de hablar demasiado humana para el *targum*, así es que dijo en vez que el sábado es una señal entre Mí *Palabra* y vosotros.» *Deuteronomio 9:6* dice que Dios es fuego consumidor; pero el *targum* tradujo que la *Palabra de Dios* es fuego consumidor. *Isaías 48:13* presenta un gran cuadro de la Creación: «Mi mano puso el cimiento de la Tierra, y Mi diestra desplegó los cielos.» Esa era una descripción de Dios demasiado humana para el *targum*, e hicieron decir a Dios: «Por *Mi Palabra* he fundado la Tierra, y por *Mi fuerza* he colgado los cielos.» Hasta un pasaje tan maravilloso como *Deuteronomio 33:27*, que habla de «los brazos eternos» de Dios, pasó a: «El eterno Dios es, tu refugio, y por *Su Palabra* fue creado el mundo.»

En el *Targum de Jonatán*, la frase *la Palabra de Dios* aparece no menos de unas trescientas setenta veces. Está claro que no es más que una simple perífrasis del nombre de Dios, pero el hecho es que *la Palabra de Dios* -se convirtió en una de las expresiones más corrientes de los judíos. Era una frase que cualquier judío devoto reconocería, porque la oíría muy a menudo en la sinagoga cuando se leía la Escritura. Cualquier judío estaría acostumbrado a la expresión *la Memra*, que era como se decía en arameo.

(iv) En este punto tenemos que fijarnos más en algo que ya mencionamos en la introducción. La palabra griega para *palabra* es *logos*; pero *logos* no sólo quiere decir *palabra*; sino también *razón*. Para Juan, y para todos los grandes pensadores que usaban esta idea, estos dos significados estaban íntimamente entrelazados. Siempre que usaban la palabra *Logos*, tenían en mente las dos ideas: la Palabra de Dios y la Razón de Dios.

Los judíos tenían un género literario que se llama *La literatura sapiencial, o de la sabiduría*, que contenía los escritos de los sabios de Israel. No son por lo general especulativos ni

filosóficos, sino **de sabiduría práctica para la vida** y los quehaceres cotidianos. El gran ejemplo de la literatura sapiencial en el Antiguo Testamento es el **Libro de los Proverbios**, en el cual hay ciertos pasajes que le atribuyen un misterioso y eterno poder vivificador a *la Sabiduría (Sojia)*. En esos pasajes, la Sabiduría aparece, como si dijéramos, personificada, y se concibe como el Agente eterno y colaborador de Dios. Hay tres pasajes principales.

El primero está en *Proverbios 3:13-26*. Nos fijaremos especialmente en los versículos 18-20:

*«Ella es árbol de vida a los que de ella echan mano,
y bienaventurados los que la retienen.
El Señor, con sabiduría fundó la Tierra;
estableció los cielos con inteligencia.
Con Su ciencia los abismos fueron divididos,
y destilan rocío las nubes.»*

Recordemos que *Logos* quiere decir *Palabra* y también *Razón*. Ya hemos visto lo que pensaban los judíos de la Palabra poderosa y creativa de Dios. Aquí vemos cómo empieza a surgir el otro aspecto. *La Sabiduría* es el agente de Dios en la iluminación y en la creación; y la *Sabiduría* y la *Razón* son la misma cosa. Ya hemos visto lo importante que era *Logos* en el sentido de *la Palabra*; ahora vemos cómo empieza a serlo en el sentido de *la Sabiduría o la Razón*.

El segundo pasaje importante está en *Proverbios 4:5-13*, del que destacamos:

*«Retén la instrucción, no la abandones;
guárdala, porque ella es tu vida» (13).*

La Palabra es la luz de los hombres, y *la Sabiduría* es la vida de los hombres. Las dos ideas se amalgaman entre sí rápidamente ahora.

El pasaje más importante está en *Proverbios 8:1-9:2*, del que destacamos especialmente esto que dice la Sabiduría:

«El Señor me estableció al principio de Su obra, al comienzo de Sus obras primigenias. Hace siglos fui establecida, al inicio, antes que empezara la Tierra. Fui dada a luz cuando no había abismos, cuando no había fuentes con caudales de agua. Antes de que se formaran las montañas, cuando no eran ni colinas fui dada a luz; aún no había hecho Él la Tierra, con sus campos, y ni siquiera había empezado el polvo del mundo. Cuando desplegó los cielos, yo estaba allí, cuando trazó su bóveda sobre la haz del abismo; cuando sujetó los cielos por arriba; cuando estableció las fuentes del océano; cuando le asignó sus límites al mar para que las aguas no pasen sus fronteras; cuando marcó los cimientos de la tierra, entonces yo estaba con Él como Su encargado, y era Su delicia día a día, gozando siempre de Su presencia.»
(Proverbios 8:22-30).

Cuando leemos este pasaje percibimos un eco tras otro de lo que Juan dice de *la Palabra* en el primer capítulo de su evangelio. *La Sabiduría* tenía esa existencia eterna, esa función iluminadora, ese poder creador que Juan atribuía a *la Palabra*, el *Logos*, con el que identificaba a Jesucristo.

El desarrollo de la idea de *la Sabiduría* no se detuvo allí. Entre el Antiguo y el Nuevo Testamentos se siguió produciendo esta clase de literatura sapiencial. Contenía tanta sabiduría concentrada y extraña tanto de la experiencia de los sabios, que era una inapreciable guía para la vida. En particular se escribieron dos libros muy notables que están entre los deuterocanónicos y que no le hará ningún daño a nadie el leer.

(a) El primero se llama *Eclesiástico (Ben Sirá)*, en la Biblia del Oso *El libro de la Sabiduría de Jesús hijo de Sirach*,

llamado comúnmente *Eclesiástico*. También encontramos en él mucho acerca de esta gran concepción de la Sabiduría creativa y eterna de Dios.

La arena de las playas y las gotas de la lluvia, y los días de las edades, ¿quién los podrá contar? La altura de los cielos, la anchura de la Tierra y la profundidad del océano, ¿quién los descubrirá? Antes que nada fue creada la Sabiduría, la inteligencia y la prudencia son desde siempre»
(*Eclesiástico 1: 1-10*).

< Yo procedía de la boca el Altísimo, y cubría la Tierra como una niebla. Yo habitaba en las alturas, y tenía mi trono en los pilares de las nubes. Yo sola rodeaba la bóveda celeste y paseaba por las profundidades del océano»
(*Eclesiástico 24:3-5*).

< Me creó antes que empezaran las edades, y no decaeré jamás»
(*Eclesiástico 24:9*).

Aquí encontramos otra vez a la Sabiduría como el poder eterno y creador que estaba al lado de Dios en los días de la creación y al principio del tiempo.

(b) *Eclesiástico* se escribió en Palestina hacia el año 100 a.C.; y por el mismo tiempo se escribió, en Alejandría, Egipto, un libro igualmente grande; que se conoce como *La Sabiduría de Salomón*. En él tenemos la más grande de todas las descripciones de *la Sabiduría*. *La Sabiduría* es el tesoro que usan los hombres para convertirse en amigos de Dios (7:14). *La Sabiduría* es el artífice de todas las cosas (7:22). Es el aliento poderoso de Dios, y una pura corriente que fluye del Todopoderoso (7:25). Puede hacerlo todo y hace todas las cosas nuevas (7:27).

Pero el autor hace mucho más que hablar de *la Sabiduría*; la identifica con *la Palabra*: para él las dos ideas son lo mismo. Puede hablar de *la Sabiduría de Dios* y de *la Palabra de Dios* en la misma frase y con el mismo significado. Cuando ora, Le dice a Dios:

< Oh Dios de mis padres, y Señor de la misericordia, Que has hecho todas las cosas con Tu Palabra, y formaste al hombre por medio de Tu Sabiduría» (9:1 s).

Puede hablar de *la Palabra* casi como hablaría Juan:

«Cuando todo estaba sumido en un silencio reposado, y aquella noche estaba en medio de su rápida carrera, Tu Palabra todopoderosa se abalanzó desde el Cielo, desde su regio trono, como fiero hombre de guerra, en medio de la tierra de la destrucción; llevaba como espada aguda tu firme mandamiento, y, erguido, lo llenó todo de muertos, de pie en la Tierra y alcanzaba al Cielo» (18:14-16).

Para el autor del *Libro de la Sabiduría*, la Sabiduría era el poder eterno, creador e iluminador de Dios; *la Sabiduría* y *la Palabra* eran una y la misma cosa. Fueron *la Sabiduría* y *la Palabra* los instrumentos y agentes de Dios en la creación, y las que traen siempre la voluntad de Dios a la mente y al corazón de las personas.

Así es que, cuando Juan estaba buscando la manera de presentar el Evangelio, encontró en su propia fe y en la literatura de su propio pueblo la idea de *la Palabra*, la palabra sencilla que no es en sí misma meramente un sonido, sino algo dinámico, *la Palabra* de Dios por medio de la cual Dios creó el mundo, *la Palabra* de los targumim que expresaba la misma idea de la acción de Dios, *la Sabiduría* de la literatura sapiencial, que era el poder eterno, creador e iluminador de Dios. Así pues, Juan decía: «Si quieres ver esa *Palabra* de

Dios, si quieres ver el poder creador de Dios, si quieres ver esa *Palabra* que llamó al mundo a la existencia y que da la luz y la vida a todo ser humano, *mira a Jesucristo*. En Él *la Palabra de Dios* vino entre vosotros.»

EL TRASFONDO GRIEGO

Empezamos viendo que el problema de Juan no era cómo presentar el Evangelio al mundo judío, sino cómo presentárselo al mundo griego. Entonces, ¿cómo encajaba esta idea de *la Palabra* en el pensamiento griego? ¡Ya estaba allí, esperando que la usaran! En el pensamiento griego, la idea de *la Palabra* empezó tan atrás como alrededor del año 560 a.C. y, para mayor sorpresa, precisamente en Éfeso, donde se escribió el Cuarto Evangelio.

En el año 560 a.C. había un filósofo efesio llamado Heráclito, cuya idea fundamental era que todo está en un estado de flujo. Todo cambiaba de día en día y de momento en momento. La ilustración famosa que usaba era que es imposible meterse dos veces en el mismo río: te metes en un río, y te sales; si te metes otra vez, ya no es el mismo río, porque el agua ha seguido fluyendo, y ahora el río -es- diferente. Para Heráclito, así era todo: todo estaba en un constante cambiante estado de flujo. Pero, si así eran las cosas, ¿por qué no era la vida un completo caos? ¿Cómo puede tener ningún sentido un mundo en el que hay un constante fluir y cambiar?

La respuesta de Heráclito era: Todo este cambio y flujo no es casual; está controlado y ordenado siguiendo un esquema continuo todo el tiempo; y lo que controla el esquema es el *Logos*, *la Palabra*, *la Razón de Dios*. Para Heráclito, el *Logos* era el principio de orden bajo el cual seguía existiendo el universo. Heráclito iba aún más lejos: mantenía que no había sólo un esquema en el mundo físico, sino: también en el mundo del acontecer. Mantenía, que nada va a la deriva; en todas las vidas y en todos los sucesos hay un propósito, un plan, un

diseño. ¿Y qué era lo que controlaba los sucesos? Una vez más, la respuesta era que el *Logos*.

Heráclito se acercó todavía más al fondo de la cuestión. ¿Qué era lo que, individualmente y en cada uno de nosotros, nos hacía ver la diferencia entre el bien y el mal? ¿Qué nos capacitaba para pensar y razonar? ¿Qué nos permitía escoger el bien, y reconocer la verdad cuando la veíamos? De nuevo Heráclito daba la misma respuesta: Lo que le daba a una persona la razón y el conocimiento de la verdad y la habilidad para discernir entre el bien y el mal era el *Logos* de Dios que moraba en su interior. Heráclito mantenía que en el mundo de la naturaleza y en el del-acontecer «todas las cosas suceden-de acuerdo con el: *Logos*, » y que en cada persona «el *Logos* es el juez de la verdad:» El *Logos* no era sino la Mente de Dios que está en control del universo y de cada persona individual.

Una vez que los griegos descubrieron esta idea, -ya no la dejaron escapar- Les fascinaba; especialmente a los estoicos. El orden que reina en el universo los tenía sumidos en la más sincera admiración. El orden implica la existencia de una Mente. Los estoicos se preguntaban: «¿Qué es lo que mantiene a las estrellas en sus cursos? ¿Qué es lo que produce el flujo y reflujo de las mareas? ¿Qué es lo que hace que los días y las noches se sucedan indefectiblemente? ¿Qué es lo que produce el orden inalterable de las estaciones?» Y respondían: «Todas las cosas están bajo el control del *Logos* de Dios. El *Logos* es el poder que hace que todo tenga sentido, que hace que el mundo sea un orden en vez de un caos, el poder que puso el mundo en movimiento y que lo mantiene en perfecto orden. El *Logos* -decían los estoicos- lo impregna todo.»

Aún nos queda otro nombre en el mundo griego que no podemos pasar por alto. Había en Alejandría un judío llamado Filón, que había dedicado la vida a estudiar la sabiduría de dos mundos: el judío y el griego. No había quien le dejara atrás en el conocimiento de las Escrituras de Israel; y ningún judío le alcanzaba en el conocimiento del pensamiento griego en toda su grandeza. Él también conocía, y usaba, y amaba esta idea

del *Logos, la Palabra, la Razón de Dios*. Él mantenía que el *Logos* era lo más antiguo del mundo, y el Instrumento por medio del cual Dios lo había hecho todo. Decía que el *Logos* era el pensamiento de Dios estampado en el universo; hablaba del *Logos*, por medio del cual Dios había hecho el universo y todas las cosas; decía que Dios, el piloto del universo, tenía *el Logos* como timón con el que navegaba todas las cosas. Decía que la mente humana también estaba estampada con *el Logos*, y que *el Logos* era lo que le confería al hombre la razón y la capacidad de pensar y de conocer. Decía que el *Logos* era el intermediario entre Dios y el mundo, y que el *Logos* era el sacerdote que introducía el alma a Dios..

El pensamiento griego sabía todo lo que se podía saber del *Logos*; veía en él el poder creador y guiador y director de Dios, el poder que había hecho y que mantenía el universo. Así es que Juan se dirigía a los griegos y les decía: < Lleváis siglos pensando, y escribiendo, y soñando acerca del *Logos*, el poder que hizo el mundo y lo mantiene en orden; el poder por el que piensan, y razonan, y saben los hombres; el poder por el que los hombres se pueden poner en contacto con Dios. Jesús es ese *Logos*, que ha venido a la Tierra. » «La Palabra -decía Juan- se hizo carne.» Esto lo podríamos decir de otra manera: «La Mente de Dios se hizo una Persona.»».

AL JUDÍO, Y TAMBIÉN AL GRIEGO

Los judíos y los griegos habían ido recorriendo el camino hacia la concepción del *Logos, la Mente de Dios* que hizo el mundo y que hace que tenga sentido. Así que Juan se dirigió a los judíos y a los griegos para decirles que, en Jesucristo, esta Mente de Dios creadora, iluminadora, controladora y sustentadora, había venido a la Tierra. Juan fue a decirles que ya no tenían que andar a tientas, sino que todo lo que tenían que hacer era mirar a Jesús para ver en Él la Mente de Dios.

LA PALABRA ETERNA

Juan 1:1-2

Cuando el mundo empezó a existir, ta Palabra ya existía; y la Palabra estaba con Dios; y la Palabra era Dios. Esta Palabra estaba en el principio con Dios.

El principio dei evangelio de Juan tiene tal importancia y profundidad de sentido que debemos estudiarlo casi versículo por versículo. La gran idea de Juan es que Jesús no es sino la Palabra creadora, vivificadora e iluminadora de Dios, y- la Razón de Dios que sostiene el mundo, que ha venido a la Tierra en forma humana y corporal.

Aquí, al principio, Juan dice tres cosas acerca de la Palabra, es decir, acerca de Jesús.

(i) La Palabra ya estaba allí en el mismo principio de todas las cosas. Juan se remonta con el pensamiento al primer versículo de la Biblia: < En el principio creó Dios los cielos y la Tierra> (*Génesis 1: 1*). Lo que Juan nos está diciendo es esto: La Palabra no es una de las cosas creadas; la Palabra ya existía cuando empezó la creación; la Palabra no es una parte del mundo que empezó a existir en un tiempo; la Palabra es parte de la eternidad y estaba con Dios antes que empezaran el tiempo y el universo. Juan está pensando en lo que se conoce como *la preexistencia de Cristo*.

En muchos sentidos esta idea de la preexistencia es muy difícil, si no imposible, de captar. Pero representa algo muy sencillo, muy práctico y muy tremendo. Si la Palabra estaba con Dios antes que empezara el tiempo, si la Palabra es parte del esquema eterno de las cosas, esto quiere decir que *Dios ha sido siempre como Jesús*. Algunas veces se ha pensado que Dios era severo y vengativo; y que lo que hizo Jesús cambió la ira de Dios en amor y alteró Su actitud hacia la humanidad. El Nuevo Testamento no sabe nada de esa idea. Lo que todo el Nuevo Testamento nos dice, y especialmente este pasaje de

Juan, es que Dios ha sido siempre como Jesús. Lo que hizo Jesús fue abrir una ventana en el tiempo para que pudiéramos ver el amor eterno e inalterable de Dios.

Entonces podríamos muy bien preguntarnos: «¿Y qué pasa con algunas de las cosas que leemos en el Antiguo Testamento? ¿Qué de los pasajes en los que se dice que Dios mandó arrasar ciudades enteras y matar a hombres, mujeres y niños? ¿Qué de la ira, y de los celos de Dios de los que leemos a veces en las partes más antiguas de la Escritura? La respuesta es: No es Dios el que ha cambiado, sino nuestro conocimiento de Dios. Esas cosas se escribieron porque entonces no se tenía un conocimiento mejor; hasta ahí habían llegado en su conocimiento de Dios.

Cuando un niño está estudiando una asignatura tiene que ir aprendiéndola por etapas. No empieza por el conocimiento total, sino por lo que puede comprender, y de ahí va pasando a más. Cuando empieza con la apreciación de la música, lo primero que le dan a escuchar no es un preludio o una fuga de Bach, sino algo mucho más sencillo; y luego va comprendiendo más por etapas. Así sucedía con los hombres y Dios. Sólo en parte podían captar y entender la naturaleza de Dios y Sus caminos. Fue sólo cuando vino Jesús cuando vieron total y perfectamente cómo ha sido Dios *siempre*.

Se cuenta que una chiquilla tuvo que enfrentarse una vez con algunos de los pasajes más sangrientos y salvajes del Antiguo Testamento, y comentó: « ¡Pero todo eso pasó antes de que Dios se hiciera cristiano!» Si podemos decirlo así con toda reverencia, cuando Juan dice que la Palabra siempre estuvo allí, está diciendo que Dios siempre ha sido cristiano. Nos está diciendo que Dios siempre ha sido, y es, y será como Jesús. Pero la humanidad no lo podía saber ni se podía dar cuenta hasta que vino Jesús.

(ii) Juan sigue diciendo que *la Palabra estaba con Dios*. ¿Qué quería decir con eso? Quería decir que siempre ha habido la más estrecha conexión entre la Palabra y Dios. Vamos a decirlo de una manera más sencilla: Siempre ha habido la más

íntima conexión entre Jesús y Dios. Eso quiere decir que nadie nos puede decir cómo es Dios, cuál es la voluntad de Dios para nosotros, cómo son el amor y el corazón y la Mente de Dios nada más que Jesús.

Vamos a poner un ejemplo humano sencillo. Si~ de veras queremos saber lo que una persona piensa y siente sobre algo, y no tenemos acceso a ella, no vamos a alguien que no es más que un conocido lejano suyo o que hace poco que la conoce, sino a uno que sabemos que es su amigo íntimo de muchos años. Ese será capaz de interpretarnos de veras la mente y el corazón de la otra persona.

Algo así es lo que Juan nos está diciendo de Jesús. Nos está diciendo que Jesús ha estado siempre con Dios. Vamos a usar el lenguaje humano, porque es el único que podemos usar. Juan está diciendo que Jesús tiene tal intimidad con Dios que Dios no tiene secretos con Él; y que, por tanto, Jesús es la única Persona en todo el universo que nos puede revelar cómo es Dios y lo que siente acerca de nosotros.

(iii) Por último, Juan nos dice que *la Palabra era Dios*. Este es un dicho difícil de entender para nosotros; y es difícil porque el griego, la lengua en que escribió Juan, tiene una manera de decir las cosas que es diferente del español. Cuando se usa un nombre en griego, casi siempre se le antepone el artículo determinado. La palabra para Dios es *theós*, y el artículo determinado correspondiente es *ho*. Cuando se habla de Dios en griego, no se usa solamente *theós*, sino *ho theós*. Ahora bien, cuando no se usa el artículo determinado con un nombre, ese nombre se usa como adjetivo. Juan no dijo que la Palabra era *ho theós*, lo que habría querido decir que la Palabra era *el mismo que* Dios. Dijo que la Palabra era *theós* -sin artículo definido, lo que quiere decir que la Palabra era, podríamos decir, del mismo carácter y cualidad y esencia y ser que Dios. Cuando Juan dijo que *la Palabra era Dios*, no estaba diciendo que Jesús es *el mismo que* Dios, sino que Jesús es *lo mismo que* Dios. De dos personas íntimamente compenetradas se dice que piensan y sienten lo mismo de tal manera que, si se conoce a

una, es como si se conociera á la otra. Jesús está tan íntima y totalmente identificado con Dios en pensamientos, sentimientos y carácter que, conociéndole a El, conocemos perfectamente a Dios.

Así pues, al principio mismo de su evangelio Juan asegura que en Jesús, y sólo en Él, se ha revelado perfectamente a .la humanidad todo lo que Dios ha .sido siempre y siempre será, y todo lo .que siente sobre los hombres y desea para ellos.

EL CREADOR DE TODAS LAS COSAS

Juan 1:3

Fue el Agente por medio de Quien se hicieron todas las cosas; y no hay ni una-sola que exista en el mundo que haya llegado a ser aparte de Él.

Puede que nos parezca extraño que Juan haga tanto hincapié en la .manera. que se creó el mundo; y puede que también nos lo parezca el que conecte tan definidamente a Jesús con la obra de la creación. Pero tenía que hacerlo a causa de ciertas tendencias que había en el pensamiento de su tiempo.

En los días de Juan había una herejía que se llamaba *el gnosticismo*. Su característica era que se trataba de un enfoque intelectual y filosófico al Cristianismo. A los gnósticos no les era suficiente con las creencias sencillas de cualquier cristiano corriente. Trataban de construir un sistema filosófico del Cristianismo. Tenían problemas con la existencia del pecado y el mal y el dolor y el sufrimiento del mundo, así que diseñaron una teoría para explicarlo. Esa teoría era como sigue.

En el principio existían dos realidades: la una era Dios, y la otra la materia. La materia había existido siempre, y fue la materia prima de la que se construyó el universo. Los gnósticos insistían en que esa materia era defectuosa e imperfecta. Podríamos decir que el mundo se inició mal desde el principio.

Estaba hecho de unos materiales que ya contenían el germen de la corrupción.

Los gnósticos llegaban más lejos. Dios, decían, era espíritu puro, y como tal no podía tocar la materia, y menos aún una materia imperfecta. Por tanto, era imposible que Dios llevara a cabo la obra de la creación por Sí mismo. Lo que hizo fue producir una serie de emanaciones, cada una de las cuales estaba más lejos de Dios que las anteriores; y, cuanto más se alejaban de Dios, menos Le conocían. Hacia la mitad de camino de la serie de emanaciones había una que no sabía nada en absoluto de Dios. A partir de ésa, las emanaciones empezaban a ser, no sólo ignorantes, sino hostiles a Dios. Por último había una emanación que estaba tan lejos de Dios que Le ignoraba totalmente y Le era totalmente hostil, y ésa fue el poder que creó el mundo; porque ya estaba tan lejos de Dios que podía tocar esta materia defectuosa y mala. El dios creador estaba totalmente distanciado y enemistado con el Dios real.

Los gnósticos dieron otro paso más: identificaron al dios creador con el Dios del Antiguo Testamento; y sostuvieron que el Dios del Antiguo Testamento era completamente distinto y distante del Dios y Padre de Jesucristo, del Que era enemigo.

En los tiempos de Juan se había extendido mucho esta clase de creencia. La gente creía que el mundo era malo, y que lo había creado un dios malo. Para combatir esta creencia, Juan establece aquí dos verdades cristianas básicas. De hecho, la relación de Jesús con la creación es algo que se repite en el Nuevo Testamento precisamente por este trasfondo intelectual que divorciaba a Dios y al mundo en que vivimos. En *Colosenses* 1:16, Pablo escribe: < Porque en Él fueron creadas todas las cosas, en el Cielo y en la Tierra... todas fueron creadas por Él y para Él. » En *1 Corintios* 8: 6 escribe del Señor Jesucristo «por medio del Cual son todas las cosas.» El autor de *Hebreos* habla de Uno que era el Hijo, «por medio de Quien Dios hizo el universo» (1:2). Juan y los otros autores del Nuevo Testamento que escribieron estas cosas estaban subrayando dos grandes verdades.

(i) El Cristianismo siempre ha creído en lo que se llama *la creación partiendo de la nada*. No creemos que en Su creación del mundo Dios tuviera que usar una materia ajena y mala. No creemos que el mundo empezara ya con un defecto de fabricación, ni que tuviera su origen en Dios y en algo más. Nuestra fe es que detrás de todo está Dios, y sólo Él.

(ii) El Cristianismo siempre ha creído que este *mundo es de Dios*. Lejos de estar tan desconectado del mundo que no puede tener nada que ver con él, Dios está íntimamente comprometido con el mundo. Los gnósticos trataban de echarle la culpa al creador del mal que hay en el mundo. El Cristianismo cree que lo que no está como es debido en el mundo se debe al pecado humano. Pero, aunque el pecado ha causado destrozos en el mundo y le ha impedido llegar a ser lo que hubiera podido ser, no debemos nunca despreciar el mundo, porque es esencialmente de Dios. Si creemos esto, nos da un nuevo sentido del valor del mundo y de nuestra responsabilidad hacia él.

Se cuenta de una niña de los suburbios de una gran ciudad, que la llevaron a pasar un día en el campo. Cuando vio las margaritas en el bosque, preguntó: «¿Cree usted que a Dios le importará que coja unas pocas de Sus flores?» Este es el mundo de Dios; por eso, nada en él está fuera de Su control; y por eso, debemos usar todas las cosas dándonos cuenta de que pertenecen a Dios. El cristiano no le hace de menos al mundo creyendo que el que lo hizo era un dios ignorante y hostil, sino que lo glorifica recordando que Dios está en todas partes, detrás de todo y en todo. Cree que el Cristo que re-crea el mundo fue el colaborador de Dios cuando, el mundo fue creado al principio y que, en la obra de la redención, Dios está tratando de recuperar algo que fue siempre Suyo.

LA VIDA Y LA LUZ

Juan 1:4

En Él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres.

En una gran pieza de música, el compositor a menudo empieza exponiendo los temas que va a elaborar en el curso de su obra. Eso es lo que hace Juan aquí. *Vida y luz* son dos de las grandes palabras básicas sobre las que se construye el Cuarto Evangelio. Son dos de los temas principales que el evangelio se propone desarrollar y exponer. Vamos a considerarlas en detalle.

El Cuarto Evangelio empieza y termina con *la vida*. En el mismo principio leemos que en Jesús estaba *la vida*; y en el mismo **final** leemos que el propósito de Juan al escribir su evangelio era «que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que creyendo tengáis *vida* en Su nombre» (20:31). Esta palabra está continuamente en los labios de Jesús. Es Su sentido pesar que las personas no quieren venir a Él para tener *vida* (5:40). Es Su declaración que El vino para que los hombres tuvieran *vida*, y *la* tuvieran en abundancia (10:10).

Él testifica que les da *vida* a las personas y que no perecerán jamás, porque nadie las podrá arrebatar nunca de Su mano (10:28). Se proclama el camino, la verdad y la *vida* (14:6). En el evangelio la palabra *vida* (*zóé*) aparece más de treinta y cinco veces, y el verbo *vivir o tener vida* (*zén*) más de quince. Así pues, ¿qué es lo que quiere decir Juan con *vida*?

(i) Quiere decir sencillamente que *vida* es lo contrario de destrucción, condenación o muerte. Dios envió a Su Hijo para que todos los que crean en Él no se pierdan, sino tengan *vida* eterna (3:16). El que oye y cree tiene *vida* eterna, y no está sujeto a juicio (5:24). Hay un contraste entre la resurrección para *la vida*, y la resurrección para *el juicio* (5:29). Aquellos a los que Jesús da *la vida* no perecerán jamás (10:28). Hay algo en Jesús que le da a uno seguridad en esta vida y en la por venir.

Hasta que aceptamos a Jesús y Le tomamos como nuestro Salvador y Le entronizamos como nuestro Rey no se puede decir que vivimos. El que vive una vida sin Cristo *existe*, pero no sabe lo que es *la vida*. Jesús es la única Persona que puede hacer que valga la pena vivir, y en Cuya compañía la muerte no es más que el preludio de una vida más plena.

(ii) Pero Juan está completamente seguro de que, aunque Jesús es el que nos trae esa *vida*, el que nos la da es Dios. Juan usa la frase *el Dios viviente* como el resto de la Biblia. Es la voluntad del Padre Que envió a Jesús que todos los que Le ven y creen en Él tengan vida (6:40). Jesús es el Que da la vida porque el Padre ha puesto Su propio sello de aprobación sobre Él (6:27). Él les da la vida a todos los que el Padre Le ha dado (17:2). Dios está en todo ello. Es como si Dios estuviera diciendo: «Yo he creado a los seres humanos para que tengan la vida real; a causa de su pecado, han dejado de vivir y sólo existen; Yo les he enviado a Mi Hijo para hacerles saber lo que es la vida real.»

(iii) Debemos preguntarnos qué es esa vida. Una y otra vez el Cuarto Evangelio usa la frase *vida eterna*. Ya trataremos del sentido completo de esa frase más tarde; pero de momento notaremos esto: La palabra que usa Juan para *eterna* es *aiónios*. Está claro que, sea lo que sea la *vida eterna*, no es simplemente una vida que no se acaba nunca. Una vida interminable podría ser una maldición terrible; muchas veces hay personas que claman por una liberación de la vida. En la vida eterna tiene que haber algo más que su *duración*; tiene que haber también *una calidad* de vida.

No se desea la vida a menos que sea una cierta clase de vida. Aquí tenemos la clave. *Aiónios* es el adjetivo que se usa a menudo para describir a Dios. En el verdadero sentido de la palabra, sólo Dios es *aiónios*, *eterno*; por tanto, *vida eterna es la vida de Dios*. Lo que Jesús nos ofrece de Dios es la misma vida de Dios. La vida eterna es la que experimenta algo de la serenidad y el poder de la vida de Dios mismo. Cuando vino

Jesús ofreciendo a los hombres *la vida eterna*, estaba invitando a todo el mundo a entrar en la misma vida de Dios.

(iv) Entonces, ¿cómo entramos en esa vida? *Creyendo en Jesucristo*. La palabra *creer* (*pisteuein*) aparece en el Cuarto Evangelio nada menos que setenta veces. < El que cree en el Hijo tiene vida eterna > (3:36). < El que cree -dice Jesús tiene la vida eterna > (6:47). La voluntad de Dios es .que las personas vean al Hijo, y crean en Él, y tengan la vida eterna (5:24). ¿Qué quiere decir Juan con *creer*? Dos cosas.

(a) Quiere decir que debemos estar convencidos de que Jesús es real y verdaderamente el Hijo de Dios. Quiere decir que debemos hacer una decisión en relación con El. Después de todo, si Jesús no fue nada más que un hombre, no, hay razón para que Le demos la obediencia completa e implícita que Él demanda. Tenemos que pensarnos personalmente Quién era Jesús. Tenemos que mirarle, aprender acerca de Él, estudiarle, pensar en Él hasta llegar a la conclusión~de que no es sino el Hijo de Dios.

(b) Pero es más que una convicción intelectual. Creer en Jesús quiere decir tomarle la palabra, aceptar Su programa como algo que nos obliga absolutamente, creer sin lugar a duda que lo que Él dice es verdad.

Para Juan, fe quiere decir la convicción de la mente de que Jesús es el Hijo de Dios, la confianza del corazón de que todo lo que dice es verdad y el fundamentar toda nuestra vida sobre la seguridad inquebrantable de que debemos tomarle la palabra. Cuando lo hacemos, dejamos de «existir» y empezamos a vivir. Nos enteramos de lo que quiere decir la Vida, con mayúscula.

LA VIDA Y- LA LUZ

Juan 1:4 (conclusión)

En Él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres.

La segunda de las grandes palabras clave de Juan que nos encontramos aquí es la palabra luz. Esta palabra aparece en el Cuarto Evangelio nada menos que veintiuna veces. Jesús es la luz de los hombres. La misión de Juan el Bautista era señalar a los hombres aquella luz que estaba en Cristo. Dos veces se llama Jesús a Sí mismo *la luz* del mundo (8:12; 9:5). Esta luz puede estar en los hombres (11:10), de manera que pueden llegar a ser hijos de *la luz* (12:36). < Yo he venido -dijo Jesús- como *la luz* al mundo» (12:46). Veamos si podemos entender algo de esta idea de *la luz* que trae Jesús al mundo. Hay tres cosas que sobresalen.

(i) *La luz* que trae Jesús es la que hace huir al caos. En la historia de la creación, Dios se movió sobre el caos oscuro e informe que había antes que empezara el mundo, y dijo: < Sea la luz» (*Génesis 1:3*). La recién creada luz de Dios derrotó al caos vacío al que vino. Así Jesús es *la luz que brilla en la oscuridad* (1:5). El es la única Persona que puede salvar la vida de convertirse en un caos. Dejados a nosotros mismos estamos a merced de nuestras pasiones y temores.

Cuando Jesús amanece en la vida, viene la luz. Uno de los miedos más antiguos del mundo es el miedo a la oscuridad. Hay una historia de un niño que tenía que dormir en una casa desconocida. Su anfitriona, creyendo ser amable, le ofreció dejar la luz encendida cuando él se acostara. Cortésmente declinó el ofrecimiento. «Creía -le dijo la señora- que podrías tener miedo de la oscuridad.» «Oh no -replicó el muchacho-, ¿sabe usted? Es la oscuridad de Dios.» Con Jesús la noche resplandece a nuestro alrededor como el día.

(ii) *La luz* que trae Jesús es *una luz* reveladora. La condenación consistió en que los hombres amaron más la oscuridad

que la luz; y lo **hicieron porque sus obras eran** malas; y **odiaban** *la luz* porque no querían que expusiera sus obras (3:19s). *La luz* que trae Jesús es lo que revela cómo son las cosas. Despoja de los disfraces y de los embozos; muestra las cosas en toda su desnudez, en su verdadero carácter y en su valor real.

Hace mucho, los cínicos decían que la gente aborrece la verdad porque es como la luz para los ojos irritados. En el poema de Caedmon hay una escena extraña. Es un cuadro del último día, y en el centro de la escena está la Cruz; y de ella fluye una extraña luz rojiza como la sangre, y esa misteriosa calidad de luz es tal que muestra las cosas tal como son. Lo externo, los disfraces, las coberturas exteriores son descubiertos y despojados, y todo queda revelado en la desnuda y terrible soledad de lo que es esencialmente.

Nunca nos vemos hasta que nos vemos a través de los ojos de Jesús. Nunca vemos cómo son nuestras vidas hasta que las vemos a la luz de Jesús. Jesús a menudo nos conduce a Dios revelándonos a nosotros mismos.

(iii) *La luz* que trae Jesús es *una luz* que guía. El que no tiene esa luz anda en tinieblas y no sabe adónde va (12:36). Cuando uno recibe esa luz y cree en ella, ya no anda en tinieblas (12:46). Una de las características de las historias del evangelio que no pueden pasar desapercibidas es el número de personas que vinieron corriendo a Jesús para preguntarle: «¿Qué es lo que tengo que hacer?» Cuando Jesús viene a una vida, se acaba el tiempo del suponer y del andar a tientas, el tiempo de la duda y de la inseguridad y de la vacilación. La senda que parecía oscura se vuelve luminosa; la decisión que estaba envuelta en una noche de incertidumbre se ilumina. Sin Jesús somos como los que van a tientas por una carretera desconocida en un apagón. Con Él, el camino es claro.

LA OSCURIDAD HOSTIL

Juan 1:5

Y la luz brilla en la oscuridad, porque la oscuridad no ha sido nunca capaz de apagarla.

Aquí nos encontramos- con otra de las palabras clave de Juan: *oscuridad* (*skotos, skotía*). Esta palabra aparece siete veces en el evangelio. Para Juan había *una oscuridad* en el mundo que era tan real como *la luz*.

(i) *La oscuridad* es hostil a *la luz*. *La luz brilla* en la oscuridad, que, por mucho que lo intente, no puede extinguirla. El hombre pecador ama *la oscuridad* y odia la luz, porque la luz descubre demasiadas cosas.

Puede que aquí Juan haya tomado prestado un pensamiento. Como sabemos, estaba dispuesto a salir y a adoptar ideas nuevas si así podía presentar y ofrecer el Evangelio a los hombres. La- gran religión persa, el zoroastrismo, tenía por entonces una gran influencia en el pensamiento de muchos. Creía que había dos grandes poderes opuestos en el universo: el dios de la luz y el de la oscuridad, Ormuz y Ahrimán. Todo el universo era el campo de batalla en el conflicto eterno y cósmico entre la luz y la oscuridad; y tenía una importancia suprema en la vida que lado se escogía.

Así que Juan está diciendo: «A este mundo ha venido Jesús, la luz del mundo; hay una oscuridad que tratará de eliminarle, de desterrarle de la vida, de extinguirle. Pero hay un poder en Jesús que es invencible. La oscuridad Le puede odiar, pero nunca se librará de Él.» Como se ha dicho en verdad: «Toda la oscuridad del mundo no puede extinguir la lucecita más pequeña. La luz inconquistable vencerá al fin a la oscuridad hostil. Juan está diciendo: «Elegid vuestro bando en el conflicto eterno, y elegid bien:»

(ii) *La oscuridad* representa la esfera natural de todos los que odian el bien. Son las personas que hacen el mal las que

temen a la luz (3:19s). Los que tienen algo que esconder aman la oscuridad; pero es imposible esconderle nada a Dios. Su reflector barre la oscuridad y descubre los males que acechan en el mundo.

(iii) Hay algunos pasajes en los que *la oscuridad* parece representar a *la ignorancia*, especialmente esa ignorancia voluntaria que rechaza la luz de Jesucristo. Jesús dice: < Yo soy la luz del mundo; el que me sigue no andará en *la oscuridad* (8:12). Les dice a Sus discípulos que la luz no estará con ellos más que un tiempo; que anden en la luz; porque si no, viene la oscuridad, y el que anda en la oscuridad no sabe adónde va (12:35). Jesús dice que vino con Su luz para que los hombres no tuvieran que vivir en *la oscuridad* (12:46). Sin Jesucristo nadie puede encontrar o ver, el camino. Es como el que va con los ojos vendados o es ciego. Sin Jesucristo. la vida se pierde. Goethe, cuando estaba muriendo, pedía: < ¿Luz, más luz!> Y uno de los antiguos líderes escoceses les decía a sus amigos cuando estaba ya al final: «Encended el candil para. que vea para morir.» Jesús es la luz que le enseña a uno el camino, y que le ilumina el camino para que pueda dar cada paso.

Hay lugares en los que Juan usa esta palabra *oscuridad* en sentido figurado. La usa a veces refiriéndose a algo más que la falta de la luz terrenal. Nos habla de Jesús andando sobre el agua. Nos cuenta que los discípulos se habían embarcado en su barca y estaban cruzando el lago sin Jesús; y entonces dice Juan: «Y *la oscuridad* ya había caído, y Jesús todavía no había venido a ellos» (6:17). Sin la presencia de Jesús, no había nada más que la oscuridad amenazadora. Nos cuenta la mañana de la Resurrección, y las horas que precedieron al momento en que los que habían amado a Jesús se dieron cuenta de que se había levantado de los muertos. Empieza la historia: «Ahora, el primer día de la semana, María Magdalena vino temprano, *cuando estaba todavía oscuro*» (20:1). Ella estaba viviendo en aquel momento en un mundo que ella pensaba que había eliminado a Jesús; y un mundo así estaba oscuro. Cuenta la historia de la última Cena. Cuenta que Judas se tomó el bocado

que le dio Jesús y salió a llevar a cabo su terrible tarea y hacer los preparativos para traicionar a Jesús; y dice, con una especie de simbolismo terrible: «Así que, después de tomar el bocado, salió inmediatamente; y era *de noche*» (13:30). Judas salía a la noche de una vida que había traicionado a Cristo.

Para Juan, una vida sin Cristo era una vida en la oscuridad. *La oscuridad* quiere decir la vida sin Cristo, y especialmente para los que Le han vuelto la espalda.

Antes de dejar este versículo hay otra cosa que debemos notar. La palabra que hemos traducido aquí *apagares* en griego *katalambanein*, que puede tener tres significados:

(a) Puede querer decir que la oscuridad no *entendió* nunca la luz (cp. R=V antigua: «mas las tinieblas no la comprendieron»): En cierto sentido la gente del mundo es que sencillamente no puede entender las demandas de Cristo y el camino que Cristo le ofrece. Le parece un absurdo. Nadie puede entender a Cristo si no se somete a Él antes.

(b) Puede querer decir que la oscuridad nunca venció a la luz (R-V60: «no prevalecieron contra ella»). *Katalambanein* puede querer decir *perseguir hasta que se alcanza o adelanta y así se domina y se vence*. Esto podría querer decir que la oscuridad del mundo había hecho todo lo posible para eliminar a Jesucristo, hasta el punto de crucificarle, pero nunca podría destruirle. Tal vez aquí se hace referencia al Cristo crucificado y vencedor.

(c) Puede usarse de *extinguir un fuego o una luz*. Ese es el sentido en que la hemos tomado aquí. Aunque el mundo hizo todo lo posible para oscurecer o extinguir la luz de Dios en Cristo, no la pudieron sofocar. En cada generación la luz de Cristo todavía brilla a pesar de los esfuerzos que se hacen para extinguir Su llama.

EL TESTIGO DE JESUCRISTO

Juan 1:6-8

Surgió un hombre al que Dios había enviado que se llamaba Juan. Vino como testigo, para dar testimonio de la luz, para que todos pudieran creer por medio de él. Él mismo no era la luz; su misión era dar testimonio de la luz.

Tal vez nos extraña que a Juan el Bautista no le dé Juan tanta importancia como los otros evangelios. Tiene su explicación. Juan era una voz profética; hacía cuatrocientos años que no se había escuchado la voz de la profecía, y en Juan volvió a resonar. Parece que algunas personas se entusiasmaron con él hasta tal punto que le dieron un puesto más elevado que el que le correspondía. De hecho, hay indicaciones de que hubo una secta que puso a Juan el Bautista en el lugar más alto. Encontramos un eco de esto en *Hechos 19:3-4*. Fue precisamente en Éfeso donde se nos dice que Pablo encontró a unos «discípulos» que no sabían nada de lo que vino después del bautismo de Juan. No es que el Cuarto Evangelio quisiera minimizar a Juan, sino simplemente que el evangelista sabía que había algunas personas que le daban a Juan el Bautista el lugar que sólo corresponde al mismo Jesús.

Así es que en todo el Cuarto Evangelio Juan tiene cuidado de especificar que el lugar de Juan el Bautista en el plan de Dios era alto, pero subordinado al lugar de Cristo. Aquí especifica que Juan no era la luz, sino solamente un testigo de la luz (1:8). Nos muestra a Juan rechazando la idea de que él pudiera ser el Cristo, o ni siquiera el gran Profeta que prometió Moisés (1:20). Cuando los judíos le vinieron a decir a Juan que Jesús había empezado Su carrera como maestro, probablemente esperaban que Juan lo considerara una intrusión; pero el Cuarto Evangelio nos muestra a Juan rechazando la idea de que el primer puesto fuera suyo, y declarando que lo suyo era

que Jesús creciera, y él decreciera. (3:25-30). Se hace referencia a que Jesús estaba teniendo más éxito que Juan en su predicación (4:1). Se menciona que la gente decía que Juan no había hecho las maravillas que hacía Jesús (10:41).

En alguna parte de la Iglesia había un grupo de personas que querían darle a Juan el Bautista una importancia excesiva. El mismo no dio pie para aquella actitud, sino hizo todo lo posible para desanimarla; pero el Cuarto Evangelio sabía de la existencia de tal tendencia, y tomó medidas para protegerse. Todavía puede suceder que ciertas personas le den más importancia a un predicador que a Cristo. Todavía puede suceder que la mirada de la gente se fije en el heraldo más que en el Rey= Que viene a anunciar. Juan el Bautista no tenía la menor culpa de lo que había sucedido; pero Juan el evangelista estaba, decidido a no dejar que nadie desplazara a Cristo del lugar, supremo que Le corresponde.

Es más importante fijarnos en que en este pasaje encontramos otra de las grandes palabras clave del Cuarto Evangelio: la palabra testigo. El Cuarto Evangelio nos presenta un testigo tras otro, no menos de ocho, del supremo puesto que corresponde a Jesucristo.

(i) Está el testimonio del *Padre*. Jesús dijo: « El Padre que Me envió ha dado testimonio de Mí» (5:37). «El Padre que Me envió da testimonio de Mí» (8:18). ¿Qué es lo que quería decir Jesús? Quería decir dos cosas.

(a) Quería decir algo que Le afectaba a *Él mismo*. En Su corazón Le hablaba la íntima voz de Dios, que no Le dejaba la menor duda acerca de Quién era Él y de lo que Dios Le había enviado a hacer. Jesús no consideraba que había sido Él el Que había elegido esa misión. Su íntima convicción era que Dios Le había enviado al mundo a vivir y a morir por la humanidad.

(b) Quería decir algo que afectaba a *la humanidad*. Cuando una persona se encuentra cara a cara con Cristo, siente la convicción íntima de que Él no es sino el Hijo de Dios. El Padre Tyrrell ha dicho que el mundo no puede escapar nunca de ese «extraño Hombre en la Cruz.» Esa fuerza interior que siempre

nos hace volver los ojos a Cristo hasta cuando queremos olvidarle, esa voz interior que nos dice que este Jesús no es otro que el Hijo de Dios y el Salvador el mundo es el testimonio de Dios en lo íntimo del alma.

(ii) Está el testimonio de *Jesús mismo*. « Yo soy --dijo Él el Que doy testimonio de Mí mismo» (8:18). «Aunque Yo doy testimonio acerca de Mí mismo -dijo-, Mi testimonio es verdad» (8:14): ¿Qué quiere decir esto? Quiere decir que Su mejor testimonio, era lo que Jesús era. Decía ser la luz y la vida y la verdad y el camino. Decía ser el Hijo de Dios y Uno con el Padre. Decía ser el Salvador y Maestro de la humanidad. A menos que Su vida y carácter fueran como eran, aquella habría sonado a demencia y blasfemia. Lo que Jesús era en Sí mismo era el mejor testigo de que lo que decía ser era verdad.

(iii) Está el testimonio de Sus obras. Él dice: «Las obras que el Padre Me ha concedido cumplir... dan testimonio de Mí» (5:36). «Las obras que Yo hago en nombre de Mí Padre, dan testimonio de Mí» (10:25). Después de decirle a Felipe que existe una total identidad entre el Padre y Él, Jesús añade: «Creedme por las mismas obras» (14:11). Uno de los pecados incomprensibles de los hombres es que han visto Sus obras y no han creído (15:24). Debemos darnos cuenta de una cosa: Cuando Juan hablaba de las obras de Jesús, no estaba refiriéndose sólo a Sus milagros; estaba pensando en toda la vida de Jesús. No se refería solamente a Sus grandes momentos excepcionales, sino a cómo vivía Jesús todos los momentos del día. Jesús no podría haber realizado aquellas obras maravillosas si no hubiera estado en contacto más íntimo con Dios que los demás hombres de todos los tiempos; pero, igual: no podría haber vivido aquella vida de amor y piedad, compasión y perdón, servicio y ayuda en la vida de cada día si no hubiera estado en Dios y Dios en Él. No es haciendo milagros como podemos demostrar que pertenecemos a Cristo, sino viviendo una vida semejante a la Suya todos los momentos del día. Es en las cosas normales y corrientes en las que mostramos que pertenecemos a Él.

(iv) Está el testimonio ,que dan de Él *las Sagradas Escrituras*. Jesús dijo: «Escudriñáis las Escrituras porque creéis que tenéis en ellas la vida eterna; y son ellas las que dan testimonio de Mí» (5:39). «Si creyeráis a Moisés me creeríais a Mí; porque él escribió de Mí» (5:46): Felipe estaba convencido de que había encontrado a Aquel de Quien escribieron Moisés y los profetas (1:45). A lo largo de toda la historia del pueblo de Israel, hombres y mujeres habían estado soñando con el día en que vendría el Mesías de Dios. Se habían tratado de hacerse una idea de cómo sería; y ahora, en Jesús de Nazaret; todos sus sueños e ideas y esperanzas se habían hecho realidad totalmente. Aquél a Quien el mundo estaba esperando, por fin había llegado.

(v) Está el testimonio *del último de los profetas*, Juan el Bautista. «Vino como testigo, para dar testimonio de la luz» (1:7-8). Juan dio testimonio de haber visto descender sobre Jesús al Espíritu Santo. Aquél en el que culminaba el testimonio de los profetas fue el que dio testimonio de Jesús como Aquél al Que señalaba todo el testimonio profético.

(vi) Está el testimonio de aquéllos con los que Jesús se puso en contacto. La mujer de Samaria dio testimonio de la intuición y del poder de Jesús (4:39). El que había nacido ciego dio testimonio de Su poder sanador (9:25, 38). Los que fueron testigos de Sus milagros testificaron de cómo se habían maravillado de lo que Jesús hacía (12:17). Hay una leyenda que nos cuenta que el Sanedrín buscaba testigos para condenar a Jesús. Vino una multitud de personas diciendo: «Yo era leproso y me curó.» «Yo era ciego y me dio la vista.» «Yo era sordo y me abrió los oídos.» Esa era precisamente la clase de testimonio que no quería el Sanedrín. En todas las épocas y generaciones ha habido una gran multitud de personas que estaban dispuestas a dar testimonio de lo que Cristo había hecho por ellos.

(vii) Está el testimonio de *los discípulos y especialmente del autor de este evangelio*. La comisión de Jesús a Sus discípulos fue precisamente: «Vosotros también sois mis testigos,

porque habéis estado -conmigo desde el principio» (15:27). El autor del evangelio es un testigo y garante personal de las cosas que cuenta. De la Crucifixión escribe: «El que lo vio, ha. dado testimonio, y su testimonio es verdad» (19:35). «Este es el discípulo que da testimonio de estas cosas y escribió estas cosas» (21:24). La que él cuenta no es lo que se dice por ahí, no algo que sabe, de segunda mano, sino lo que él mismo ha visto y conoce por propia experiencia. El mejor testigo de todos es el que puede decir: «Esto es verdad, porque yo lo sé por propia experiencia.»

(viii) Está el testimonio el *Espíritu Santo*. «Cuando venga el Consolador... el Espíritu de la verdad... dará testimonio de Mí» (15:26). Juan escribe en la *Primera Epístola*: «Y el Espíritu es el testigo, porque el Espíritu es la verdad» (1 Juan 5:6). Para los judíos, el Espíritu tenía dos funciones: traía la verdad de Dios a los hombres, y les permitía reconocer esa verdad cuando la veían. Es la obra del Espíritu Santo dentro de nuestro corazón lo que nos permite reconocer a Jesús como el Que es y confiar en Él por lo que puede hacer.

Juan escribió su evangelio para presentar un testimonio incontestable de que Jesucristo es la Mente de Dios plenamente revelada a la humanidad.

LA LUZ DE TODAS LAS PERSONAS

Juan 1:9

El Que sí era la luz real era el Que, en Su venida al mundo, da la luz a todas las personas.

Aquí Juan usa una palabra muy significativa para describir a Jesús: dice que Jesús era la *luz real*. En griego hay dos palabras que se parecen mucho. La versión Reina-Valera usa *verdaderola* para las dos; pero tienen diferentes matices. La primera palabra es *aléthés*, que quiere decir *verdadero* como

opuesto a *falso*; es la palabra que usaríamos para **decir** que una aseveración es verdad. La segunda palabra es *aléthinós*, que quiere decir *real o genuino*, opuesta a *irreal*.

Así pues, lo que Juan está diciendo es que Jesús es .la luz` real que viene a iluminar a la humanidad. Antes de que Jesús viniera, había: otras luces que seguían las personas. Algunas eran parpadeos de la verdad; otras, vislumbres fugaces de la realidad; otras, fuegos fatuos, o meras luciérnagas... Todavía existen las luces fugaces, y los fuegos artificiales, y quienes se conforman con ellos; pero sólo Jesús es la luz genuina, la luz real que guía a las personas en su camino.

Juan dice que Jesús, al venir al mundo, trajo a la humanidad la luz real. Su venida fue como un destello de luz, como la venida de la aurora: Cierta viajero nos dice que se encontraba una vez en Italia, en una colina que mira a la bahía de Nápoles: estaba tan oscuro que no se podía ver nada; pero de repente hubo un relámpago, y todo se iluminó con todo detalle. Cuando Jesús vino a este mundo la luz real iluminó todo lo que antes había estado sumido en tinieblas.

(i) Su venida disipó las sombras de *la duda*. Hasta que él vino todo lo que se sabía de Dios eran suposiciones. « Es difícil descubrir nada de Dios -dijo uno de los griegos-; y cuando has descubierto algo es imposible comunicárselo a otro.» Para los paganos, o Dios moraba en tinieblas inescrutables, o en una luz deslumbradora e: inaccesible. Pero -cuando vino Jesús la humanidad pudo ver con toda claridad cómo es Dios. Las sombras y las nieblas huyeron; los días de las suposiciones se acabaron; ya no hubo necesidad de seguir en un agnosticismo melancólico. Se hizo la luz.

(ii) Su venida disipó las sombras de *la desesperación*. Jesús vino a un mundo que estaba sumido en la desesperación. «La humanidad -decía Séneca-- es consciente de su indefensión en las cosas fundamentales.» Las personas anhelaban una mano que se les tendiera para levantarlas. «Odan sus pecados, pero no se pueden librar de ellos.» La humanidad desesperaba de hacerse a sí misma o al mundo mejores. Pero con la venida de

Jesús entró en la vida un nuevo poder. Jesús no sólo trajo conocimiento, sino también poder. Vino no sólo para indicar el buen camino, sino para capacitarnos para andar por él. Nos dio no sólo instrucción, sino una presencia con la que todo lo que era imposible se hizo posible. La oscuridad del pesimismo y de la desesperación desaparecieron para siempre.

(iii) Su venida disipó las tinieblas de *la muerte*. El mundo antiguo le tenía pánico a la muerte. Lo mejor que se podía pensar de ella era la aniquilación, y el alma humana se estremecía al pensarlo. Lo peor era una eternidad de torturas en manos de los dioses que fuera, y el alma humana tenía miedo. Pero Jesús, con Su venida, con Su vida y con Su muerte y Su Resurrección ha demostrado que la muerte no tiene que ser más que la entrada a una vida más plena. La tiniebla se ha dispersado. Stevenson tiene una escena en una de sus historias en la que traza el cuadro de un joven que ha quedado con vida milagrosamente después de un duelo en el que estaba seguro de que le iban a matar. Al alejarse, su corazón va cantando: «La amargura de la muerte ha pasado.» Gracias a Jesús la amargura de la muerte puede haber pasado para todos los seres humanos.

Además, Jesús es la luz que alumbr a *todas las personas* que vienen a este mundo. El mundo antiguo era excluyente. Muchos judíos odiaban a los gentiles y decían que los gentiles no habían sido creados nada más que para servir de leña en el infierno. Es verdad que hubo profetas que vieron que la misión de Israel era ser una luz para los gentiles (Isaías 42:6; 49:6), pero esa era una misión que la mayoría del pueblo rehusaba asumir. El mundo griego nunca soñó que el conocimiento fuera para toda la humanidad. El mundo romano despreciaba a los bárbaros, los salvajes que vivían sin ley. Pero Jesús vino para ser la luz de *todos*. Sólo el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo tiene un corazón suficientemente grande para albergar a todo el mundo.

NO LE RECONOCIERON

Juan 1:10-11

Estaba en el mundo; y, aunque Él había sido el intermediario para que el mundo llegara a existir, el mundo no Le reconoció. Fue a Su propio hogar adonde vino, y sin embargo los suyos no Le dieron la bienvenida.

Juan tenía en mente dos pensamientos al escribir este pasaje. (i) Estaba pensando en el tiempo antes de que Jesucristo viniera al mundo en cuerpo. *El Logos* de Dios había estado activo en el mundo desde el principio del tiempo. *La Palabra* creadora y dinámica de Dios había hecho que el mundo llegara a existir al principio; y desde entonces siempre había sido *la Palabra, el Logos, la Razón* de Dios, el/la Que ha mantenido el universo como un conjunto ordenado y al ser humano como una persona racional. Si la humanidad hubiera tenido sentido para verle, *el Logos* siempre Se podía reconocer en el universo.

La Confesión de Fe de Westminster empieza diciendo que < las luces de la naturaleza, y las obras de la creación y de la providencia manifiestan la bondad, la sabiduría y el poder de Dios de tal manera que dejan sin justificación posible la incredulidad humana. » Hacía tiempo que Pablo había escrito que las cosas visibles del mundo están diseñadas por Dios de tal manera que guían el pensamiento humano a las cosas invisibles, y que si la humanidad hubiera mirado al mundo con los ojos y el entendimiento abiertos, su pensamiento habría llegado inevitablemente a su Creador (*Romanos 1:19-20*). El mundo siempre ha sido tal que, mirado como es debido, conduciría hacia Dios a la mente humana.

En teología siempre se ha distinguido entre teología *natural* y teología *revelada*. La teología revelada trata de las verdades que nos llegan directamente de Dios en las palabras de los profetas, las páginas de Su Libro y, supremamente, en Jesucristo.

La teología natural trata de las verdades que el ser humano puede descubrir mediante su propia mente e inteligencia en el mundo en que vive. Si así es, ¿cómo podemos ver *la Palabra* de Dios, *el Logos* de Dios, *la Razón* de Dios, *la Mente* de Dios en el mundo en que vivimos?

(a) Debemos mirar *hacia fuera*. Siempre fue una idea fundamental de los griegos que, donde hay un orden, tiene que haber una mente. Cuando consideramos el universo vemos un orden maravilloso: los planetas siguen regularmente sus cursos; las mareas se suceden conforme a un plan; la siembra y la siega, el verano -y el invierno, el día y la noche observan un orden riguroso. No cabe duda de que hay un orden en la naturaleza y, por tanto, está igualmente claro que debe de haber una Mente detrás de todo ello. Además, esa Mente tiene que ser superior a la mente humana, porque consigue resultados que ésta nunca puede conseguir. La mente humana no puede hacer que la noche siga al día, y viceversa; o que la semilla tenga poder para germinar y crecer. La mente humana no puede hacer ninguna criatura viva. Si hay orden en el mundo, tiene que haber una Mente; y, si en ese orden hay cosas que están por encima de la mente humana, esa Mente que está detrás del orden de la naturaleza tiene que estar por encima y más allá de la mente humana... Y así llegamos inevitablemente a Dios. Mirar fuera de nosotros al mundo es encontrarnos cara a cara con el Dios Que lo ha hecho.

(b) Debemos mirar *hacia arriba*. Nada demuestra el orden maravilloso del universo mejor que los movimientos de los cuerpos celestes. Los astrónomos nos dicen que hay tantas estrellas como granos de arena en las playas. Para decirlo en términos humanos, figuraos los problemas de tráfico que habrá en el cielo; y, sin embargo, los cuerpos celeste se mantienen en las rutas que se les han marcado y se *conducen* individual pero disciplinada y armoniosamente. Un astrónomo puede predecir al segundo y a la pulgada cuándo y dónde va a aparecer un cierto planeta, y puede decirnos cuándo y dónde se va a producir un eclipse de Sol dentro de cientos de años, y cuántos

segundos va a durar. Se ha dicho que «ningún astrónomo puede ser ateo.» Cuando miramos hacia arriba vemos a Dios.

(c) Debemos mirar *hacia dentro*. ¿De dónde nos hemos sacado la capacidad de pensar, de razonar y de saber? ¿De dónde el conocimiento del bien y del mal? ¿Por qué sabe en lo más íntimo de su ser el más empedernido degenerado cuándo está haciendo lo que no debe? Kant dijo hace mucho que había dos cosas que le convencían de la existencia de Dios: el cielo estrellado sobre su cabeza y la ley moral en el fondo de su conciencia. No nos hemos dado a nosotros mismos ni la vida ni la razón que la guía y la dirige. Debemos nuestra existencia a algún Poder fuera de nosotros mismos. ¿De dónde vienen el remordimiento y el sentimiento de culpabilidad? ¿Por qué no podemos hacer lo que nos dé la gana y sentirnos en paz? Cuando miramos hacia dentro encontramos lo que Marco Aurelio llamaba «el dios interior,» y lo que Séneca llamaba «el espíritu santo que reside en nuestras almas.» Nadie se puede entender aparte de Dios.

(d) Debemos mirar *hacia atrás*. Froude, el gran historiador, decía que la totalidad de la Historia es una demostración de la ley moral en acción. Los imperios surgen y desaparecen. Como escribió Kipling:

«Mirad: ¡Toda nuestra pompa de ayer es igual que la de Nínive o Tiro!»

Y es un hecho constatado de la Historia que la degeneración moral y el desastre nacional van de la mano. «No hay nación -dijo George Bernard Shaw- que haya sobrevivido a la pérdida de sus dioses.» Toda la Historia es la demostración práctica de que hay Dios.

Así que, aunque Jesucristo no hubiera venido a este mundo corporalmente, todavía le habría sido posible a la humanidad ver *la Palabra* de Dios, *el Logos* de Dios, *la Razón* de Dios en acción. Pero, aunque la acción de *la Palabra* estaba a la vista de todo el mundo, la humanidad no La reconoció nunca.

NO LE RECONOCIERON

Juan 1:10-11 (conclusión)

Estaba en el mundo; y, aunque Él había sido el intermediario para que el mando llegara a existir, el mundo no Le reconoció. Fue a Su propio hogar adonde vino, y sin embargo los suyos no Le dieron la bienvenida.

(ii) Por último, *la Palabra* creadora y ordenadora de Dios vino a este mundo en la persona del hombre Jesús. Juan dice que *la Palabra* vino a Su propio hogar, pero los suyos no Le dieron la bienvenida. ¿Qué quiere decir con eso? Quiere decir que, cuando *la Palabra* de Dios entró en este mundo, no llegó a Roma o a Grecia o a Egipto o a los imperios del Oriente. *Vino a Palestina*, que era la tierra de Dios en un sentido especial, y a los judíos, que eran el pueblo escogido de Dios.

Los mismos nombres que se les dan a esa tierra y a ese pueblo en el Antiguo Testamento nos lo demuestran. A Palestina se la llama con frecuencia *la tierra santa* (*Zacarías 2:12; 2 Macabeos 1:7; Sabiduría 12:3*). Se la llama *la tierra del Señor*; Dios habla de ella como *Su tierra* (*Oseas 9: 3; Jeremías 2:7; 16:18; Levítico 25:23*). A la nación de Israel se la llama «el especial tesoro» de Dios (*Éxodo 19:5; Salmo 135:4*), «pueblo santo para el Señor.. pueblo especial» (*Deuteronomio 7:6*), «pueblo único» (*Deuteronomio 14:2*), «Su exclusiva posesión» (*Deuteronomio 26:18*), «porción» y «heredad» del Señor (*Deuteronomio 32:9*).

Jesús vino a una tierra que era especialmente la tierra de Dios, y a un pueblo que era especialmente el pueblo de Dios. Era de esperar que aquella nación le hubiera recibido con los brazos abiertos y con todas las puertas abiertas; que se le hubiera dado la bienvenida como a un viajero que llegara a su propia casa; o, más aún, como a un rey que llegara a su nación... *Pero Le rechazaron*. Le recibieron -con odio en vez de con adoración.

Aquí tenemos **la tragedia de un pueblo que había sido elegido y preparado para una tarea, y que se negó a cumplirla.** Puede que unos **padres ahorren y se sacrifiquen para darle.** 1. su hijo o a su hija una oportunidad en la vida, para que tenga una preparación para algún **trabajo u oportunidad** especial... y, cuando llega el momento, la persona por la que se sacrificó todo se niega a aprovechar la oportunidad o falla miserablemente al enfrentarse con el desafío. Ahí está la tragedia. Y eso fue lo que Le pasó a Dios.

Sería erróneo pensar que Dios no había preparado nada más que a Israel. Dios está preparando a todos los hombres, mujeres; y niños de este mundo para alguna tarea que les tiene reservada.: Cierta novelista cuenta la historia de una chica que se negaba a tocar las cosas sucias de la vida; cuando alguien le preguntó; por qué, dijo: < Algún día va a venir algo realmente hermoso; a mi vida, y quiero estar preparada.> La tragedia es que muchas. personas rechazan la tarea que Dios les tiene reservada.

O, para decirlo de otra manera, que aún nos impacta más: son pocos los que llegan a ser lo que podrían haber sido; tal vez por letargo o pereza, por timidez o cobardía, por falta de disciplina o sobra de permisividad, por comprometerse con algo no tan bueno o desviarse por algún colateral... El mundo está lleno de personas que no han hecho realidad las posibilidades que tenían. No hemos de pensar que la tarea que Dios tiene para nosotros haya de ser alguna hazaña heroica que despierte la admiración de todo el mundo. Puede que sea preparar a un niño para la vida; o, en un momento decisivo, decir la palabra necesaria y ejercer la influencia que puede impedir que alguien arruine su vida; o hacer algo sencillo superlativamente bien; o tocar las vidas de otros con las manos, la voz o la mente. El hecho es que Dios nos está preparando en todas las experiencias de la vida y cuenta con nosotros para algo; y muchos Le dejan en la estacada, y a lo mejor ni se dan cuenta de que Le están fallando.

Es terriblemente patético lo que se dice aquí: «Vino a Su propio hogar, y los suyos no le dieron la bienvenida.» Eso Le sucedió a Jesús hace mucho... y Le sigue sucediendo.

HIJOS DE DIOS

Juan 1:12-13

A todos los que sí Le recibieron, a los que creen en Su nombre, les dio el derecho de llegar a ser hijos de Dios. Estos nacieron, no de la sangre ni de ningún impulso humano ni de la voluntad de ningún hombre, sino que su nacimiento fue de Dios.

No todos rechazaron a Jesús cuando vino; hubo algunos que sí Le recibieron y Le dieron la bienvenida, y a esos les dio Jesús el derecho de llegar a ser hijos de Dios.

Hay un sentido en el que una persona no es hija de Dios por naturaleza, sino que tiene que *llegar a serlo*. Tenemos que pensarlo en términos humanos porque son los únicos de que disponemos.

Hay dos clases de hijos. Están los que jamás hacen nada más que aprovecharse de su hogar. A lo largo de su juventud se apropian de todo lo que el hogar les ofrece sin dar nada a cambio. Puede que sus padres trabajen y se sacrifiquen para darles la mejor oportunidad posible en la vida, y lo toman todo como un derecho, sin darse cuenta nunca de lo que están recibiendo, y sin hacer el menor esfuerzo por merecerlo o compensarlo. Cuando se marchan de la casa paterna no hacen el menor esfuerzo para mantenerse en contacto. El hogar ha cumplido su misión, y ahí termina la cosa. No reconocen ningún lazo que tengan que mantener, ni ninguna deuda que tengan que pagar. Son los hijos de sus padres, y a ellos les deben la existencia y lo que son; pero no reconocen ningún vínculo de amor b intimidad. Sus padres se lo han dado todo por amor, pero los hijos no les han dado nada a cambio.

Por otra parte hay hijos que siempre son conscientes de lo que sus padres han hecho y hacen por ellos, y aprovechan todas las oportunidades que se les presentan para demostrarles su agradecimiento y tratar de ser la clase de hijos que sus padres

querían que fueran. A medida que pasan los años están cada vez más cerca de sus padres, con los que desarrollan una relación de confianza y amistad. Hasta cuando salen del hogar el vínculo permanece, y son conscientes de una deuda que nunca podrán pagar.

En el primer caso, los hijos cada vez están más lejos de los padres; en el segundo, cada vez más cerca. Todos son hijos, pero de manera diferente. Los del segundo grupo *llegan a ser* hijos de una manera que los otros no alcanzan.

Podemos ilustrar esta clase de relación desde otro punto de vista, distinto pero parecido. A un famoso profesor le mencionaron el nombre de un joven que se presentaba como discípulo suyo. Este dijo: «Puede que asistiera a mis clases, pero no era uno de mis estudiantes.» Hay un mundo de diferencia entre asistir a las clases de un profesor y ser uno de sus estudiantes. Puede haber contacto sin comunión; puede haber relación sin comunicación. «Todos somos hijos de Dios», se oye decir con frecuencia, y con razón si nos referimos a que todos Le debemos a Dios que nos haya creado y nos conserve la vida; pero sólo algunos *llegan a ser* hijos de Dios con la profundidad e intimidad de la verdadera relación entre Padre e hijos.

Juan proclama que sólo podemos entrar en esa relación real y verdadera de hijos con Dios por medio de Jesucristo. Cuando Juan dice que esto no viene de la sangre, está expresando la convicción judía de que un hijo nacía de la unión de la simiente del padre con la sangre de la madre. Esta condición de hijos no es el resultado de ningún impulso o deseo humano, ni de ningún acto de la voluntad humana; procede exclusivamente de Dios. No podemos hacernos a nosotros mismos hijos de Dios; tenemos que entrar en la relación con Dios que Él nos ofrece. Nadie puede entrar nunca en una relación de amistad con Dios por su propia voluntad y capacidad; hay una gran sima entre lo humano y lo divino. El hombre sólo puede entrar en amistad con Dios cuando Dios mismo le abre el camino.

Pensemos otra vez en términos humanos. Un plebeyo no puede acercarse a un rey para ofrecerle su amistad; si ha de

producirse tal amistad tendrá que ser el rey el que la inicie y establezca. Eso es lo **que sucede entre nosotros y Dios**: no podemos entrar en relación con Él por nuestra voluntad o méritos, porque somos seres humanos y Él es Dios. Sólo puede ser cuando Dios; en Su gracia que no podemos merecer de ninguna manera, condesciende a abrirnos el camino.

Pero esto tiene también su lado humano. Lo que Dios ofrece, el hombre se lo tiene que apropiarse. Puede que un padre humano le ofrezca a su hijo su amor, su consejo y su amistad, y que el hijo no los acepte y siga su propio camino. Así sucede con Dios: Él nos ofrece *el derecho* de llegar a ser hijos, pero no nos obliga a aceptarlo.

Como lo aceptamos es creyendo en el nombre de Jesucristo. ¿Qué quiere decir eso? El pensamiento y el lenguaje hebreos usaban *el nombre* de una manera que nos resulta extraña. Con esa expresión los judíos no se referían tanto al nombre propio de una persona como a su naturaleza en tanto en cuanto era revelada o conocida. Por ejemplo, en el *Salmo 9:10* el salmista dice: «En Ti confiarán los que conocen Tu nombre.» Está claro que eso no quiere decir «los que saben que Te llamas Jehová,» sino los que conocen el carácter de Dios, Su naturaleza, cómo es Dios; éstos son los que están dispuestos a poner su confianza en Dios para todo. En el *Salmo 20:7*, dice el salmista: «Algunos presumen de carros, y otros de caballos; mas nosotros nos gloriamos en *el nombre* del Señor nuestro Dios.» Está claro que esto no quiere decir que hacemos alarde de que Dios se llama Jehová. Quiere decir que algunos ponen su confianza en medios materiales, pero nosotros la ponemos en Dios porque sabemos cómo es.

Confiar en el nombre de Jesús, por tanto, quiere decir poner nuestra confianza en lo que Él es. Él era la encarnación de la amabilidad y del amor y de la ternura y del servicio. La gran doctrina central de Juan es que en Jesús vemos la misma Mente de Dios, Su actitud para con los hombres. Si de veras creemos eso, entonces también creemos que Dios es como Le vemos en Jesús: tan amable y amoroso como era Jesús. Creer en el

nombre de Jesús es creer que Dios es como Él; y es sólo cuando; creemos eso cuando podemos someternos a Dios y llegar a ser Sus hijos. A menos que hayamos visto en Jesús cómo es Dios, nunca nos atreveríamos a creer que podemos llegar a ser Sus hijos. Es lo que es Jesús lo que nos abre la posibilidad de llegar a ser hijos de Dios. ,

LA PALABRA SE HIZO CARNE

Juan 1:14

Y la Palabra de Dios se hizo una Persona, y tomó residencia en nuestro ser, lleno de gracia y realidad; . y nosotros miramos con-nuestros propios ojos :Su gloria, gloria corvó la que recibe,de su padre un hijo único.

Aquí llegamos a la afirmación en la que se resume todo el tema que Juan desarrolla en su evangelio. Ha meditado y escrito acerca de la Palabra de Dios, esa Palabra poderosa, creadora y- dinámica, que fue el Agente de la creación; esa Palabra guiadora, directora, controladora, que pone orden en el universo y en la mente humana. Estas ideas les resultaban conocidas y familiares tanto a los judíos como a los griegos. Y ahora dice la cosa más sorprendente y maravillosa de todas: «Esta Palabra que creó el mundo, esta Razón que mantiene el orden del universo, se ha hecho una Persona Que hemos visto con nuestros propios ojos.» La palabra que usa Juan para *ver* es *theasthai*; aparece en el Nuevo Testamento más de veinte veces, y siempre refiriéndose a la vista física. No se trata de una visión espiritual que se percibe con los *ojos* del alma o de la mente. Juan declara que la Palabra vino de hecho a la Tierra en forma humana, Que podía verse con los *ojos* de la cara. Dice: « Si queréis, ver cómo es esta Palabra creadora, esta Razón ordenadora, mirad a Jesús de Nazaret.»

Aquí es donde Juan se remonta por encima de todos los pensamientos anteriores. Esto es algo totalmente nuevo que Juan introdujo en el mundo griego al que dirige su libro. Agustín de Hipona dijo más tarde que, en los días anteriores a su conversión al Evangelio había leído y estudiado a los grandes filósofos paganos, que le habían enseñado muchas cosas; pero que la Palabra se había hecho carne no lo había leído en ninguno de ellos.

Para los griegos esto era algo completamente imposible. El que Dios pudiera asumir un cuerpo era algo que a un griego no se le podía ocurrir ni soñar. Para los griegos, el cuerpo era un mal, una prisión en la que el alma estaba aherrojada, o una tumba en la que estaba confinado el espíritu. Plutarco, el antiguo sabio griego, ni siquiera podía creer que Dios pudiera controlar, directamente los acontecimientos de este mundo; más bien tenía que hacerlo por medio de diputados o intermediarios; porque -así lo veía Plutarco- sería sencillamente blasfemo el involucrar a Dios en los asuntos de este mundo. Filón no podría haberlo dicho nunca. Decía: -«La vida de Dios no ha descendido a nosotros; ni se ha rebajado a sentir las necesidades de un cuerpo.» El gran emperador romano estoico Marco Aurelio despreciaba el cuerpo en comparación con el espíritu. «Desprecia por tanto la carne -decía-, la sangre y los huesos y el entramado revuelto de nervios y venas y arterias.» « La composición del cuerpo entero está sujeta a corrupción»

Y de pronto aparece una novedad totalmente sorprendente: que Dios pudiera y estuviera dispuesto a llegar a ser una persona humana y entrar en esta vida que nosotros vivimos, que la eternidad pudiera aparecer en el tiempo, que el Creador pudiera aparecer en la creación de tal manera que los *ojos* humanos de hecho Le pudieran ver.

Tan alucinantemente nueva era esta concepción de Dios en forma humana que no era sorprendente que hubiera algunos, aun en la Iglesia, que no lo pudieran creer. Lo que dice Juan es que la Palabra se hizo *sarx*. Ahora bien, *sarx* es la misma palabra que Pablo usa una y otra vez para describir lo que él

llamaba *la carne*, la naturaleza humana en toda su debilidad y propensión al pecado. La misma idea de tomar esta palabra y aplicársela a Dios era algo que alucinaba sus mentes, así es que surgió en la Iglesia un grupo de personas que se llamaron *los docetistas*.

Dokein es la palabra griega que quiere decir *parecer ser*. Esas personas mantenían que Jesús, de hecho, era solamente un fantasma; que Su cuerpo humano no era un cuerpo real; que Él no podía sentir de veras hambre o cansancio, tristeza o dolor; que lo que era en realidad era un espíritu desencarnado que se presentaba en una forma que parecía humana. Juan se opuso a estas personas mucho más directamente en su *Primera Epístola*: «En esto se conoce el Espíritu de Dios: todo espíritu que confiesa que Jesucristo ha venido *en la carne* es de Dios; y todo espíritu que no confiesa a Jesús, no es de Dios. Este es el espíritu del anticristo» (1 *Juan 4:2s*). Es verdad que esta herejía surgió de una especie de reverencia equivocada, que se resistía a reconocer que Jesús era total y real y verdaderamente humano. Para Juan eso contradecía a todo el Evangelio.

Bien puede pasar que a veces estemos tan preocupados por conservar la verdad de que Jesús era plenamente divino que tendamos a olvidar el hecho de que era absolutamente humano. *La Palabra se hizo carne* -aquí, mejor que en ningún otro pasaje del Nuevo Testamento, se proclama gloriosamente la plena humanidad de Jesús. En Jesús vemos el poder creador de Dios, la Razón ordenadora de Dios, asumiendo la plena humanidad. En Jesús vemos a Dios viviendo la vida humana de una persona cualquiera. Suponiendo que no dijéramos nada más de Jesús, todavía podríamos decir que nos mostró como viviría Dios esta vida que vivimos nosotros.

Aunque no pudiéramos decir nada más que Le debemos a Jesús, esto sí podemos decir: que nos mostró cómo viviría Dios esta vida que vivimos nosotros y, por tanto, que Jesús nos ha mostrado cómo quiere Dios que vivamos.

LA PALABRA SE HIZO CARNE

Juan 1:14 (continuación)

Y la Palabra de Dios se hizo una Persona, y tomó residencia en nuestro ser, lleno de gracia y realidad; y nosotros miramos con nuestros propios ojos Su gloria, gloria como la que recibe de su padre un hijo único.

Bien se podría decir que este es el versículo más importante de todo el Nuevo Testamento. Debemos por tanto pasar un tiempo considerable estudiándolo para penetrar más de lleno en sus riquezas.

Ya hemos visto que hay algunas grandes palabras que le bullen a Juan en la mente y dominan su pensamiento y son los temas con los que se elabora todo su mensaje. Aquí tenemos otras tres de esas palabras.

(i) La primera es *gracia*. Esta palabra contiene siempre dos ideas básicas.

(a) Siempre incluye la idea de algo que es totalmente inmerecido, que no podríamos nunca ganarnos o conseguir por nosotros mismos. El hecho de que Dios viniera a la Tierra a vivir y a morir por nosotros no fue nada que la humanidad hubiera merecido, sino un acto de puro amor por parte de Dios. La palabra *gracia* subraya al mismo tiempo la pobreza desesperada de la humanidad y la ilimitada generosidad de Dios.

(b) Siempre incluye la idea de belleza. En griego moderno quiere decir *encanto*. En Jesús vemos el atractivo irresistible de Dios. Se había pensado en Él -en términos de fuerza, de majestad y de juicio; como un poder capaz de aplastar toda oposición y derrotar toda rebelión; pero en Jesús nos encontramos con la sencilla amabilidad de Dios.

(ii) La segunda es *verdad*. Esta palabra es una de las notas dominantes del Cuarto Evangelio. Nos la encontramos una y otra vez. Aquí no podemos más que reunir y resumir lo que Juan tiene que decir acerca de Jesús y la verdad.

(a) Jesús es la encarnación de la verdad. Él dijo: «Yo soy la verdad» (14:6). Para ver la verdad tenemos que mirar a Jesús. Aquí hay algo infinitamente precioso para todas las almas y mentes sencillas. Son los menos los que pueden captar las ideas abstractas; la mayor parte de nosotros tenemos que *ver* las cosas para entenderlas. Podríamos pasar mucho tiempo pensando y discutiendo, y no nos acercaríamos a una definición satisfactoria de lo que es la belleza; pero, si podemos señalar a una persona en la que brille esa cualidad y decir: « ¡Eso es belleza!», todos estaremos de acuerdo y lo veremos claro. Desde que la humanidad empezó a pensar en Dios se viene intentando definir Quién y Qué es... y sus mentes diminutas no consiguen llegar a una definición satisfactoria. Pero ahora podemos dejar de pensar por nosotros mismos, y mirara Jesucristo y decir: «¡Así es como es Dios!» Jesús no vino para *hablar* de Dios, sino para *mostrar* cómo es Dios, para que la persona más sencilla pudiera conocerle tan íntimamente como el más grande de los filósofos.

(b) Jesús es el comunicador de la verdad. Les dijo a Sus discípulos que, si seguían con Él, conocerían la verdad (8:31). Le dijo a Pilato que el objeto de Su venida a este mundo había sido dar testimonio de la verdad (18:37). La gente se agolpará para escuchar a un maestro o predicador que pueda ofrecerles alguna dirección en el embarullado negocio de la vida y el pensamiento. Jesús es el único Que, en medio de las sombras; puede aclarar las cosas; el único Que, en las múltiples encrucijadas de la vida, nos puede indicar el verdadero camino; el único Que, en los confusos momentos de la decisión, nos permite escoger correctamente; el único Que, entre las muchas voces que reclaman nuestra atención y nuestra lealtad, nos dice lo que debemos creer.

(c) Aunque Jesús ya no está corporalmente en la Tierra, nos ha dejado Su Espíritu para que nos guíe a toda la verdad. Su Espíritu es el Espíritu de la verdad (14:17; 15:26; 16:13). No se limitó a dejarnos un libro de instrucciones y un cuerpo de doctrina. No tenemos que buscar en un libro de texto difícil

de entender para descubrir lo que tenemos que hacer. Todavía, hasta el día de hoy, podemos preguntarle a Jesús lo que tenemos que hacer, porque Su Espíritu está con nosotros en cada paso del camino.

(d) La verdad es lo que nos hace libres (8:32). Siempre hay un cierto poder libertador en la verdad. Los niños adquieren a menudo ideas fantásticas y erróneas acerca de las cosas cuando piensan por sí mismos; y a menudo les producen miedo. Cuando se les dice la verdad, se emancipan de sus temores. Puede- que una persona tenga miedo de estar enferma; si va al médico, aunque el diagnóstico sea malo, se librará por lo menos de los temores vagos que antes la asediaban. La verdad que Jesús nos trae nos libera de la alienación de Dios; nos libera de la frustración, de nuestros temores y debilidades y derrotas. Jesucristo es el mayor libertador del mundo.

(e) La verdad puede causar resentimiento. Hubo quienes trataron de matar a Jesús porque les había dicho la verdad (8:40). La verdad puede que condene a una persona; puede que le indique lo muy equivocada que estaba. «La verdad -decían los filósofos. cínicos- puede ser tan irritante como. la luz para los ojos doloridos.» Los cínicos declaraban que el maestro que no ha molestado nunca a nadie, nunca le ha hecho a nadie ningún bien. Puede que la gente cierre los oídos y las mentes a la verdad, que maten al que se la dice... pero la verdad permanece. Nadie ha destruido jamás la verdad por negarse a escuchar la voz que se la presentaba; y la verdad acabará por alcanzarle, más, tarde o más temprano.

(f) La verdad se puede rechazar (8:45). Hay dos razones principales para no creer: porque es demasiado buena para ser verdad, o porque se está demasiado ligado a medias verdades de las que no se puede soltar. En muchos casos una media verdad es el peor enemigo de -la verdad total.

(g) La verdad no es nada abstracto, sino algo que hay que hacer (3:21). Es algo que hay que conocer con la mente, aceptar con el corazón y poner por obra en la vida.

LA PALABRA SE HIZO CARNE

Juan 1:14 (conclusión)

8

Y la Palabra de Dios se *hizo* una Persona, y tomó residencia en nuestro ser, lleno de gracia y realidad; y nosotros miramos con nuestros propios ojos Su gloria, °, gloria como la que recibe de su padre un *hijo único, ' >*

Toda una vida de estudio y pensamiento no podría abarcar',,, toda la verdad de este versículo. Ya hemos considerado dos de las grandes palabras temáticas que contiene; ahora estudiaremos la tercera, gloria. Una y otra vez Juan la usa en relación con Jesucristo. Primero veremos lo que dice Juan acerca de la gloria de Cristo, y después veremos si podemos entender un poco de lo que quiso decir.

(i) La vida de Jesucristo fue una manifestación de gloria. Cuando realizó el milagro del agua hecha vino en Caná de Galilea, Juan dice que Jesús manifestó Su gloria (2:11). El ver a Jesús y experimentar Su poder y Su amor era entrar en una nueva gloria.

(ii) La gloria que Jesús manifiesta es la gloria de Dios. No es de la humanidad donde la ha recibido (5:41). Él no buscaba Su propia gloria, sino la ~~del~~ que Le había enviado (7:18). Es Su Padre el que Le glorifica (8:50, 54). Es la gloria de Dios la que verá Marta en la resurrección de Lázaro (11:4). La resurrección de Lázaro es para la gloria de Dios, para que el Hijo sea glorificado (11:4). La gloria que estaba en Jesús, rodeándole, que brillaba y actuaba en Él, es la gloria de Dios.

(iii) Y sin embargo, esa gloria Le era exclusiva. Al final Le pide a Dios que Le glorifique con la gloria que tenía antes que empezara el mundo (17:5). No irradia una luz prestada; Su gloria es Suya, y lo es por derecho propio.

(iv) La gloria que es Suya es la que ha transmitido a Sus discípulos; El les ha dado la gloria que el Padre Le había dado a Él (17:22). Es como si Jesús participara de la gloria de Dios,

y Sus discípulos participaran de la gloria de Cristo. La venida de Jesús es la venida de la gloria de Dios a la humanidad.

¿Qué quiere decir Juan con todo esto? Para contestar tenemos que volver al Antiguo Testamento. Entre los judíos era muy entrañable la idea de la Shejina. Shejina quiere decir lo que mora, y se usaba para la presencia visible de Dios en medio de Su pueblo. Repetidas veces nos encontramos en el Antiguo Testamento con la idea de que había ciertos momentos en los que la gloria de Dios se hacía visible. En el desierto, antes del maná, los israelitas «miraron hacia el desierto, y he aquí que la gloria del Señor apareció en la nube» (Éxodo 16:10). Antes de la promulgación de los Diez Mandamientos, «la gloria del Señor reposó sobre el monte Sinaí» (Éxodo 24:16). Cuando el tabernáculo estuvo instalado y equipado, «la gloria del Señor llenó el tabernáculo» (Éxodo 40:34). Cuando se dedicó el templo de Salomón, los sacerdotes no podían entrar a ministrar «porque la gloria del Señor había llenado la casa del Señor» (1 Reyes 8:11). Cuando Isaías tuvo la visión en el templo, oyó cantar al coro angélico que «toda la Tierra está llena de Su gloria» (Isaías 6:3). Ezequiel vio en éxtasis «la semejanza de la gloria del Señor» (Ezequiel 1:18). En el Antiguo Testamento la gloria del Señor aparecía a veces en situaciones cuando el Señor estaba muy cerca.

La gloria del Señor quiere decir sencillamente la presencia de Dios. Juan usa una ilustración hogareña: Un padre le da a su hijo único su propia autoridad y su propio honor. El príncipe heredero es investido con toda la gloria regia de su padre. Eso es lo que sucedió con Jesús: cuando vino a la Tierra, la humanidad vio en Él el esplendor de Dios, y en el corazón de ese esplendor estaba el amor. Cuando Jesús vino al mundo se vio en Él la maravilla de Dios, y esa maravilla era amor. Se vio que la gloria de Dios y el amor de Dios eran una y la misma cosa. La gloria de Dios no es la de un tirano despótico, sino el esplendor del amor ante el que caemos, no de terror, sino «perdidos de admiración, amor y alabanza» como dice un himno famoso.

LA PLENITUD INAGOTABLE

Juan 1:15-17

Juan fue Su testigo, y su proclamación todavía resuena: «Éste es el Que yo os decía que, aunque viene detrás de mí, en realidad me lleva la delantera, porque era anterior a mí.» De Su plenitud es de donde hemos extraído todos, y de Él hemos recibido una gracia tras otra; porque lo que nos dio Moisés fue la Ley, pero la gracia y la verdad nos vinieron por medio de Jesucristo.

Ya hemos visto que el Cuarto Evangelio se escribió en una situación en la que era necesario asegurarse de que no se le atribuyera a Juan el Bautista una importancia excesiva; así es que Juan empieza este pasaje con el testimonio de Juan el Bautista, en el que Le reconoce a Jesús el primer lugar.

Juan el Bautista dice de Jesús: < El que viene detrás de mí era antes que yo.> Puede que con estas palabras quiera decir más de una cosa. (a) Jesús era en realidad seis meses más joven que Juan, así es que Juan puede estar diciendo sencillamente: «El Que es más joven que yo me lleva en realidad la delantera.» (b) Juan puede que estuviera diciendo: «Yo estaba en el campo antes que Jesús; yo ocupaba el centro del escenario antes que Él; puse manos a la obra antes que Él; pero todo lo que yo estaba haciendo era prepararle el camino para que viniera; yo era sólo la avanzada de la Fuerza principal, y el heraldo del Rey.> (c) Puede que Juan esté pensando en términos mucho más profundos. Puede que esté pensando, no en términos del tiempo, sino de la eternidad. Puede que esté pensando en Jesús como el Que existía antes que empezara el mundo, en comparación con el Cual cualquier figura humana no tiene la menor importancia. Puede que las tres ideas estuvieran en la mente de Juan. No fue él el que exageró su propia importancia, sino algunos de sus seguidores. Para Juan, el puesto supremo Le correspondía a Jesús.

Este pasaje continúa diciéndonos tres grandes cosas acerca de Jesús.

(i) De Su plenitud es de donde hemos extraído todos. La palabra que usa Juan para *plenitud* es una gran palabra: *pléróma*, que quiere decir la suma total de todo lo que hay en Dios. Pablo la usa con cierta frecuencia. En *Colosenses 1:19* dice que todo *pléróma* habitaba en Cristo. En *Colosenses 2:9* dice que en Cristo habitaba el *pléróma* de la deidad en forma corporal. Quería decir que en Jesús moraba la totalidad de la sabiduría, el poder y el amor de Dios. Por eso Jesús es inagotable. Una persona puede acudir a Jesús con cualquier necesidad, y encontrarla suplida; o con cualquier ideal, y encontrarlo realizado. El que está enamorado de la belleza encontrará en Jesús la suprema belleza; y aquel para quien la vida consiste en la búsqueda del conocimiento, encontrará en Jesús la suprema revelación. El que necesita valor, encontrará en Jesús la quintaesencia y el secreto del valor; y el que se siente impotente ante la vida encontrará en Jesús al Señor de la vida y el poder para vivir. El que es consciente de su pecado encontrará en Jesús el perdón y la fuerza para ser bueno. En Jesús, *el pléróma*, la plenitud de Dios, todo lo que hay en Dios, lo que Westcott llamaba «la fuente de la vida divina» se encuentra en Jesús y está a disposición de la humanidad.

(ii) De Él hemos recibido una gracia tras otra. En el original griego dice literalmente *gracia en lugar de gracia*. ¿Qué quiere decir esa extraña frase?

(a) Puede que quiera decir que en Cristo encontramos una maravilla que conduce a otra. Uno de los antiguos misioneros de Escocia. Llegó una vez a uno de los reyes pictos, que le preguntó qué podría esperar si se hacía cristiano. El misionero le contestó: «Encontrarás maravilla sobre maravilla, y todas ellas verdaderas.» Algunas veces, cuando vamos viajando por una carretera muy bonita, se abre ante nosotros una vista tras otra. Al contemplar cada una pensamos que no puede haber nada más hermoso; y, al tomar una curva, se nos descubre algo aún más maravilloso. Cuando empezamos a estudiar un gran

tema, como música, poesía o pintura, nunca llegamos al final. Siempre nos esperan nuevas experiencias de la belleza. Eso es lo que sucede con Cristo. Cuanto más sabemos de Él, más maravilloso nos resulta; cuanto más vivimos con Él, más encantos descubrimos; cuanto más pensamos en Él y con Él, más se nos ensancha el horizonte de la verdad. Esta frase puede que sea la manera que tiene Juan de expresar lo ilimitado que es Cristo. Puede que sea su forma de decir que a la persona que vive en compañía de Cristo le amanecerán nuevas maravillas en el alma que le iluminarán el entendimiento y le encantarán el corazón día tras día.

(b) Tal vez debamos entender esta expresión literalmente. En Cristo encontramos *gracia en vez de gracia*. Las diferentes edades y situaciones de la vida requieren una clase diferente de gracia. Necesitamos una gracia en los días de prosperidad, y otra en los días de adversidad. Necesitamos una gracia en los días primaverales de la juventud, y otra cuando se empiezan a dilatar las sombras de la edad. La Iglesia necesita una gracia en los días de persecución, y otra cuando llegan los días de tolerancia. Necesitamos una gracia cuando nos sentimos en control de la situación, y otra cuando estamos desanimados, deprimidos y casi desesperados. Necesitamos una gracia para soportar nuestras propias cargas, y otra para sobrellevar los unos las cargas de los otros. Necesitamos una gracia cuando estamos seguros de las cosas, y otra cuando parece que ya no nos queda nada en el mundo. La gracia de Dios no es nunca una cosa estática, sino dinámica. Nunca falla ante una nueva situación. Cuando una necesidad invade la vida, una gracia la acompaña. Pasa esa necesidad y otra nos asalta, y con ella viene otra gracia. A lo largo de toda la vida estamos constantemente recibiendo gracia en lugar de gracia, porque la gracia de Cristo es adecuada para resolver triunfalmente cualquier situación.

(iii) Moisés nos dio la Ley, pero la gracia y la verdad nos vinieron por medio de Jesucristo. En la antigüedad, la vida estaba gobernada por la ley. Uno tenía que hacer lo que fuera, le gustara o no, supiera por qué o no. Pero, con la venida de

Jesús, ya no tratamos de obedecer la ley. de Dios como esclavos, sino de responder al amor de Dios como hijos. Mediante Jesucristo, Dios el Legislador aparece como Dios nuestro Padre, el Dios Juez es el Dios que ama a todas las almas.

LA REVELACIÓN DE DIOS

Juan 1:18

Nadie ha visto nunca a Dios. Es el único, que es Dios, Que está en el seno del Padre, Quien nos lo ha dicho todo acerca de Dios.

Cuando Juan escribió que nadie ha visto nunca a Dios, todos sus contemporáneos estarían totalmente de acuerdo con él. Estaban fascinados y deprimidos y frustrados por lo que consideraban la distancia infinita y la absoluta incognoscibilidad de Dios. En el Antiguo Testamento leemos que Dios le dijo a Moisés: «No podrás ver Mi rostro; porque no Me verá hombre, y vivirá» (Éxodo 33:20). Cuando Moisés le recuerda al pueblo la promulgación de la Ley, les dice: «Oísteis el sonido de palabras, pero no visteis ninguna forma; no había más que una voz» (*Deuteronomio* 4:12). En el Antiguo Testamento nadie creía que se pudiera ver a Dios. Los grandes pensadores griegos pensaban lo mismo. Jenófanes dijo: «Todo son suposiciones.» Platón dijo: «Nunca se podrán encontrar Dios y el hombre.» Celso se reía de la manera como los cristianos llamaban a Dios "Padre", porque «Dios está más allá de todo.» Como mucho, dijo Apuleyo, la humanidad puede percibir un vislumbre de Dios como cuando resplandece un relámpago en una noche oscura: una fracción de segundo, y . otra vez la oscuridad. Como dijo Glover: «Fuera Dios lo que fuera, estaba muy fuera del alcance de la gente normal y corriente.» Tal vez hubiera rarísimos momentos de éxtasis en los que alguien captaba un atisbo del que llamaban «el Ser Absoluto»; pero las

personas ordinarias eran prisioneras de la ignorancia y de **la** fantasía. No **habría nadie que estuviera en desacuerdo con Juan cuando** dijo que a Dios no Le ha visto nunca nadie. =1

Pero Juan no se detiene ahí; pasa a hacer la sorprendenW y tremenda afirmación de que Jesús nos ha revelado totalmente cómo es Dios. Lo que ha venido a la humanidad es lo que J. H. Bernard llama < la exhibición de Dios al mundo en Cristo. » Aquí vuelve a resonar la nota clave del evangelio de Juan: < Si queréis ver cómo es Dios, mirad a Jesús. >

¿Cómo es posible que Jesús pueda hacer lo que ningún otro ha podido? ¿De qué depende Su poder para revelar a Dios a la humanidad? Juan dice tres cosas acerca de Él.

(i) Jesús es *único*. La palabra griega es *monoguenés*, que la versión Reina-Valera traduce como *unigénito*. Es verdad que eso es lo que quiere decir *monoguenés* literalmente; pero hacía mucho tiempo que había perdido ese sentido puramente físico, y se había decantado hacia dos sentidos especiales: *único* y *especialmente amado*. Es obvio que un hijo único tiene un lugar exclusivo y un amor exclusivo en el corazón de su padre; así es que esta palabra llegó a expresar *la unicidad* más que: ninguna otra cosa. Es la convicción del Nuevo Testamento que, no hay nadie como Jesús. Sólo Él puede traer a Dios a la humanidad, y a la humanidad a Dios.

(ii) Jesús es Dios. Aquí tenemos la misma forma de expresión que encontramos en el versículo primero de este capítulo. No quiere decir que Jesús es idéntico a Dios, sino que es uno con Dios en mente y carácter y ser. En este caso tal vez sería mejor que pensáramos que significa que Jesús es *divino*, en el primer sentido de esta palabra, no en el de meramente *primoroso*, que es ahora tan corriente. Verle a Él es ver cómo es Dios.

(iii) Jesús está *en el seno del Padre*. Esta es una expresión hebrea que quiere decir en la más íntima relación que puede darse. Hace referencia al niño con su madre; también se usa entre marido y mujer; un hombre habla de su esposa como la mujer de su seno (*Números 11:12; Deuteronomio 13:6*); se usa de dos amigos que están en plena comunión mutua. Cuando

Juan usa esta frase aquí quiere decir que entre Jesús y el Padre existe la más completa e ininterrumpida intimidad. Precisamente porque Jesús tiene y mantiene esa intimidad con Dios, que Le hace ser Uno con Dios, es por lo que puede revelar a Dios a la humanidad.

El Dios distante, incognoscible, invisible e inasequible ha venido al mundo en Jesucristo, y ya no puede ser un extraño para nosotros.

EL TESTIMONIO DE JUAN EL BAUTISTA

Juan 1:19-28

Este es el testimonio de Juan cuando los judíos mandaron desde Jerusalén sacerdotes y levitas a preguntarle:

-¿Quién eres tú?

Él contestó aseverando con toda claridad:

-Yo no soy el Mesías.

-Entonces, ¿qué hemos de pensar? ¿Que eres Elías? -le siguieron preguntando.

No lo soy- contestó.

-¿Eres el Profeta prometido?

No- contestó. Y ellos le dijeron:

-¿Pues quién eres? Dínoslo claro para que podamos llevar una respuesta a los que nos han enviado. ¿Quién pretendes ser?

No soy más que la voz de uno que clama en el desierto -dijo-: «¡Allanadle el camino al Señor!», como dijo el profeta Isaías.

Ahora bien, los que habían mandado los emisarios eran de los fariseos, y le siguieron preguntando:

-Si no eres ni el Mesías, ni Elías, ni el Profeta prometido, ¿cómo es que bautizas?

-Yo bautizo con agua -contestó Juan-; pero hay Uno entre vosotros al Que no conocéis. Me refiero al

Que viene detrás de mí, al Que no merezco ni desatax las correas de las sandalias.

Todo esto sucedió en Betania, al lado de allá del Jordán, que era donde Juan estaba bautizando.

F

Juan empieza la parte narrativa de su evangelio con este pasaje. Ya nos ha presentado en el prólogo lo- que se propone hacer: está escribiendo su evangelio para demostrar que Jesús es la Mente, la Razón, la Palabra de Dios Que ha venido a este mundo como una Persona humana. Una vez que ha expuesto su idea central, ahora empieza la historia de la vida de Jesús.

Juan es el evangelista que más cuidado pone en los detalles del tiempo. Empezando en este pasaje y prosiguiendo hasta 2:11 nos cuenta paso a paso la historia de la primera semana clave de la vida pública de Jesús. Los sucesos del primer día se encuentran en 1:19-28; la historia del segundo día, en 1:29-34; el tercer día se desarrolla en 1:35-39; los tres versículos 1:40-42 nos cuentan la historia del cuarto día; los acontecimientos del quinto día se relatan en 1:43-51; el sexto día queda en blanco, y los acontecimientos del último día de la semana se encuentran en 2:1-11.

En esta misma sección de 1:19 a 2:11, el Cuarto Evangelio nos da tres clases diferentes de testimonio de la grandeza y unicidad de Jesús. (i) Está el testimonio de Juan el Bautista (1:19-34). (ii) Está el testimonio de los que aceptaron a Jesús como Maestro y se enrolaron como Sus discípulos (1:41-51): (iii) Está el testimonio de los poderes maravillosos de Jesús (2:1-11). Juan nos está presentando a Jesús en tres contextos diferentes, y en cada uno de ellos nos muestra la suprema maravilla de Su Persona.

Ya hemos visto que el Cuarto Evangelio tenía que hacerse cargo de una situación en la que se le atribuía a Juan el Bautista una posición muy por encima de la que él mismo pretendía. Tan posteriormente como en el año 250 d.C., las *Recognitiones clementinae* nos refieren que < había algunos de los discípulos de Juan que predicaban sobre él como si su maestro fuera el

Mesías.> En este pasaje vemos que esa era una opinión que el mismo Juan el Bautista había repudiado.

Volvamos ahora al mismo pasaje. En el mismo principio nos encontramos con una de las características del Cuarto Evangelio. Son emisarios de los *judíos* los que vienen a interrogar a Juan. La palabra *judíos* (*iudaioi*) aparece en este evangelio no menos de setenta veces, y los judíos están siempre en la oposición. Son los que se habían organizado contra Jesús. La mención de los judíos presenta a la oposición en la escena desde el principio. El Cuarto Evangelio representa dos cosas: la primera, como hemos visto, es la exhibición de Dios en Jesucristo; pero la segunda es la historia del rechazamiento de Jesucristo por los judíos, la historia del ofrecimiento de Dios y del rechazamiento del hombre, del amor de Dios y del pecado humano, de la invitación de Jesucristo y el rechazo del hombre. El Cuarto Evangelio es el evangelio en el que el amor y la advertencia se combinan viva y dramáticamente.

La diputación que vino a entrevistar a Juan estaba formada por dos clases de personas. (a) Primeramente, había sacerdotes y levitas; su interés era muy natural, porque Juan era hijo de Zacarías, que era sacerdote (*Lucas 1:5*). En el judaísmo, la única cualificación necesaria para ser sacerdote era la ascendencia. Si uno no era descendiente de Aarón, no tenía posibilidad de ser sacerdote; pero, si lo era, nada se lo podía impedir, salvo ciertos defectos físicos que la Ley especificaba. Por tanto, para las autoridades Juan el Bautista era de hecho sacerdote, y era muy natural que los sacerdotes quisieran descubrir por qué se estaba comportando de una manera tan extraña. (b) En segundo lugar, había emisarios de los fariseos. Es muy posible que detrás de todo esto estuviera el Sanedrín. Juan era un predicador que atraía a las multitudes. Una de las funciones del Sanedrín era encargarse de cualquiera que fuera sospechoso de ser un falso profeta. El Sanedrín puede que se considerara obligado a comprobar si ese era el caso de Juan.

Todo revela lo suspicaz que era la ortodoxia de cualquier cosa fuera de lo corriente. Juan no se ajustaba a la idea gene-

ralmente aceptada de un sacerdote. Ni tampoco de la de un predicador. Por tanto, las autoridades eclesiásticas del día k: miraban con sospecha. La Iglesia siempre corre peligro de condenar cualquier cosa nueva simplemente por serlo. Ergo cierto sentido, puede que no haya otra institución en el mundá que se, dé por ofendida con los cambios tanto como la Iglesia; A menudo rechaza a grandes predicadores y se niega a empen= der muchas grandes aventuras sencillamente porque sospecha de todo lo nuevo.

EL TESTIMONIO DE JUAN EL BAUTISTA

Juan 1:19-28 (conclusión)

Los emisarios de la ortodoxia, podían pensar én tres cosas que Juan tal vez pretenoierá ser. .

(i) Le preguntaron si era el Mesías. Los judíos estaban' esperando, y todavía siguen esperando los que no son cristianos, al Mesías. Nó había una sola idea del Mesías. Algunos esperaban al que había de traer la paz a toda la Tierra. Otros esperaban al que había de traer el reinado de la justicia. La mayor parte esperaba un gran héroe nacional que guiara a los ejércitos judíos a la conquista de todo el mundo. Algunos esperaban una figura sobrenatural directamente de Dios. Todavía más esperaban un príncipe de la dinastía de David. Era frecuente que surgieran supuestos mesías que provocaban rebeliones. El tiempo de Jesús era especialmente inflamable. Era natural que le preguntaran a Juan si pretendía ser el Mesías. Juan rechazó de plano la sugerencia; pero la rechazó con un cierto matiz. En el original griego la palabra yo está subrayada por la posición que ocupa en la frase. Es como si Juan dijera: «Yo no lo soy; pero, si supierais, el Mesías ya está aquí.»

(ii) Le preguntaron si era Elías. Los judíos creían que, antes que viniera el Mesías, volvería a la Tierra Elías para ser Su heraldo y preparar al mundo para recibirle. Especialmente, vendría para resolver todas las disputas. Decidiría quiénes eran

judíos y quiénes no lo eran; reuniría las familias que estaban enemistadas. Los judíos creían estas cosas hasta tal punto que la ley tradicional decía que el dinero y las propiedades que estaban en litigio, o las cosas que se hubieran encontrado y no se supiera de quién eran, debían esperar «hasta que viniera Elías.» La creencia en la venida de Elías antes que el Mesías se remonta a *Malaquías 4:5*. Hasta se creía que Elías ungiría al Mesías como rey a la manera tradicional, y que resucitaría a los muertos para que participaran del Reinado Mesiánico; pero Juan dijo que esos honores no le correspondían a él.

(iii) Le preguntaron si era el Profeta prometido y esperado. Algunas veces _se creía que Isaías, o más bien Jeremías, volvería cuando viniera el Mesías. :Esta creencia se remontaba- a la seguridad que Moisés le dio al pueblo en *Deuteronomio 18:15*: «Profeta de en medio de ti, de tus hermanos, como yo; te levantará el Señor tu Dios; a él oiréis.» Era una promesa que no olvidaba ningún judío. Esperaban y anhelaban que surgiera el Profeta que sería el más grande de todos, el Profeta par excellence. Pero Juan rechazó también la idea de que -le correspondiera ese honor.

Así que le preguntaron quién era, y su respuesta fue que no era nada más que una -voz que llamaba al pueblo a preparar el camino para la venida del Rey.. La cita es de *Isaías 40:3*. Los cuatro evangelios la citan (*Marcas 1:3; Mateo 3: 3; y Lucas 3:4*). La idea que encierra es la siguiente: Las carreteras del Oriente en aquellos tiempos no estaban pavimentadas; eran meros caminos. Cuando un rey tenía intención de visitar una provincia, o un conquistador quería recorrer sus dominios, las carreteras se allanaban y enderezaban y acondicionaban. Lo que Juan estaba diciendo era: « No importa quién sea yo, que no soy nadie; soy sólo una, voz que os dice que os preparéis para recibir al Rey, que viene de camino.»

Juan era lo que debiera ser todo verdadero predicador y maestro: sólo una voz, un indicador que señala al Rey. Lo que menos le interesaba era que le miraran a él; quería que le olvidaran y que no vieran nada más que al Rey.

Pero los fariseos estaban alucinados con una idea: ¿Qué derecho tenía Juan para bautizar? Si hubiera sido el Mesías, o Elías o el Profeta, habría sido normal. Isaías había escrito: «Empero Él rociará a muchas gentes» (Isaías 52:15 R-V 1909). Ezequiel había dicho: «Esparciré sobre vosotros agua limpia; y seréis limpiados» (Ezequiel 36:25). Zacarías había dicho: «En aquel tiempo habrá un manantial abierto para la casa de David y para los habitantes de Jerusalén, para la purificación del pecado y de la inmundicia» (Zacarías 13:1). Pero, ¿por qué había de bautizar Juan?

Lo que hacía el gesto aún más extraño era que el bautismo que se practicaba entonces no era para los israelitas, sino para los prosélitos, los que procedían de otros pueblos y religiones y se convertían a la fe de Israel. A un israelita no se le bautizaba nunca; ya pertenecía al pueblo de Dios por ser descendiente de Abraham y haber sido circuncidado. Pero los gentiles tenían, que ser lavados en el bautismo. Juan estaba haciendo con los israelitas lo que sólo había necesidad de hacer con los gentiles: Estaba sugiriendo que el pueblo escogido tenía que ser limpiado. Eso era de hecho lo que Juan creía; pero no contestó directamente.

Dijo: «Yo no bautizo más que con agua; pero hay Uno entre vosotros, aunque no Le reconocéis, del Que no merezco ni desatar la correa de los zapatos.» Juan no podía haber mencionado nada más servil: el desatar la correa de las sandalias era obligación de los esclavos. Había un dicho rabínico en el que se decía que un discípulo debería estar dispuesto a hacer todo lo que fuera por su maestro excepto únicamente desatarle las sandalias. Eso era un servicio demasiado humillante aun para que se lo hiciera un discípulo a su maestro. Pero Juan dijo: «Viene Uno del que no merezco ser esclavo siquiera.» Hemos de suponer que para entonces ya había, tenido lugar el bautismo de Jesús, cuando Juan Le reconoció. Así es que Juan está diciendo otra vez: «Viene el Rey. Para recibirle como es debido tenéis que limpiaros lo mismo que los gentiles. Preparaos para la entrada del Rey en la Historia.»

La misión de Juan era solamente preparar el camino. La grandeza que le correspondiera procedía de la suprema grandeza de Aquel Cuya venida anunciaba. Es el gran ejemplo de todos los que están dispuestos a obliterarse para que se vea a Jesucristo. Juan no era más que un dedo señalando a Cristo. Que Dios nos dé gracia para olvidarnos de nosotros mismos y acordarnos sólo de Cristo.

EL CORDERO DE DIOS

Juan 1:29-31

Al otro día vio Juan a Jesús que se le acercaba, y dijo: =¡Ahí tenéis al Cordero de Dios que carga con el pecado del mundo! Este es el Que yo os decía que había un Hombre que venía detrás de mí pero que me llevaba la delantera porque es de antes que yo. Ni siquiera yo Le conocía; pero de todas maneras, la razón por la que vine bautizando con agua era que Él pudiera manifestarse a Israel.

Con esto llegamos al segundo día de aquella semana clave de la vida de Jesús. Ya entonces habrían tenido lugar el bautismo y las tentaciones de Jesús, Que estaría a punto de iniciar la labor para la que había venido al mundo. De nuevo nos introduce el Cuarto Evangelio a Juan presentando espontáneamente a Jesús al pueblo con el máximo respeto. Le da ese título sublime que se ha entretajido indeleblemente en- el lenguaje de la devoción: *El Cordero de Dios*. ¿Qué tenía Juan en mente cuando pronunció ese título? Hay por lo menos cuatro figuras que han contribuido por lo menos en parte.

(i) Es probable que Juan estuviera pensando en el cordero pascual. La fiesta de la Pascua estaba bastante próxima (*Juan 2:13*). La antigua historia de la Pascua decía que fue la sangre de un cordero inmolado la que protegió las casas de los

israelitas la noche que salieron huyendo de Egipto (Éxodo 12: I 1-13). Aquella noche, cuando el ángel de la muerte iba a pasar matando a los hijos mayores de los egipcios, los israelitas tuvieron que untar los lados de sus puertas con la sangre de un cordero inmolado para que, cuando la viera el ángel, pasara de largo. La sangre del cordero pascual los libró de la destrucción. Se ha sugerido que, cuando Juan el Bautista estaba viendo acercársele a Jesús, pasaban por allí camino a Jerusalén de las zonas rurales rebaños de corderos que iban a ser sacrificados en la fiesta de la Pascua. La sangre del cordero pascual libró de la muerte a los primogénitos israelitas en Egipto, y puede que Juan estuviera pensando: «Ahí tenéis al único Sacrificio que os puede librar de la muerte eterna.» Pablo igualmente se refirió a Jesús como el Cordero Pascual (*1 Corintios 5: 7*). Hay una liberación que sólo Jesucristo puede ganar para nosotros.

(ii) Juan era hijo de sacerdote, y conocería todo el ritual del templo y de los sacrificios. Todas las mañanas y todas las tardes se sacrificaba en el templo un cordero por los pecados del pueblo (Éxodo 29:38-42). Mientras el templo estuvo en pie se hicieron estos sacrificios. Aun cuando la gente se moría de hambre en la guerra y el asedio, nunca se omitieron esos sacrificios hasta que el templo fue destruido totalmente el año 70 d.C. Puede que Juan quisiera decir: « En el templo se ofrece un cordero todas las tardes y las mañanas por los pecados del pueblo; pero en este Jesús está el único Sacrificio que puede librar al mundo del pecado.»

(iii) Hay dos grandes figuras del cordero en los profetas. Jeremías escribió: « Yo era como un cordero inocente que se lleva a degollar» (*Jeremías 11:19*). E Isaías nos presenta la gran escena profética de Uno «que fue llevado al matadero como un cordero» (*Isaías 53:7*). Ambos grandes profetas contemplaron proféticamente al Que, con Sus sufrimientos y Sacrificio soportados humilde y amorosamente, redimiría a Su pueblo. Tal vez Juan estaba pensando: «Nuestros profetas hablaron de Uno que había de amar y sufrir y morir por el

pueblo; Ése es el Que ha venido.» Es indiscutiblemente cierto que, en tiempos posteriores, la profecía de *Isaías 53* llegó a ser para la Iglesia uno de los más preciosos anuncios de Jesús en todo el Antiguo Testamento. Es probable que Juan fuera el primero que hiciera la identificación.

(iv) Hay una cuarta escena que debía de ser muy familiar a los judíos, aunque a nosotros nos resulta muy extraña. Entre el Antiguo y el Nuevo Testamento transcurrieron los días de las luchas heroicas de los Macabeos. En aquellos días el cordero, y más especialmente el carnero con cuernos, era el símbolo de un gran conquistador. Así se describe simbólicamente a Judas Macabeo, como sucedió con Samuel, David y Salomón. El cordero, aunque nos parezca extraño, representaba al campeón conquistador de Dios. Esta no era una imagen de debilidad e inocencia gentil, sino más bien de majestad y poder conquistador. Jesús era el Campeón de Dios que luchó con el pecado y lo venció en combate singular.

Hay tesoros maravillosos en esta frase *El Cordero de Dios*. Vuelve a aparecer casi obsesivamente en el *Apocalipsis*, veintinueve veces. Se ha convertido en uno de los títulos más preciosos de Cristo. En una palabra resume el amor, el sacrificio, el sufrimiento y el triunfo de Cristo.

Juan dice que no conocía a Jesús. Eran parientes (*Lucas 1:36*), y es probable que se trataran en un tiempo. Lo que quiere decir Juan no es que no supiera *quién* era Jesús, sino que no sabía *qué* era Jesús. Se le había revelado de pronto que Jesús era en realidad el Hijo de Dios.

De nuevo Juan deja bien claro cuál era su única misión: señalar a Cristo. Juan no era nada, y Cristo lo era todo. Juan no pretendía ninguna grandeza ni ningún reconocimiento para él; era sólo el hombre que, como si dijéramos, descornó el telón y dejó a Jesús ocupar en solitario el centro de la escena.

LA VENIDA DEL ESPÍRITU

Juan 1:32-34

Entonces también dio Juan su testimonio:

-Con mis propios ojos -dijo- vi al Espíritu Que descendía del Cielo como si hubiera sido una paloma, y el Espíritu permaneció sobre Él. Yo no Le conocía; pero fue el Que me envió a bautizar con agua el Que me lo dijo: «Cuando veas a Uno sobre el que descende el Espíritu y que permanece sobre Él, Ese es el Que bautiza con el Espíritu Santo.» Eso fue lo que yo vi que pasó; y mi testimonio es que Éste es el Hijo de Dios.

Algo había sucedido en el bautismo de Jesús que le había convencido a Juan sin dejarle la menor duda de que Jesús era el Hijo de Dios. Como lo comprendieron los padres de la Iglesia hace muchos siglos, fue algo que sólo podía verse con los ojos del alma y de la mente. Pero Juan lo vio, y estaba convencido.

En Palestina, la paloma era un ave sagrada. No se cazaba ni comía. Filón se sorprendió del número de palomas que había en Ascalón, porque no se permitía cogerlas ni matarlas, y eran domésticas. En *Génesis 1:2* leemos que el Espíritu creador de Dios se movía sobre la faz de las aguas. Los rabinos solían explicarlo diciendo que el Espíritu se movía y revoloteaba como una paloma sobre el antiguo caos, alentando en él orden y belleza. La figura de la paloma era una de las que los judíos usaban y amaban más.

Fue en Su bautismo cuando el Espíritu descendió sobre Jesús con poder. Debemos recordar que todavía no se había revelado la doctrina *crisiana* del Espíritu Santo. Tendremos que esperar hasta los últimos capítulos del evangelio de Juan y hasta Pentecostés para verla surgir. Cuando Juan el Bautista habla del Espíritu Santo lo hace desde la perspectiva del Antiguo Testamento. ¿Qué idea tenían entonces los judíos del Espíritu?

La palabra hebrea para *Espíritu es riiaj*, que quiere decir también *viento*. Los judíos asociaban siempre la idea del Espíritu con tres ideas básicas: el Espíritu era *poder*, como el poder de la tempestad; el Espíritu era *vida*, la misma dinámica de la existencia humana; el Espíritu era *Dios*; el poder y la vida del Espíritu estaban más allá de los logros y las capacidades humanas; la venida del Espíritu a la vida de una persona era la venida de Dios. Sobre todo, era el Espíritu el que controlaba e inspiraba a los profetas. «Yo estoy lleno de poder, del Espíritu del Señor, y de justicia y fuerza para denunciar á Jacob su rebelión y a Israel su pecado» (*Miqueas 3:8*). Dios le dijo a Isaías: «El Espíritu mío que está sobre ti, y Mis palabras que puse en tu boca...» (*Isaías 59:21*). «El Espíritu del Señor Dios está sobre mí, porque el Señor me ha ungido; me ha enviado a predicar buenas nuevas...» (*Isaías 61:1*). «Un nuevo corazón os daré, y un espíritu nuevo pondré en vuestro interior... pondré Mi Espíritu dentro de vosotros» (*Ezequiel 36:26-27*). Podríamos decir que el Espíritu de Dios hacía tres cosas por la persona a la que viniera: Primera, traía a las personas la verdad de Dios; segunda, les daba la capacidad de reconocer esa verdad cuando la veían; tercera, les daba la habilidad y el valor de proclamar aquella verdad. Para los judíos, el Espíritu de Dios venía a la vida de las personas.

En Su bautismo, el Espíritu de Dios vino sobre Jesús de una manera diferente de la que había venido sobre otras personas. Muchos profetas tenían lo que podríamos llamar experiencias aisladas del Espíritu. Algunos tenían momentos deslumbrantes, de poder extraordinario, de valor sobrehumano; pero esos momentos aparecían y desaparecían. Dos veces (versículos 32 y 33) Juan anota específicamente que el Espíritu *permaneció* sobre Jesús. No se trataba de una inspiración momentánea, sino que el Espíritu residió en Jesús con carácter permanente. Esa es también otra forma de decir que la Mente y el poder de Dios estaban en Jesús de manera exclusiva y única.

Aquí podemos aprender mucho de lo que quiere decir la palabra *bautismo*. El verbo griego *baptizein* quiere decir *hundir*

o sumergir. Se puede decir de la ropa que se *mete* en tinte; o de un barco que se *hunde* bajo las olas; o de un borracho que está *empapado* de bebida. Cuando Juan dice que Jesús bautizará con el Espíritu Santo quiere decir que Jesús puede traer el Espíritu de Dios a nuestra vida de tal . manera que todo nuestro ser quede inundado por el Espíritu.

Ahora bien, ¿qué quería decir este bautismo para Juan el Bautista? Su propio bautismo quería decir dos cosas: (i) Quería decir *limpieza*. Quería decir que una persona era lavada de las impurezas que se le hubieran adherido. (ii) Quería decir *dedicación*. Quería decir que entraba en una vida nueva, diferente y mejor. Pero el bautismo de Jesús era *el bautismo del Espíritu*. Si recordamos la concepción judía del Espíritu podemos decir que cuando el Espíritu toma posesión de una persona suceden ciertas cosas.

(i) Su vida *se ilumina*. Viene a ella el conocimiento de Dios y de Su voluntad. Sabe cuál es el propósito de Dios, lo que quiere decir la vida y cuál es su deber. Algo de la sabiduría y de la luz de Dios ha venido a su vida.

(ii) Su vida *se fortalece*. El conocimiento sin poder es algo desazonador y frustrante. Pero el Espíritu nos da, no sólo el conocimiento de lo que es la voluntad de Dios, sino también la fuerza y el poder para obedecerla. El Espíritu nos da una triunfante idoneidad para enfrentarnos con la vida.

(iii) Su vida *se purifica*. El bautismo de Jesús con el Espíritu había de ser un bautismo *de fuego* (*Mateo 3:11; Lucas 3:16*). La escoria de cosas malas, la aleación de cosas inferiores, la mezcla de impurezas se purifican en el crisol del bautismo del Espíritu Santo dejando a la persona limpia y pura.

A menudo nuestras oraciones sobre el Espíritu son una especie de formalidades litúrgicas y teológicas; pero cuando sabemos lo que estamos pidiendo esas oraciones se convierten en un clamor desesperado del corazón.

LOS PRIMEROS DISCÍPULOS

Juan 1:35-39

Al otro día estaba otra vez Juan con dos de sus discípulos, y vio que andaba por allí Jesús.

-¡Mirad! -les dijo- ¡El Cordero de Dios!

Dos de sus discípulos, al oírle, se pusieron a seguir a Jesús. Jesús se volvió y los vio seguirle.

-¿Qué buscáis? -les preguntó. Y le contestaron:

-Rabí -que quiere decir maestro-, ¿dónde te alojas?

-Venid y ved -les contestó Jesús; y ellos fueron a ver dónde se alojaba, y ya se quedaron con Él todo aquel día, porque eran como las cuatro de la tarde.

Es posible que no haya otro pasaje de la Escritura más lleno que este de pequeños detalles reveladores.

Una vez más vemos a Juan el Bautista señalando más allá de sí mismo. Tiene que haberse dado perfecta cuenta de que al hablar así a sus discípulos acerca de Jesús los estaba invitando a dejarle a él y transferir su lealtad a este nuevo y más excelente Maestro; y sin embargo lo hizo. No cabían los celos en su noble corazón. Había venido a poner al pueblo en contacto, no consigo mismo, sino con Cristo. No hay nada más difícil que ocupar el segundo puesto cuando se ha gozado del primero; pero tan pronto como surgió Jesús en la escena, Juan no tenía otro pensamiento que el de mandarle a Él a la gente.

Así es que los dos discípulos de Juan siguieron a Jesús. Puede que fueran demasiado tímidos para acercarse a Él directamente; el caso es que Le iban siguiendo a una distancia respetuosa. Entonces Jesús hizo algo muy característico: se volvió y les dirigió la palabra. Es decir: se encontró con ellos a mitad de camino. Les puso las cosas más fáciles. Les abrió la puerta para que pudieran entrar.

Aquí tenemos un símbolo de la iniciativa divina. Siempre es Dios el Que da el primer paso. Cuando la mente humana empieza a buscar, y el corazón humano empieza a anhelar, Dios, nos sale al encuentro mucho más que hasta la mitad del camino. Dios no nos deja buscar y buscar hasta que Le encontremos, sino que nos sale al encuentro. Como dijo Ajustín, no podríamos ni haber empezado a buscar a Dios si El no nos hubiera encontrado ya. Cuando acudimos a Dios, no descubrimos que Se ha estado escondiendo para mantener la distancia; acudimos a Uno que Se detiene a esperarnos, y que hasta toma la iniciativa de salir a buscarnos al camino.

Jesús empezó por hacerles a aquellos dos la pregunta más fundamental de la vida: < ¿Qué buscáis? » Era muy pertinente hacer esa pregunta en Palestina en el tiempo de Jesús. ¿Serían legalistas que no buscaban más que conversaciones sutiles y rebuscadas sobre los detalles más diminutos de la Ley como los escribas y fariseos? ¿O serían ambiciosos oportunistas buscando la ocasión propicia o el poder como los saduceos? ¿O nacionalistas en busca de un político demagogo o un jefe militar que los guiara a sacudirse el yugo de los romanos como hacían los celotas? ¿O tal vez humildes hombres de oración buscando a Dios y Su voluntad como < los reposados de la tierra »? ¿O serían simplemente pecadores desorientados y confusos, buscando una luz en el camino de la vida y el perdón de Dios?

Sería bueno a veces que nos preguntáramos: < ¿Qué estoy yo buscando? ¿Cuáles son mi propósito y mi meta? ¿Qué es lo que quiero encontrar en la vida? »

Hay algunos que lo que buscan es *seguridad*. Les gustaría tener una posición segura, con suficiente dinero para cubrir las necesidades de la vida y reservar algo para los imprevistos que puedan surgir; es decir, una seguridad material que elimine las preocupaciones esenciales sobre las cosas materiales. No hay nada de malo en este deseo, pero no es muy elevado, ni tampoco adecuado para inspirar toda la vida; además, en último análisis, tampoco se puede estar a salvo de los azares y avatares de la vida.

Hay algunos que buscan lo que llamarían *hacer carrera*, algo que les proporcione poder, prominencia, prestigio, oportunidades para aplicar las habilidades y los talentos que creen poseer y realizar el trabajo para el que se consideran capacitados. Si lo que inspira esta actitud son motivos de ambición personal, puede ser mala; pero si es el deseo de servir a los semejantes y a la sociedad puede considerarse incluso elevada. Pero no es suficiente, porque sus horizontes están limitados a este tiempo y a este mundo.

Hay algunos que lo que buscan es alguna clase de *paz*, algo que les permita vivir en paz consigo mismos, con sus semejantes y con Dios. En realidad lo que buscan es Dios, y este objetivo sólo Jesucristo lo puede satisfacer.

Los discípulos de Juan le respondieron a Jesús que querían saber dónde paraba. Le llamaron *Rabí*, -palabra hebrea que quiere decir literalmente *Mi grande*. Era el título de respeto que daban los estudiantes y los buscadores del conocimiento a sus maestros y a los sabios. Juan, el evangelista, estaba escribiendo para los griegos. Suponía que no conocerían la palabra, y se la tradujo por el término griego *didáskalos*, *maestro*. No era sólo por curiosidad por lo que aquellos dos hicieron aquella pregunta. Lo que querían decir era que querían hablar con Él, no sólo en el camino y de pasada, como meros conocidos ocasionales que pudieran cruzarse algunas palabras; querían detenerse con El lo suficiente para hablar de sus problemas y preocupaciones: La persona que quiera ser discípula de Jesús no se dará, por satisfecha con una palabra de pasada, sino querrá tener un encuentro personal con El, no como conocida sino como amiga, en Su propia casa.

Jesús les contestó: < ¡Venid y ved! » Los rabinos judíos tenían la costumbre de usar esa expresión en su enseñanza. Decían a veces: «¿Quieres saber la respuesta a esa pregunta? ¿Quieres saber la solución a ese problema? Ven y ve, y lo razonaremos juntos.» Cuando Jesús les dijo « ¡Venid y ved! » los estaba invitando, no sólo a ir con Él para hablar, sino a ir a encontrar lo que sólo Él les podía descubrir.

El autor de este evangelio termina el párrafo diciendo que «eran como las cuatro de la tarde.» Es muy **probable que le diga porque él era uno de aquellos dos, y podía hasta decidir exactamente** la hora del día y hasta la **pedra que había al borde** del camino donde encontró a Jesús. A las cuatro de la **tarde** de un día de primavera en Galilea, la vida se le ofreció comer algo completamente nuevo. k:

COMPARTA LA GLORIA

Juan 1:40-42

'c

Andrés, el hermano de Simón Pedro, era uno de los dos que habían oído a Juan hablar de Jesús y Le habían seguido. Al día siguiente de madrugada fue al encuentro, de su hermano Simón.

-¡Hemos encontrado al Mesías! -le dijo. (La palabra Mesías quiere decir lo mismo que Cristo). Y se Le trajo a Jesús. Jesús se le quedó mirando fijamente, y le dijo: .

-Tú eres Simón hijo de Jonás. Desde ahora te lla,~ marás Kefa -que quiere decir lo mismo que Pedro, unan roca.

La versión Reina-Valera dice que Andrés «halló primero a su hermano Simón.» En los manuscritos griegos hay dos variantes. Algunos tienen la palabra *próton*, que quiere decir. *primero*, y es lo que ha traducido la Reina-Valera; pero otros manuscritos ponen *prói*, que quiere decir *por la mañana temprano, de madrugada*. En nuestra traducción hemos seguido esta variante porque va mejor con la historia de la primera semana clave de la vida de Jesús al colocar este suceso al día siguiente.

De nuevo Juan explica una palabra hebrea a sus lectores griegos. *Mesías*, en hebreo, y *Jristós*, en griego, quieren decir

lo mismo: *Ungido*. En el mundo .antiguo, como modernamente en algunos países, se-ungía a los reyes en su coronación. *Mesías* y *Jristós* quieren decir *El Rey Ungido por Dios*.

No disponemos de mucha información sobre Andrés, pero lo poco que sabemos nos pinta claramente su carácter. Es uno de los personajes más simpáticos de la compañía de los apóstoles. Tiene dos cualidades sobresalientes.

(i) Andrés se caracteriza por estar dispuesto a ocupar un segundo lugar. Una y otra vez se le identifica como *el hermano de Simón Pedro*. Está claro que vivió a la sombra de su hermano. Muchos es posible que no supieran quién era Andrés, pero todo el mundo sabía quién era Pedro; así es que, cuando hablaban de Andrés, le identificaban como el hermano de Pedro. Andrés no formaba parte del círculo íntimo de los discípulos. Cuando Jesús devolvió la vida a la hija de Jairo, cuando ascendió al Monte de la Transfiguración, cuando arrostró la lucha suprema en Getsemaní, fueron Pedro, Santiago y Juan los que llevó consigo. Habría sido fácil que Andrés se diera por ofendido. ¿No había sido él uno de los dos primeros que siguieron a Jesús? ¿Es que el mismo Pedro no le debía a él el que le hubiera presentado a Jesús? ¿No habría sido natural que se le concediera a él, Andrés, un puesto especial entre los apóstoles? Pero todo eso ni siquiera se le ocurrió nunca a Andrés. Estaba contento de seguir en la penumbra mientras Pedro ocupaba el centro de la atención; se daba por contento de representar un papel secundario en la compañía de los Doce. Para Andrés los asuntos jerárquicos y los puestos de honor no tenían ninguna importancia. Lo único que importaba era estar con Jesús y servirle lo mejor posible. Andrés es «el santo patrón» de todos los que aceptan ser segundones con humildad y lealtad y sin resentimiento.

(ii) Andrés se caracteriza por estar al loro para presentarle a otros a Jesús. Son sólo tres veces las que aparece Andrés en escena en la historia evangélica: la primera es aquí, cuando Le trae a Pedro a Jesús; la segunda, en *Juan 6: 8-9*, cuando Le trae a Jesús al muchacho de los cinco panecillos y los dos

pescaditos; y la tercera, el incidente de **Juan 12:22**, cuando trae a los buscadores griegos a la presencia de Jesús. Andrés disfrutaba enormemente trayendo a otros a Jesús. Sobresale como el cristiano cuyo deseo supremo es el compartir la gloria: Tenía corazón de misionero. Desde que encontró la amistad de Jesús, pasó el resto de la vida introduciendo a otros a esa amistad. Andrés es nuestro gran ejemplo del que no puede guardarse a Jesús sólo para sí.

Cuando Andrés le trajo a Pedro a Jesús, Jesús se quedó mirando fijamente a Pedro. La palabra que se usa de esa mirada es *emblepein*. Describe una mirada concentrada, intensa, a fondo, que no se conforma con ver las cosas que aparecen en la superficie sino que lee lo que hay en el corazón. Cuando Jesús vio a Simón, como se le llamaba, entonces, le dijo: «Te llamas Simón, pero te llamarás Kefa, es decir, *una roca*.»

En el mundo antiguo, casi todos tenían dos nombres. El griego era la lengua internacional, y casi todos tenían un primer nombre, en su lengua materna, que era por el que los conocían sus familiares y amigos, y otro nombre griego, que era el que usaban en los negocios y en las cosas oficiales. Algunas veces un nombre era la traducción del otro: *Petros* era el equivalente griego de *Kefa*, el nombre arameo para *roca*; *Tomás* en arameo y *Didimo* en griego quieren decir *mellizo*; *Tabita* en arameo y *Dorcas* en griego quieren decir *gacela*. Algunas veces se escogía un nombre griego que sonara parecido al arameo. Un judío que se llamara *Eliakim* o *Abel* en su lengua podía escoger *Alcimus* o *Apeles* como nombres griegos equivalentes. Así es que *Petros* y *Kefa* o *Cefas* no son nombres distintos, sino el mismo en lenguas diferentes.

En el Antiguo Testamento, el cambio de nombre indicaba a veces una nueva relación con Dios. Por ejemplo: *Jacob* pasó a llamarse *Israel* (*Génesis 32:28*), y *Abram* se cambió por *Abraham* (*Génesis 17:5*) cuando entraron en una nueva relación con Dios. Era como si la vida empezara de nuevo y se fuera una persona diferente, y necesitara un nuevo nombre.

Pero lo realmente importante de esta historia es que nos dice

cómo mira Jesús a las personas. No ve solamente lo que *es* en el momento, sino también lo **que puede llegar a ser**. Ve no sólo lo que es **en la actualidad**, sino lo que es **en potencia**.

Jesús miró a Pedro y vio en él no sólo al pescador galileo sino también al que tenía la posibilidad de convertirse en la roca sobre la que se edificaría la Iglesia. Jesús nos ve no sólo como somos, sino como podemos ser; y Él nos dice: < Dame tu vida, y te haré lo que llevas dentro que puedes llegar a ser. > Una vez alguien vio a Miguel Ángel reduciendo una roca enorme y deforme con el cincel, y le preguntó qué estaba haciendo. < Estoy liberando al ángel que está prisionero en el mármol > -le contestó el escultor. Jesús es el único que ve y que puede liberar al héroe que hay oculto en las -personas.

LA RENDICIÓN DE NATANAEL

Juan 1:43-51

El día siguiente Jesús decidió marcharse a Galilea, y allí encontró a Felipe. Jesús le dijo:

-¡Sígueme!

Ahora bien, Felipe era de Betsaida, el pueblo de Andrés y Pedro. Felipe fue a encontrar a Natanael y le dijo:

-¡Hemos encontrado al Que anunciaba Moisés en la Ley y también los Profetas! ¡Es Jesús hijo de José, de Nazaret!

-¿Es que puede salir algo bueno de Nazaret? -le contestó Natanael.

-¡Ven y ve! -le dijo Felipe.

Cuando Jesús vio venir hacia Él a Natanael dijo:

-¡Fijaos, ese sí que es un verdadero israelita sin doblez!

-¿De qué me conoces Tú? -le preguntó Natanael. Y Jesús le contestó:

Antes que te llamara Felipe, te vi cuando estabas debajo de la higuera.

-¡Rabí, Tú eres el Hijo de Dios y el Rey de Israel! -exclamó Natanael. Y Jesús le dijo:

-¿Me crees porque te he dicho que te he visto debajo de la higuera? ¡Pues cosas más maravillosas verás!

Y añadió:- Es la pura verdad esto que os digo: Desde ahora en adelante vais a ver que se abre el Cielo, y que los ángeles de Dios ascienden y descienden por el Hijo del .Hombre.

En este punto de la historia Jesús dejó el Sur y se marchó a Galilea, al Norte de Palestina. Allí, tal vez en Caná, se encontró a Felipe, y le llamó. Felipe, como Andrés, no podía guardarse la Buena Noticia para él solo. Como dijo Godet: «Una antorcha encendida sirve para encender otras.» Así es que Felipe fue a buscar a su amigo Natanael, y le dijo que creía que había descubierto al largo tiempo esperado Mesías .en Jesús, el Hombre de Nazaret.

Natanael reaccionó despectivamente. No había nada en el Antiguo Testamento que anunciara que el Escogido de Dios hubiera de proceder de Nazaret. Nazaret era un lugar corriente. Natanael mismo era de Caná, otro pueblo de Galilea, y es corriente que haya cierta rivalidad y celos entre los pueblos de la misma región. Natanael reaccionó diciendo que Nazaret no era la clase de pueblo del que se podía esperar nada bueno. Felipe fue prudente. No discutió, sino dijo sencillamente: «¡Ven y ve!»

No serán muchos los que han sido conducidos a Cristo a base de discusiones. A menudo las discusiones hacen más daño que bien. La única manera de convencer a otro de la supremacía de Cristo es ponerle en contacto con Él. En general, es cierto lo que se dice de que no es la predicación razonada ni filosófica la que gana almas para Cristo, sino la presentación de la Persona de Cristo y de la Cruz.

Hay un relato que nos cuenta que, a finales del siglo XIX,

el gran agnóstico Huxley asistía a una tertulia que se reunía en una iraca campestre. Llegó el domingo, y la mayor parte de los miembros se prepararon para ir a la iglesia; pero, naturalmente, Huxley no tenía intención de ir. Se dirigió a uno que se sabía que tenía una fe cristiana sencilla y radiante, y le dijo simplemente: «Supongamos que usted no va hoy a la iglesia. Supongamos que se queda usted en casa y me dice sencillamente lo que significa para usted la fe cristiana y por qué es usted cristiano» «Pero -contestó el hombre-, usted podría deshacer mis razones en un momento. Yo no soy bastante listo para discutir con usted.» Huxley contestó cortésmente: « No quiero discutir con usted; sólo quiero que, mediga lo que quiere decir para usted la fe cristiana:» El hombre se quedó en casa y le expuso su fe a Huxley con toda sencillez. Cuando terminó, había lágrimas en los ojos del gran agnóstica. «Daría con gusto la mano derecha -dijo- por tener una fe como la suya.»

No fue un razonamiento inteligente lo que conmovió al gran agnóstico. Él podría haber destrozado de manera devastadora cualquier argumento que pudiera proponer, el creyente sencillo; pero la simple presentación de Cristo le dejó sin argumentos. La mejor presentación del Evangelio es decir: «Ven y ve.» No cabe duda que tenemos que conocer a Cristo personalmente antes de invitar a otros a venir a Él. El verdadero evangelista tiene que haber tenido un encuentro personal con Cristo en primer lugar para poder presentarle a otras personas.

Así que Natanael vino, y Jesús pudo ver lo que había en su corazón. «Aquí -dijo Jesús- llega un verdadero israelita en el que no cabe la falsedad.» Ese era un tributo que apreciaría cualquier israelita. «Bienaventurado el hombre -había escrito el salmista- al que el Señor no culpa de iniquidad, y en cuyo corazón no hay engaño» (*Salmo 32:2*). «Nunca hizo maldad -había dicho el profeta del Siervo del Señor- ni hubo engaño en su boca» (*Isaías 53:9*).

Natanael se sorprendió de que se pudiera dar tal veredicto a primera vista, y Le preguntó a Jesús que de qué le conocía.

Jesús le dijo que ya le había visto cuando estaba debajo de la higuera. ¿Qué puede querer decir eso? Para los judíos la higuera era el símbolo de la paz. Su idea de la paz era cuando uno podía estar tranquilo a la sombra de su parra o de su higuera (*cp. 1 Reyes 4:25; Miqueas 4:4*). Además, como la higuera es un árbol frondoso, era costumbre sentarse a meditar a la sombra de sus ramas. Parece ser que eso era lo que Natanael había estado haciendo, y probablemente había estado pidiéndole a Dios que viniera pronto el Mesías: Habría estado pensando en las promesas de Dios; y ahora se daba cuenta de que Jesús, no sólo le había visto cuando estaba debajo de la higuera, sino también había visto lo que había en lo más íntimo de su corazón.

No fue tanto el que Jesús le hubiera visto cuando estaba debajo de la higuera lo que sorprendió a Natanael, sino el que Jesús hubiera leído los pensamientos de su corazón. Natanael se dijo: «¡Aquí hay Alguien que comprende mis sueños, un Hombre que conoce mis oraciones! ¡Aquí hay Uno que ha contemplado los anhelos más íntimos y secretos que yo no sé ni expresar con palabras! ¡Aquí hay un Hombre que puede traducir los suspiros inarticulados del alma! ¡Este Hombre no puede ser más que el Ungido de Dios que Se nos había prometido y estábamos esperando!» Natanael capituló incondicionalmente ante el Hombre que le había leído y comprendido y apaciguado y llenado el corazón.

Puede que Jesús sonriera. Hizo referencia a la antigua historia de Jacob en Betel, que vio una escala dorada que conducía al Cielo (*Génesis 28:12-13*). Era tanto como decir: < Natanael, Yo puedo hacer mucho más que leer tu corazón. Puedo ser para ti y para todos el verdadero Camino, la escala que conduce al Cielo. » Es por Jesús, y sólo por Él, como las almas pueden escalar el camino que conduce al Cielo.

Este pasaje nos presenta un cierto problema. ¿Quién era Natanael? Según el Cuarto Evangelio fue uno de los componentes del primer grupo de discípulos, pero en los otros tres evangelios ni siquiera se le nombra. Se han sugerido unas cuantas explicaciones.

(i) Se ha sugerido que Natanael no es una persona real sino imaginaria, y representativa de todos los verdaderos israelitas que rompieron las ligaduras y los moldes del orgullo y los prejuicios nacionales y se entregaron a Jesucristo.

(ii)-Sobre la misma base se ha hecho la sugerencia de que Natanael representa, o a Pablo, o al Discípulo Amado. Pablo fue el gran ejemplo de un israelita que aceptó a Cristo, y el Discípulo Amado es un discípulo ideal: Según esto, Natanael es una figura imaginaria. Si no se le mencionara nada más que aquí, podría convencer; pero aparece otra vez en *Juan 21:2*, donde no hay duda que se trata de una persona real.

(iii) Se le ha identificado con Mateo, porque ambos nombres, *Mateo* y *Natanael*, quieren decir lo mismo, *Don de Dios*. Ya hemos visto que en aquel tiempo se tenían dos nombres; pero, en tal caso, uno de ellos sería griego y el otro judío. Y en este caso los, dos nombres son judíos.

(iv) Hay una explicación más sencilla: A *Natanael* le trajo a Jesús *Felipe*. El nombre de *Natanael* no aparece nunca en los otros tres evangelios; y en el Cuarto Evangelio no se menciona nunca a *Bartolomé*. Ahora bien: en la lista de discípulos de *Mateo 10:3* y de *Marcos 3:18*, *Felipe* y *Bartolomé* aparecen juntos, como si fuera natural e inevitable relacionarlos. Además, *Bartolomé* es realmente un apellido, porque quiere decir *hijo de Tolmai o Tolomeo*. *Bartolomé* debe de haber tenido otro nombre < de pila »; y por lo menos es posible que *Bartolomé* y *Natanael* sean la misma persona. Esto encaja perfectamente en los hechos del caso.

En cualquier caso, es verdad que Natanael representa al israelita cuyo corazón ha sido limpiado de orgullo y prejuicios y que ha visto en Jesús al Que satisface los anhelos del corazón buscador y expectante.

LA NUEVA EUFORIA

Juan 2:1-11

Dos días después había una boda en Caná de Galilea; la madre de Jesús estaba allí, y estaban invitados Jesús y Sus discípulos.

Cuando se les acabó el vino, la madre de Jesús Le dijo:

-Se han quedado sin vino.

-Señora, déjame resolverlo a Mi manera. Todavía no ha llegado mi momento =le contestó Jesús. Seguidamente, Su madre les dijo a los criados:

-Haced lo que os diga Jesús.

Había allí colocadas seis tinajas de piedra (que se necesitaban para los ritos de purificación de los judíos), en cada una de las cuales cabían unos cien litros. Jesús les dijo a los criados:

-Llenad las tinajas de agua.

Y las llenaron hasta el borde. Luego les dijo:

Ahora sacad algo y llevádselo al maestro de ceremonias -. Y así lo hicieron.

Cuando el maestro de ceremonias probó el agua que se había vuelto vino (cosa que él no sabía, pero sí los que habían sacado el agua), llamó al novio y le dijo:

Lo que se hace siempre es ofrecerles a los invitados el buen vino primero; y, cuando ya han bebido bastante, se les sirve un vino inferior. ¡Pero tú has reservado el buen vino hasta ahora!

Jesús hizo la primera de Su señales en Caná de Galilea, y manifestó Su gloria; y Sus discípulos creyeron en Él.

La misma riqueza de detalles del Cuarto Evangelio les presenta un problema a los que lo quieren estudiar o explicar. Siempre hay dos cosas: la historia clara y sencilla que cual-

quiera **puede entender y contar, y una riqueza de sentido profundo para el que quiera investigar y desentrañar y entender** más. Hay tanto en un pasaje como éste que vamos a **tomarnos** tres días para estudiarlo. Primero lo miraremos sencillamente para situarlo en su entorno y darle vida. Luego miraremos algunas de las cosas que nos dice de Jesús y Su obra. Y por último, consideraremos la verdad permanente que Juan está tratando de decirnos.

Caná de Galilea se llamaba así para distinguirla de otra Caná que había en Celesiria. Era una aldea que estaba cerca de Nazaret. Jerónimo, que estuvo en Palestina, dice que se la veía desde Nazaret. En Caná había una fiesta de boda en la que se encontraba María, que parece que tenía alguna responsabilidad. Tal vez tenía algo que ver con los preparativos, porque se preocupó cuando se dio cuenta de que faltaba el vino; y tenía suficiente autoridad para decirles a los criados que hicieran lo que les dijera Jesús. Algunos de los evangelios posteriores que no se incluyeron en el Nuevo Testamento añaden ciertos detalles a esta historia. Uno de los evangelios coptos nos dice que María era la hermana de la madre del novio. Hay un antiguo compendio de introducciones a los libros del Nuevo Testamento que se llama *Los prefacios monárquicos*, que nos cuenta que el novio era nada menos que el mismo Juan, y su madre Salomé, la hermana de María. No sabemos si estos detalles extra serán ciertos o no, pero la historia se nos cuenta tan gráficamente que no podemos dudar que procede de un testigo presencial.

No se menciona a José, como tampoco en los otros evangelios después de las historias de la Navidad. La explicación más probable es que para entonces ya habría muerto. Parece que murió bastante pronto, y que la razón por la que Jesús pasó dieciocho largos años en Nazaret fue que tenía que hacerse cargo de mantener a su madre y familia. Sólo cuando Sus hermanos y hermanas más jóvenes se pudieron valer por sí mismos, Jesús salió del hogar familiar.

La escena nos presenta una fiesta de boda en una aldea. En

Palestina, una boda era una ocasión especialísima. La ley judía especificaba que la boda de una virgen se debía celebrar en miércoles. Este es un detalle interesante, porque nos da una fecha desde la que podemos contar hacia atrás; si esta boda tuvo lugar -el miércoles, tiene que haber sido sábado cuando Jesús se encontró por primera vez con Andrés y Juan, que se quedaron con Él todo el día. La fiesta de bodas duraba mucho más de un día. La ceremonia en sí tenía lugar por la tarde, después de una fiesta. Después de la ceremonia se acompañaba a la pareja a su nuevo hogar. Para entonces ya había oscurecido, y la comitiva iba por las calles de la aldea a la luz de antorchas llameantes y con un dosel bajo el que iba la pareja: Los llevaban por un camino intencionadamente más largo para que hubiera más personas que tuvieran oportunidad de felicitarlos. Pero la nueva pareja no se iba para la luna de miel; se quedaban en casa, y recibían visitas toda la semana. Llevaban coronas y se vestían con su ropa de bodas. Los trataban como a un rey y a una reina, hasta dándoles ese tratamiento, y su palabra era ley. En un tiempo en que en la vida había mucha pobreza y un trabajo muy duro, esa semana de fiestas y alegría era algo especialísimo.

Jesús participaba encantado de una ocasión alegre como esa. Pero algo estuvo a punto de estropearla: se les acabó el vino. Se ha sugerido que a lo mejor una de las causas fue la venida de Jesús; porque no vino solo, sino con cuatro discípulos, y tal vez se incorporaron cuando ya se habían hecho todos los preparativos sin contar con ellos. Cinco personas más en la fiesta de una familia humilde pueden causar problemas.

En una fiesta judía el vino era esencial. «Sin vino -decían los rabinos- no puede haber alegría.» No es que la gente se emborrachara; la borrachera se miraba muy mal, y no era frecuente, porque se mezclaban dos partes de vino con tres de agua. En cualquier tiempo habría sido un problema que faltaran las provisiones, porque la hospitalidad es un sagrado deber en Oriente; pero era una desgracia mayor, y hasta una humillación terrible para los novios, el que faltara el vino en su boda.

Eso explica el que María acudiera a Jesús para decirle lo que pasaba. La traducción de la respuesta de Jesús en la versión Reina-Valera hace que suene muy descortés -«¿Qué tengo yo contigo, mujer?»(1909). «¿Qué tienes conmigo, mujer?» (1960). Esa es una traducción literal de *las palabras*; pero no nos permite adivinar *el tono*.

La frase: « ¿Qué tengo yo que ver contigo?» era muy corriente en un tono conversacional. Si se decía brusca y airadamente indicaba desacuerdo o reproche; pero cuando se decía amablemente quería decir que no se había entendido bien. Aquí quiere decir: «No te preocupes; tú no entiendes muy bien lo que pasa; déjame a Mí, que lo resolveré a Mí manera.» Jesús le estaba diciendo a María sencillamente que lo dejara en Sus manos, que Él ya sabía lo que tenía que hacer.

La palabra *Mujer (gynai)* también puede despistarnos. Nos parece muy ruda y abrupta. Pero es la misma palabra que usó Jesús en la Cruz dirigiéndose a María al confiársela a Su Discípulo amado (*Juan 19:26*). Homero la usa como el tratamiento que le da Ulises a su muy amada esposa Penélope. El emperador Augusto la usaba como un título al dirigirse a Cleopatra, la famosa reina egipcia. Lejos de ser una manera ruda y descortés de dirigirse a una mujer, era un título de respeto. No tenemos en castellano una expresión que corresponda exactamente; la palabra *señora* expresa por lo menos la cortesía que se supone en el tono.

Lo dijera como fuera, María no lo tomó como « ¡Déjame en paz!», sino todo lo contrario; así es que fue a los criados y les dijo que hicieran lo que Jesús les dijera. A la entrada había seis grandes tinajas para el agua. La palabra que la versión Reina-Valera traduce por *cántaros (metrétés)* equivale a unos cuarenta litros, y se nos dice que en cada tinaja cabrían dos o tres cántaros, es decir, alrededor de cien litros.

Juan está escribiendo su evangelio para los griegos, así es que les explica que estas tinajas se tenían para guardar el agua que se usaba en los ritos de purificación de los judíos. El agua se necesitaba para dos cosas. La primera, para lavarse los pies

al entrar en la casa. Las carreteras y las calles no estaban pavimentadas en la mayor parte de los casos. El calzado más corriente eran las sandalias, que no eran más que unas suelas que se sujetaban a los pies con unas correas. En un día seco se traerían los pies llenos de polvo, y en uno húmedo, de barro; así es que se necesitaba agua para limpiarlos. En segundo lugar, se necesitaba para lavarse las manos. Los judíos estrictos se las lavaban antes de la comida y entre platos. Primero se ponía la mano con los dedos hacia arriba, y se echaba el agua de forma que resbalara hasta la muñeca; y luego se ponían los dedos hacia abajo para que el agua resbalara desde la muñeca hasta la punta de los dedos. Esto se hacía con cada mano por separado, y luego se limpiaba la palma restregándolas con el otro puño. La ley ceremonial judía insistía en que esto había que hacerlo no sólo al principio de la comida sino también entre platos. Si no se hacía, se tenían las manos técnicamente *inmundas*. Era para esos lavatorios de manos y de pies para lo que se tenían las tinajas a la entrada de la casa.

Jesús dijo que llenaran las tinajas hasta el borde. Juan da ese detalle para que se sepa que allí no se metió más que agua. Y luego les dijo que sacaran algo y se lo llevaran al *arjitríklinos*, al maestro de ceremonias. En los banquetes romanos había un personaje al que llamaban *arbiter bibendi*, el encargado de la bebida. A veces era uno de los invitados el que actuaba de maestro de ceremonias en una boda judía; pero nuestro equivalente del *arjitríklinos* sería *el padrino*. Entonces estaba a cargo de la colocación de los invitados y de la organización de la fiesta en general. Cuando probó el agua que se había vuelto vino se quedó alucinado. Llamó al novio -lo corriente era que fueran los padres del novio los que corrieran con los gastos- y le dijo en un tono de broma que Juan nos transmite con gracia: «¡Oye, tú! Lo corriente es que se sirva primero el buen vino, y después, cuando la gente ya ha bebido bastante y no está en condiciones de distinguir de calidades, se le sirve algo inferior; ¡pero tú te tenías guardado el mejor hasta ahora!»

Así es que fue en la boda de unos pueblerinos de Galilea donde Jesús manifestó Su gloria; y fue en aquella ocasión cuando Sus discípulos captaron otro detalle que les hizo darse cuenta de Quién era su Maestro.

LA NUEVA EUFORIA

Juan 2:1-II (continuación)

Tomamos nota de tres cosas en esta señal maravillosa que realizó Jesús.

(i) Tomamos nota de *cuándo* sucedió: en una fiesta de bodas. Jesús estaba en su ambiente. No . era ningún austero *aguafiestas*. ¡Todo lo contrario, como vemos- aquí! Le encantaba participar de la alegría y el regocijo de una boda, y ayudar en los problemas que se presentaran.

Hay algunas personas «religiosas» que difunden una atmósfera lúgubre por donde van. Miran con suspicacia todo lo que sea alegría y felicidad. Para ellos la religión es cosa de sotanas, de salmodias y de caras largas. Dijo de Alice Freeman Palmer uno de sus estudiantes: «¡Me hacía sentirme como si estuviera dándome un baño de sol!» (Y eso en Escocia...). Así era Jesús. C. H. Spurgeon tiene algunos consejos sabios, aunque caústicos, en su libro *Charlas a mis estudiantes*: «El tono sepulcral puede que le vaya bien al de la funeraria; pero a los lázaros no los hacen salir de la tumba los gemidos espectrales.» «Conozco a hermanos que desde la coronilla hasta la planta de los pies son tan *ministeriales* en facha, tono, modales, cuello y botas que no les queda ni una partícula de humanidad visible... A algunos parece que les han enroscado una corbata blanca alrededor del alma, como un pingajo almidonado que les estrangula toda su hombría.» «Un individuo drenado totalmente de simpatía sería mejor que se dedicara a los oficios funerarios de enterrar a los muertos, porque jamás conseguirá hacerles mella a los vivos.» «Recomiendo jovialidad a todos

los que quieren ganar almas; no frivolidad ni espuma, sino un espíritu sociable y feliz. Se cogen más moscas con miel que con vinagre, y conduce más almas al Cielo el que lleva el Cielo en la cara que el que lleva el Tártaro en sus gestos y aspecto.»

Jesús nunca consideraba que fuera un crimen ser feliz. ¿Por qué lo han de considerar sus seguidores?

(ii) Tomamos nota de *dónde* sucedió: en un humilde hogar de una aldea de Galilea. Este milagro no se realizó en el escenario de una gran ocasión ni en presencia de grandes multitudes, sino en un hogar. A. H. N. Green Armytage, en su libro *Retrato de san Lucas*, dice que a Lucas le encantaba presentar a Jesús en ambientes sencillos, hogareños y de gente humilde. En una frase gráfica dice que el evangelio de Lucas < domestica a Dios », es decir, Le introduce en el círculo del hogar y en las cosas más corrientes de la vida. Su intervención en Caná de Galilea nos muestra lo que Jesús pensaba del hogar. Como dice la versión Reina-Valera, < manifestó Su gloria » -es decir, se presentó tal corno era-, y esa manifestación tuvo lugar en un sencillo hogar de pueblo.

Hay una extraña paradoja en la actitud de mucha gente hacia el lugar que llaman hogar. Admitirían sin reservas que «no hay sitio bajo el Cielo más dulce que el hogar;» y, sin embargo, al mismo tiempo tendrían que reconocer que es allí donde reclaman el derecho a portarse peor, con menos cortesía, con mal genio y más egoísmo; mucho peor que en cualquier otro sitio o entre extraños. Muchos de nosotros tratamos a nuestros seres queridos de una forma que no osaríamos emplear con meros conocidos o compañeros ocasionales. A menudo son los extraños los que nos ven en nuestra mejor actitud, y los nuestros en nuestra peor. Deberíamos recordar siempre que fue en un hogar humilde donde Jesús manifestó Su gloria. Para Él el hogar era el sitio en el que había que portarse de la mejor manera posible.

(iii) Tomamos nota de por qué sucedió. Ya hemos visto que la hospitalidad era siempre un deber sagrado en Oriente. Habría hecho que a aquella familia se le cayera la cara de vergüenza

el que faltara el vino en la boda. Fue para salvar a una humilde familia galilea para lo que Jesús desplegó Su poder. Lo hizo movido por la simpatía, la amabilidad y la comprensión hacia la gente sencilla.

Casi todos estamos dispuestos a echar el resto en una gran ocasión; pero sólo Jesús es capaz de hacer una cosa tan bonita en una ocasión tan sencilla e íntima como aquella. Hay una especie de malicia humana natural que más bien se alegra de las desgracias de los demás y que se complace en contarlas después mientras se toman unas cañas. Pero Jesús, el Señor de toda la vida, el Rey de la gloria, empleó Su poder para salvar de la humillación a una sencilla pareja de novios de una aldea de Galilea. Es precisamente con gestos sencillos de comprensión y amabilidad como este como podemos demostrar que pertenecemos a Jesucristo y somos Sus seguidores.

Además, esta historia nos revela dos cosas hermosas sobre la fe que María tenía en Jesús.

(i) Instintivamente María acudía a Jesús cuando surgían problemas. Conocía a su Hijo. Él estuvo en el hogar familiar hasta los treinta años, y todo ese tiempo Jesús y María compartieron la vida. Hay una antigua leyenda que nos cuenta algo de cuando Jesús era un niño pequeño en el hogar de Nazaret. Nos dice que en aquellos días, cuando la gente estaba cansada o preocupada o disgustada, decía: «Vamos a ver al niño de María.» E iban, y veían a Jesús, y se les disipaban los problemas. Todavía sigue siendo verdad que los que conocen íntimamente a Jesús acuden a Él cuando se encuentran en algún apuro... y Él nunca les falla.

(ii) Aun cuando María no sabía lo que Jesús iba a hacer, aun cuando parecía que no le había hecho caso, todavía María creía tanto en Él que se dirigió a los servidores y les dijo que hicieran lo que Jesús les dijera. María tenía la fe que puede confiar aun cuando no entiende. No sabía lo que iba a hacer Jesús, pero estaba segura de que lo que hiciera sería lo mejor. En todas nuestras vidas hay momentos en los que no sabemos por dónde tirar. En todas nuestras vidas suceden cosas que no

comprendemos y a las que no vemos ningún sentido. ¡Felice(~i las personas que, en tales casos, siguen confiando, aunque trÍ: puedan entender!

;rr~:

Además, esta historia nos dice algo de Jesús. Respondiendo a María dijo: «Todavía no ha llegado mi momento.» -En el evangelio aparece varias veces esta referencia a Su hora. Ene *Juan 7:6 y 8*, se refiere a Su manifestación como Mesías. F.tri *Juan 12:23 y 17:1*; en *Mateo 26:18 y 45*, y en *Marcos 14:41*, i es la hora de Su crucifixión y muerte. A lo largo de toda Sui vida Jesús sabía que había venido al mundo para una tarea 'Y,) con un propósito determinados. Veía Su vida, no en función de Sus deseos, sino en relación con la voluntad de Dios. Nob veía Su vida en el marco del incesante fluir del tiempo, sincXr en el de la permanente y definitiva eternidad. La vida de Jesús iba transcurriendo segura hacia. el momento para el que Él sabía) que había venido al mundo.

Aunque en casi nada nos podemos comparar con Jesús, ent esto sí: no fue Él el único que vino a este mundo para cumplir el propósito de Dios. Como decía Unamuno: «Todos somos un s sueño y una idea de Dios.» Cada uno de nosotros debemos pensar, no en términos de nuestros propios deseos y gustos;í sino en la misión para la que estamos en el mundo.

LA NUEVA EUFORIA

Juan 2:1-11 (conclusión)

Ahora hemos de pensar en la verdad profunda y permanente que Juan está tratando de enseñarnos con esta historia.

Recordemos que Juan estaba escribiendo desde un doble trasfondo. Era judío, y estaba escribiendo también para los judíos; pero su gran objetivo era escribir la historia de Jesús de tal manera que pudiera llegar también a los griegos.

Vamos a considerarla antes de nada desde el punto de vista judío. Debemos recordar siempre que detrás de las sencillas

historias de Juan hay un significado profundo que sólo pueden descubrir los que tienen ojos para ver; En todo su evangelio Juan no escribió nunca ningún detalle superfluo o innecesario. Todo tiene un significado y todo señala más allá.

Había seis tinajas de piedra; y, a la orden de Jesús, el agua que contenían se volvió, vino. Para los judíos, *el siete* es el número completo y perfecto, y *el seis* es incompleto e imperfecto. Las seis tinajas de piedra representan a la Ley judía, incompleta e imperfecta. Jesús vino a acabar con las imperfecciones de la Ley y a poner en su lugar el vino nuevo del Evangelio de Su gracia. Jesús cambió la imperfección de la Ley por la perfección de la gracia.

Hay otra cosa que debemos notar en conexión con esta. Había seis tinajas de agua en cada una de las cuales cabían unos cien litros. Jesús convirtió el agua en vino. Eso haría que hubiera unos seiscientos litros de vino, más que suficiente para acabar felizmente las bodas y las tomabodas. Aunque sabemos lo que son estas fiestas en los pueblos del Mediterráneo, nos damos cuenta de que Juan no pretendía que nos quedáramos en el sentido literal exclusivamente. Lo que sí quería decirnos es que, cuando la gracia de Jesús viene a nuestra vida, hay bastante y de sobra para todo. No hay necesidad en el mundo que pueda agotar la gracia de Cristo; hay una gloriosa superabundancia de gracia para todas las necesidades humanas de todos los tiempos.

Juan nos está diciendo que las imperfecciones se han convertido en perfección en Jesús, y que la gracia se ha vuelto ilimitada, suficiente y más que suficiente para todas las necesidades.

Vamos a considerar esta historia ahora desde el punto de vista griego. Resulta que los griegos tenían historias exteriormente parecidas. Dionysos era el dios del vino de los griegos. Pausanias fue un griego que escribió una historia de su país y de sus antiguas ceremonias. En su descripción de Elis describe una vieja ceremonia y creencia: «Entre el mercado y el Menius hay un teatro antiguo y un santuario de Dionysos;

la imagen la hizo Praxiteles. No hay dios que sea más renerenciado por los eleanos:que Dionysos, y dicen que asiste a át

festival.de la Thyia. El lugar en el que se celebra el festiyffillamado la Thyia está como a una milla de la ciudad. Se llevat b al edificio tres cacharos vacíos, y los sacerdotes los depositan., allí en presencia de los ciudadanos y de los forasteros que estén a la sazón en el país. En las puertas de los edificios, todos los que quieran hacerlo ponen sus sellos. Al día siguiente tienen libertad para mirar los sellos y, al entrar en el edificio, se encuentran los cacharos llenos de vino. Yo no he estado a le nunca en el tiempo del .festival, ,pero la gente más respetab& de Elis, y los forasteros, juran que los hechos se produjeron como he dicho.»

Así que los griegos también tenían sus historias de milágrs; y es como si Juan les dijera: <<Vosotros tenéis vuestras historias y leyendas de vuestros dioses. No son más que mitos, y sabéis muy bien que no son verdad. Pero Jesús ha venido a hacer lo que vosotros estabais soñando que vuestros dioses podían hacer. Jesús ha venido a hacer realidad todos nuestros anhelos y sueños.»

A los judíos, Juan les decía: «Jesús ha venido a cambiar la imperfección de la Ley por la perfección de la gracia.» Y a los griegos: «Jesús ha venido real y verdaderamente para hacer lo que vosotros sólo podíais soñar que vuestros dioses hicieran.»

Ahora podemos ver lo que Juan está tratando de enseñarnos. Todos los pasajes del Cuarto Evangelio nos cuentan, no simplemente algo que Jesús hizo una vez y nunca más, sino algo que hace todavía y hoy. Y lo que Juan quiere que veamos aquí no es que Jesús cambió el agua de unas tinajas en vino una vez; lo que quiere es que veamos que siempre que Jesús viene a la vida de una persona trae una nueva calidad de vida que es como cambiar el agua en vino. Sin Jesús la vida es un fracaso y una desilusión; y con Jesús es interesante, emocionante y satisfactoria.

Cuando sir Wilfred Grenfell estaba pidiendo voluntarios para ir a su trabajo en Labrador dijo que no podía prometerles

mucho dinero, pero sí que se lo pasarían estupendamente. Eso es lo que Jesús nos promete. Recordad que Juan estaba escribiendo setenta años después de la Cruz. Se había pasado setenta años pensando, recordando y meditando, hasta que comprendió el sentido y el significado que no había percibido antes. Cuando Juan contó esta historia se estaba acordando de cómo es la vida con Jesús; y dijo: «Dondequiere que iba Jesús y siempre que venía a la vida era como si el agua se cambiara en vino». Esta historia de Juan nos dice a nosotros: « Si quieres el nuevo optimismo, hazte seguidor de Jesucristo y vendrá un cambio a tu vida como cuando el agua se vuelve vino.»

LA INDIGNACIÓN DE JESÚS

Juan 2:12-16

Después de eso bajó Jesús a Cafamaún con su madre, hermanos y discípulos, y se quedaron allí un poco de tiempo.

Era cerca de la fiesta judía de la Pascua, y Jesús subió a Jerusalén. En el templo encontró a los que estaban vendiendo becerros y ovejas y palomas, y a los cambistas sentados a sus mesas. Y Jesús hizo un azote de cuerdas y los echó a todos del templo, con ovejas y becerros y todo, y tiró las monedas de los cambistas y les volcó las mesas; y dijo a los que estaban vendiendo palomas:

-¡Quitad de aquí todo esto, y dejad de hacer un mercado de la casa de mi Padre!

Después de la fiesta de boda de Caná de Galilea, Jesús y sus familiares y amigos hicieron una corta visita a Cafamaún, que estaba como a unos treinta kilómetros, en la orilla septentrional del Mar de Galilea.

Poco después, Jesús se puso en camino para celebrar la fiesta de la Pascua en Jerusalén. La Pascua era el 15 de Nisán. Según la ley, todos los varones que vivieran a menos de veinticinco kilómetros de Jerusalén estaban obligados a asistir.

Aquí nos encontramos con un detalle muy interesante. A primera vista parece que la cronología de la vida de Jesús en el Cuarto Evangelio no coincide con la de los otros tres, en los que no se nos dice que Jesús fuera a Jerusalén más que una vez. La fiesta de la Pascua cuando tuvo lugar Su crucifixión es la única que mencionan, y Su única visita a Jerusalén a excepción de la que hizo cuando fue al templo de muchacho. Pero Juan nos cuenta no menos de tres pascuas -la de este pasaje, la de *Juan 6:4* y la de *Juan 11:55*. Además, según la narración de Juan, Jesús estaba en Jerusalén en una fiesta innominada en 5:1; érase la fiesta de los Tabernáculos en 7:2, 10, y en la fiesta de la Dedicación en 10:22. De hecho, en los otros tres evangelios el ministerio principal de Jesús tiene lugar en Galilea; en el Cuarto, Jesús pasa sólo períodos breves en Galilea (2:1-12; 4:43 - 5:1; 6:1 - 7:14); y su actividad principal es en Jerusalén.

Lo cierto es que no hay aquí ninguna contradicción. Lo que pasa es que nos cuentan la historia desde diferentes puntos de vista. No se contradicen, sino se complementan. Mateo, Marcos y Lucas se concentran en el ministerio en Galilea, y Juan, en Jerusalén: Aunque los otros tres nos hablan sólo de una visita a Jerusalén y de una Pascua allí, implican que tiene que haber habido muchas otras. En la última visita nos presentan a Jesús llorando por Jerusalén: < ¡Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas y apedreas a los que se te envían! ¡Cuántas veces quise reunir a tus hijos como una gallina que junta a sus polluelos debajo de las alas, pero no quisiste! > (*Mateo 23:37*). Jesús no habría podido decir eso si no hubiera dirigido repetidas llamadas a Jerusalén, y si aquella visita fuera la primera. No debemos hablar de contradicciones entre el Cuarto Evangelio y los otros tres, sino usarlos a los cuatro para tener una información lo más completa posible de la vida de Jesús.

Pero sí hay una dificultad que no debemos soslayar. -Este pasaje nos refiere el incidente conocido como La Purificación del Templo: Juan lo coloca *al principio* del ministerio de Jesús, mientras que los otros tres evangelistas lo ponen *al final* (*Mateo 21:12s*; *Marcos 11:15-17*; *Lucas 19:45s*). Esta diferencia requiere una explicación, y se han propuesto varias.

(i) Se ha sugerido que Jesús purificó el templo dos veces, una al principio y otra al final de Su ministerio. No resulta muy convincente porque, si hubiera hecho algo tan sorprendente una vez, no es probable que hubiera tenido la posibilidad de hacerlo otra vez. Su reaparición en el templo habría sido la señal para que se tomaran tales precauciones que la repetición habría resultado imposible.

(ii) Se ha sugerido que Juan es el que tiene razón. Pero el suceso encaja mucho mejor al final del ministerio de Jesús. Es una secuela natural del ardiente coraje de Jesús en la Entrada Triunfal, y un preludeo previsible de la Crucifixión. Si tenemos que escoger entre la cronología de Juan y la de los otros tres evangelistas, debemos escoger la de estos.

(iii) Se ha sugerido que, cuando murió Juan, su evangelio no estaba terminado del todo; que dejó varios relatos en hojas sueltas de papiro, sin encuadernar. Y se ha sugerido que la que contenía este relato se traspapeló y se insertó posteriormente en un lugar que no era el que le correspondía. Esto es posible, pero no probable, porque supone que el que ordenó el manuscrito no conocía el orden correcto ni los otros evangelios.

(iv) Debemos tener presente siempre que Juan, como ha dicho alguien, tiene más interés en la verdad que en los detalles. No era su propósito escribir una biografía cronológica de Jesús; sino, sobre todo, mostrar que Jesús es el Hijo de Dios y el Mesías. Es probable que Juan estuviera recordando las profecías acerca de la venida del Mesías. «...Y vendrá súbitamente a Su templo el Señor a Quien vosotros buscáis, y el Ángel del Pacto a Quien deseáis vosotros. ¡He aquí viene, dice el Señor de los Ejércitos! ¿Y quién podrá soportar el tiempo de Su venida? ¿O quién podrá quedar en pie cuando Él se manifieste?»

Porque Él es como fuego purificador, y como detergente de lavadores... para purificar a los hijos de Leví... hasta que Le,, ofrezcan al Señor las ofrendas correctas. Entonces Le será gra~ ta al Señor la ofrenda de Judá y de Jerusalén, como en los día&, pasados y los tiempos antiguos» (*Malaquías 3:1-4*). En la mente de Juan resonaban estas-tremendas profecías. Su interés: principal no era contar cuándo limpió Jesús el templo, sino que de hecho lo hizo como estaba profetizado del Mesías prometido. Lo más verosímil es que Juan colocara este incidente., emblemático aquí, en el frontispicio de su historia, para presentar a Jesús como el Mesías de Dios, Que había venido para purificar el culto y abrir la puerta de acceso a Dios. No es la: fecha el interés principal de Juan; eso era lo de menos. Su interés supremo era demostrar que las acciones de Jesús nos Le presentan como el Prometido de Dios. Justamente al principio nos muestra a Jesús actuando como el Mesías de Dios.

LA INDIGNACIÓN DE JESÚS

Juan 2:12-16 (continuación)

Fijémonos ahora en por qué actuó Jesús de esa manera. Su indignación es una cosa aterradora; la figura de Jesús con el azote de cuerdas inspira el máximo temor. Debemos ver qué fue lo-que Le movió a aquella manifestación de indignación al rojo vivo en los atrios del templo.

La Pascua era la más-importante de todas las fiestas judías. Como ya hemos visto, la ley establecía que todos los varones judíos adultos que vivieran a no más de veinticinco kilómetros de Jerusalén estaban obligados a .asistir. Pero no eran sólo los judíos de Palestina los que venían para la Pascua; en aquel tiempo los judíos estaban diseminados por todo el mundo, y. no olvidaban su fe ancestral y su madre patria, y era el sueño y el propósito de todos ellos, estuvieran donde estuvieran, el celebrar la Pascua en Jerusalén por Id menos una vez en la vida.

Aunque nos suene a exageración, es probable que tantos :como dos millones y cuarto de judíos se reunieran 'a veces en la Ciudad Santa para celebrar la. Pascua:

Había un impuesto que tenían que pagar todos los judíos de diecinueve años para arriba. Era el tributo del templo. De que todos cumplieran dependía el que el ritual y los sacrificios del templo se pudieran llevar a cabo día tras día. El impuesto era de medio siclo. Debemos. recordar cuando hablemos de dinero que; en aquel- tiempo, el salarió de un obrero era el equivalente de menos .de diez pesetas al día. El medio siclo eran unas quince, así es que era el' sueldo de día y medio. Para todos los efectos prácticos, en Palestina se usaban muchos tipos de moneda: las de plata de Roma; Grecia, Egipto, Tiro y Sidón y de la mismas Palestina, todas estaban en circulación y eran válidas: Pero el tributo del templo se tenía que pagar en siclos galileos o en los del santuario, que eran las únicas monedas judías; las demás eran paganas y, por tanto, inmundas. Valían para pagar las otras deudas, pero no la que se tenía con Dios.

Los peregrinos llegaban de todas las partes del mundo con toda clase de monedas; así es que, en los atrios del templo se colocaban los cambistas. Si hubieran sido honrados, habrían estado cumpliendo una finalidad justa y necesaria; pero lo que hacían era cobrar una ma'ah más por cada medio siclo, es decir, una sexta parte más, y otra ma'ah más por cada medio siclo que tuvieran que devolver al cambiar monedas mayores. Si, por ejemplo, venía alguien con una moneda que equivaliera a dos siclos, tenía que pagar una ma'ah para que se la cambiaran, y otras tres para que le devolvieran el cambio de tres medios siclos. En otras palabras: que los cambistas le sacaban el sueldo de un día por la operación.

El tributo del templo y el sistema de cambio de moneda se elevaban a cantidades fantásticas. La renta anual dei templo se ha calculado en 20,000,000 de pesetas, y las ganancias de los cambistas 2,000,000 -pero téngase presente que el sueldo de un obrero serían unas 10 pesetas diarias. Cuando Crasso

capturó Jerusalén y saqueó la tesorería del templo en el at' 54 a.C. se llevó 500,000,000 de pesetas sin llegar a agotarkb

El que los cambistas cobraran comisión cuando cambiaban las monedas de los peregrinos no se veía mal. El *Talmud* establecía: «Es menester que cada uno tenga medio siclo para pagar su cuota. Por tanto, cuando trae un siclo para cambiarlo por dos medios siclos está obligado a dejar que el cambies saque algún beneficio.» La palabra para comisión era *kollybas* y a los cambistas se los llamaba *kollybistai*. Esta palabra *kollybos* dio origen al personaje de comedia que se llamar Kollybos en griego y Collybus en latín, equivalentes al famoso usurero shakespeariano Shylock.

Lo que exasperaba a Jesús era que los cambistas abusaran de los modestos peregrinos de la Pascua con comisiones exorbitantes. Era una injusticia social flagrante y desvergonzada... y, lo que es peor: se perpetraba en nombre de la verdadera religión.

Además de los cambistas estaban los que vendían becerros, corderos y palomas. Era corriente que una visita al templo fuera acompañada de un sacrificio. Muchos peregrinos querían hacer una ofrenda de acción de gracias por haber hecho un buen viaje a la Santa Ciudad; además, la mayor parte de los acontecimientos de la vida y de la familia de los judíos tenían su sacrificio apropiado.

Parecería por tanto que se ofrecía una ayuda natural para que se pudieran comprar las víctimas para los sacrificios en los atrios del templo. Podría haber sido así; pero la ley imponía el que los animales que se ofrecieran fueran perfectos y sin defecto. Las autoridades del templo, tenían inspectores (*mumjeh*) que examinaban las víctimas antes del sacrificio. La inspección ya costaba una *ma'ah*. Si el fiel compraba el animal fuera del templo se lo podían rechazar en la inspección; ya se podía estar seguro de que le encontrarían algún defecto que les permitiera declararlo no apto.

Se podría pensar que aquello no habría importado mucho; pero es que un par de palomas podía costar sólo el equivalente

de diez pesetas-aunque, recordemos: ese era el sueldo de un día-, mientras que en el templo costarían no-menos de ciento cincuenta pesetas. Aquí había otro abuso descarado a costa de los pobres y humildes peregrinos, a los que se obligaba a pasar por el aro de comprar sus víctimas en el templo si querían hacer un sacrificio... Y de nuevo lo peor del caso era que aquella injusticia se agravaba por el hecho de que se perpetraba en nombre de la más pura religión.

Estas eran las cosas que despertaban la indignación de Jesús. Se nos dice que hizo un azote de cuerdas. Jerónimo pensaba que la actitud de Jesús ya haría que no hiciera falta usarlo. «Una ardiente luz estelar fulguraban Sus ojos, y la majestad de la divinidad resplandecía en Su rostro.» Precisamente porque amaba a Dios, Jesús amaba a los hijos de Dios, y Le era imposible permanecer impasible contemplando cómo se abusaba de aquella manera de los adoradores de Jerusalén.

LA INDIGNACIÓN DE JESÚS

Juan 2:12-16 (conclusión)

Hemos visto que fue la explotación de los peregrinos por parte de gente sin conciencia lo que movió a Jesús a aquella manifestación de indignación; pero la historia de la purificación del templo responde a razones todavía más profundas por las que Jesús dio aquel paso tan drástico.

No hay dos evangelistas que coincidan exactamente al darnos las palabras de Jesús. Cada uno de ellos nos conserva su versión personal. Y es al reunir todos los relatos como obtenemos una idea clara de lo que dijo Jesús. Así es que vamos a empezar por recordar las diferentes formas en que nos han transmitido los evangelistas las palabras de Jesús, en la versión Reina-Valera. Mateo nos las transmite de la siguiente manera: «Mi casa, casa de oración será llamada; mas vosotros la habéis

hecha cueva de ladrones» (Mateo 21:13). Marcos pone: «1& casa será llamada casa de oración para todas las naciones. Ma* vosotros la habéis hecho cueva de ladrones» (*Marcos 11:1:7*); Lucas dice: «Mi casa es casa de oración; mas vosotros la habéis hecho cueva de ladrones» (*Lucas 19:46*). Y aquí Juan: «Quitad(de aquí esto, y no hagáis de la casa de mi Padre casa de mercado» (*Juan 2:16*).

Jesús tenía por lo menos tres razones para hacer lo que hizo.

(i) Actuó así porque se estaba profanando la casa de Dios.

En el templo se daba a Dios un culto sin reverencia. La reverencia es una cosa instintiva. El artista Edward Seago nos cuenta que llevó a dos niños gitanos a visitar una catedral de Inglaterra. Eran unos chiquillos muy traviosos -en circunstancias normales; pero, desde el momento en que entraron en la catedral, estuvieron sorprendentemente tranquilos y callados; y luego, todo el camino hasta llegar a la casa. Hasta la tarde no volvieron a sus habituales travesuras. En sus corazones naturalmente indisciplinados había una reverencia instintiva.

El culto sin reverencia puede ser una cosa terrible. Puede que sea un «culto» que se hace rutinaria o formalmente; las oraciones más solemnes se pueden leer como las listas de las subastas. Puede que sea un «culto» que no tiene en cuenta la santidad de Dios y que suena como si -según la frase de H. H. Farmer- « el adorador se llevara muy bien con la Divinidad.» Puede que sea un culto para el que no están preparados ni el que lo dirige ni la congregación. Puede que sea el uso de la casa de Dios para fines y con medios en los que se olvida la reverencia y la verdadera función de la casa de Dios. En aquel atrio de la casa de Dios de Jerusalén se regatearían los precios, se discutirían las monedas viejas o desgastadas... En fin, que habría ruidos y gestos y discusiones más propios de un mercado. Puede que esa forma de irreverencia no sea corriente ahora; pero hay otras formas de ofrecerle a Dios un culto irreverente.

(ii) Jesús hizo lo que hizo para mostrar que toda esa parafernalia de sacrificios animales era totalmente impertinente. Hacía siglos que venían diciéndolo los profetas. «¿Para qué Me sirve, dice el Señor, la multitud de vuestros sacrificios? ¡Estoy harto de holocaustos de carneros y de sebo de animales cebados; no Me gusta la sangre de los toros, de las ovejas o de los chivos... No Me traigáis más ofrendas vanas» (*Isaías 1:11-17*). «Porque cuando saqué a vuestros padres de Egipto no les dije nada ni les di mandamientos acerca de holocaustos y sacrificios» (*Jeremías 7:22*). «Con sus ovejas y con sus vacas andarán buscando al Señor, pero no Le encontrarán» (*Oseas 5: 6*). «Les encantan los sacrificios; sacrifican carne y la comen, pero el Señor no Se complace en ellos» (*Oseas 8:13*). «Porque Tú no te complaces en sacrificios; si yo hubiera de ofrecer holocaustos, a Ti no Te agradaría» (*Salmo 51:16*). Un coro de voces proféticas denunciaba la impertinencia de los holocaustos que humeaban constantemente en los altares de Jerusalén. Jesús actuó así para demostrar que ningún sacrificio animal podrá nunca realizar la reconciliación de la humanidad con Dios.

No estamos totalmente libres de esa tendencia hoy en día. Es cierto que no Le ofrecemos a Dios sacrificios de animales; pero podemos identificar Su culto con la instalación de vidrieras de colores o de un órgano más sonoro, o con piedra o madera tallada, cuando el verdadero culto brilla por su ausencia. No es que estas cosas sean condenables, ¡lejos de eso! A menudo, ¡gracias a Dios!, son ofrendas de corazones fieles y agradecidos. Cuando ayudan a la verdadera devoción; cuentan con la bendición de Dios; pero cuando son su sustituto, hastían el corazón de Dios.

(iii) Había todavía otra razón para que Jesús actuara de aquella manera. Marcos añade un curioso detalle que no se encuentra en los otros evangelios: « Mi casa será llamada casa de oración para todas las naciones» (*Marcos 11:17*), siguiendo con la cita de *Isaías 56:7*. El templo constaba de una serie de

atrios que conducían al templo propiamente dicho y al Lugar Santísimo. La primera parte era el Atrio de los Gentiles; luego venía el Atrio de las Mujeres; después, el de los Israelitas; por último, el de los Sacerdotes. ;

Toda esa compraventa se hacía en el Atrio de los Gentiles, que era el único al que podían acceder los que no fueran israelitas. A partir de aquel lugar les estaba prohibida la entrada. Así que si había algún gentil cuyo corazón Dios hubiera tocado, podía llegar al Atrio de los Gentiles para meditar y orar y buscar a Dios. El Atrio de los Gentiles era el único lugar, de oración que conocía.

Las autoridades del templo y los comerciantes judíos estaban convirtiendo el Atrio de los Gentiles en un lugar de confusión y jaleo en el que era prácticamente imposible orar. Los mugidos de los becerros, los balidos de las ovejas, el zureo y el revoloteo de las palomas, los gritos de los vendedores, el tintineo de las monedas, los pregones y los regateos... todo eso combinado convertía el Atrio de los Gentiles en un lugar donde no se podía dar culto a Dios. El jaleo del atrio exterior del templo les cerraba el acceso a la presencia de Dios a los gentiles que Le buscaran. Tal vez era eso lo que más angustiaba a Jesús, y puede que por eso Marcos nos conservara la frase que nos lo indica. A Jesús se Le conmovían las entrañas porque en la Casa de Oración se le cerraba el acceso a la presencia de Su Padre a los que Le buscaban sinceramente.

¿Hay algo en la vida de nuestra iglesia -esnobismo, exclusividad, frialdad, falta de hospitalidad, tendencia a hacer de la congregación un club cerrado, arrogancia, tiquismiquis que excluye al sincero buscador? Recordemos la indignación de Jesús contra los que les hacían difícil, o imposible, a los buscadores extranjeros el establecer contacto con Dios.

EL NUEVO TEMPLO

Juan 2:17-22

Sus discípulos se acordaron de que hay una Escritura que dice: < Porque el celo por Tu Casa me ha consumido. »

Entonces los judíos le interrogaron:

-¿Qué señal nos das para justificar tal actuación?

Destruid este Templo -les contestó Jesús---, y lo levantaré en tres días.

-Hace ahora cuarenta y seis años que se está construyendo el templo -Le objetaron-, ¿y Tú lo vas a levantar en tres días?

Pero Él se refería al Templo de Su Cuerpo. Así que cuando resucitó; Sus discípulos se acordaron de que Jesús había dicho esto, y creyeron la Escritura y lo que Jesús les había dicho.

Era inevitable que una intervención como la de la purificación del templo provocara una reacción inmediata en los que la presenciaron. No era la clase de cosa que uno puede contemplar con total indiferencia. Era demasiado sorprendente y revolucionario.

Aquí tenemos dos reacciones. La primera es la de los discípulos, que se acordaron de las palabras del Salmo 69:9. La cosa es que ese salmo se suponía que se refería al Mesías; que, cuando viniera, se consumiría de celo por la casa de Dios. El que este versículo les viniera a la memoria era señal de que se estaban dando cuenta cada vez más de que Jesús era el Mesías. Ese gesto no le correspondía a nadie más que al Mesías, y ellos ya habían llegado a la convicción de que Jesús era de hecho el Ungido de Dios.

La segunda reacción fue la de los judíos, una reacción muy natural. Le preguntaron a Jesús qué derecho tenía para actuar de esa manera, y le exigieron que presentara inmediatamente Sus credenciales por medio de algún milagro. La cosa era que

reconocían que la acción de Jesús indicaba que Él se presentaba como el Mesías. Siempre se había esperado que, cuando viniera el Mesías, demostraría que era Él haciendo algunos milagros. Los falsos mesías que surgían a veces prometían separar las aguas del Jordán y derribar los muros de la ciudad con su palabra. La idea popular del Mesías era que vendría haciendo milagros; así es que los judíos dijeron a Jesús: «Con esta acción Te has proclamado públicamente como Mesías. Demuéstranos que lo eres haciendo algún milagro.»

La contestación de Jesús presenta el mayor problema de este pasaje. ¿Qué fue lo que dijo exactamente? ¿Y qué quería decir? Debemos tener presente que los versículos 21 y 22 contienen la interpretación que escribió Juan mucho después. No podía por menos de leer entre líneas en este pasaje ideas que eran realmente el resultado de setenta años de meditación y de experiencia con el Cristo Resucitado. Como dijo Ireneo hace mucho: «Ninguna profecía se entiende del todo hasta después de su cumplimiento.» Entonces, ¿qué fue lo que dijo Jesús realmente, y lo que quiso decir?

No cabe la menor duda que Jesús dijo algo que se parecía mucho a esto, palabras que podrían tergiversarse maliciosamente con una finalidad destructiva. En el juicio de Jesús se presentaron unos testigos falsos que dijeron en Su contra: «Este tipo dijo: « Yo soy capaz de destruir el templo de Dios, y edificarlo otra vez en tres días» (*Mateo 26:61*). La acusación que se fraguó contra Esteban era: «Le hemos oído decir que ese tal Jesús de Nazaret destruirá este lugar y cambiará las costumbres que nos transmitió Moisés» (*Hechos 6:14*).

Hay dos cosas que debemos recordar y relacionar. La primera, que es seguro que Jesús no dijo nunca que destruiría el templo material y luego lo reconstruiría. Sí es verdad que Jesús preveía el final del templo. A la Samaritana le dijo que llegaría el día en que no se adoraría a Dios ni en el Monte Guerizim ni en Jerusalén, sino en espíritu y en verdad (*Juan 4:21*). Y la segunda, que la Purificación del templo, como ya hemos visto, fue una manera dramática de enseñar que todo el culto

del templo, con su ritual y sacrificios, era impertinente -y no servía para guiar a las personas hacia Dios. Está claro que Jesús esperaba que desapareciera el templo; que Él había venido para hacer innecesario y obsoleto su culto, y que, por tanto, Él no iba a sugerir que lo reedificaría.

Ahora debemos volver a Marcos. Como otras muchas veces, encontramos aquí la frasecilla extra sugestiva e iluminadora. Marcos transcribe la acusación contra Jesús de la siguiente manera: «Yo destruiré este templo que está hecho con las manos, y en tres días edificaré otro *no hecho con manos*» (*Marcos 14:58*). Lo que Jesús quería decir realmente era que Su venida había puesto fin a todo ese sistema organizado y hecho por los hombres de dar culto a Dios, y había puesto en su lugar un culto espiritual; que Él había puesto fin a todo ese asunto de los sacrificios animales y del ritual sacerdotal, y había puesto en su lugar un acceso directo al Espíritu de Dios que no necesitaba un templo elaborado y hecho a mano ni un ritual de incienso y sacrificios ofrecidos por manos humanas. La advertencia de Jesús era: «El culto de vuestro templo, vuestro complicado ritual, vuestros prodigios sacrificios animales han llegado a su fin, porque Yo he venido.» Y Su promesa era: « Yo os daré un camino para llegar a Dios sin toda esta elaboración y ritual humanos. Yo he venido para destruir este templo de Jerusalén y hacer que toda la Tierra sea un templo en el que la humanidad pueda experimentar la presencia del Dios viviente.»

Los judíos lo vieron. Fue el año 19 a.C. cuando Herodes empezó a edificar su maravilloso templo, y no fue hasta el año 64 d.C. cuando se concluyó la edificación. Hacía cuarenta y cuatro años que se había empezado, y aún faltaban otros veinte para que se terminara. Jesús escandalizó a todos los judíos al decirles que toda aquella grandeza y esplendor, y todo el dinero y la habilidad que se habían derrochado en él, eran completamente irrelevantes; que Él había venido para indicar a la humanidad el camino que conduce a Dios sin necesidad de ninguna clase de templo.

Algo así **debe de -haber sido lo que dijo Jesús; pero** en años sucesivos **Juan vio mucho más que eso en las palabras de Jesús**. Vio nada menos que una profecía de la Resurrección; y **Juan. tenía razón**. La tenía por una razón básica: porque toda la redondez de la Tierra no podría llegar a ser el Templo del Dios viviente hasta que Jesús fuera liberado del cuerpo y estuviera presente en todas partes; y hasta que estuviera con los Suyos en todo lugar y tiempo hasta el fin del mundo.

Es la presencia del Cristo resucitado y viviente lo que hace que todo el mundo sea el Templo de Dios. Así es que Juan dice que, cuando los discípulos de Jesús se acordaron de Sus palabras, vieron en ellas una promesa de la Resurrección. No lo habían visto antes; ni podían; fue solamente su propia experiencia del Cristo viviente lo que les -mostró al cabo del tiempo toda la hondura de lo que había dicho Jesús.

Por último Juan dice que < creyeron la Escritura. » ¿Qué Escritura? Juan se refiere a aquella Escritura que se cernía sobre la Iglesia Primitiva: «No permitirás que Tu Santo experimente la corrupción» (*Salmo 16:10*). Pedro la citó el día de Pentecostés (*Hechos 2:31*); Pablo la citó en Antioquía (*Hechos 13:35*). Expresaba la confianza de la iglesia en el poder de Dios y en la Resurrección de Jesucristo.

Tenemos aquí la verdad imponente de que nuestro contacto con Dios, nuestro acceso a Su presencia, no depende de nada que podamos hacer con nuestras manos o diseñar con nuestras mentes. En las calles, en el hogar, en el trabajo, en las montañas, en las carreteras, en la iglesia, tenemos nuestro templo íntimo: la presencia del Cristo Resucitado que está siempre con nosotros por todo el mundo.

EL QUE VE EL CORAZÓN

Jua4 2:23-25

Cuando Jesús estaba en Jerusalén para la fiesta de la Pascua, muchos creyeron en Su nombre, porque veían las señales que hacía; pero Jesús mismo no se les confiaba, porque los conocía a todos y no tenía necesidad de que nadie Le atestiguara cómo era una persona; porque Él sabía muy bien lo que hay en la naturaleza humana:

Juan no nos relata ninguna de las maravillas que realizó Jesús en Jerusalén aquella Pascua; pero Jesús hizo muchos milagros allí y entonces, y hubo muchos que, al contemplar Sus obras, creyeron en Él. La pregunta que Juan está contestando aquí es: Si hubo muchos que creyeron en Jerusalén desde el mismo principio, ¿por qué no desplegó Jesús Su bandera allí y entonces y declaró abiertamente Quién era?

La respuesta es: Jesús conocía demasiado bien la naturaleza humana; sabía que había muchos para los que Él no era más que una maravilla de nueve días; sabía que había muchos que se sentían atraídos por las cosas sensacionales que hacía; sabía que no había nadie que entendiera el camino que había escogido; sabía que había muchos que Le habrían seguido mientras siguiera haciendo milagros y maravillas y señales, pero que, si empezara a hablarles de servicio y de autonegación, de rendirse a la voluntad de Dios, o de una cruz y la necesidad de asumirla, se Le habrían quedado mirando con una mirada ausente 'C Le habrían dejado solo.

Una de las grandes características de Jesús era que no quería seguidores que no supieran y aceptaran clara y definitivamente lo que implicaba el seguirle a Él. Se negó a aprovecharse de la popularidad del momento. Si Se hubiera confiado a la gente de Jerusalén, Le habrían proclamado Mesías allí y entonces, y habrían esperado la clase de acción material que esperaban

que tomara el Mesías. Pero Jesús era un Líder que se negaba a invitar a la gente a que Le aceptara hasta que hubieran comprendido lo que aquello implicaba. Insistía en que las personas supieran lo que estaban haciendo.

Jesús conocía la naturaleza humana. Conocía la fragilidad e inestabilidad del corazón. Sabía que una persona se podía sentir arrebatada en un momento de emoción, y volverse atrás cuando descubriera lo que realmente suponía la decisión. Sabía el hambre de sensaciones que hay, en la naturaleza: humana. No quería una multitud vitoreando sin saber por qué, sino una compañía reducida de supiera lo que hacía -y estuviera dispuesta a seguirle hasta el final.

Hay algo que debemos notar en este pasaje, porque tendremos ocasión de encontrarlo una y otra vez. Cuando Juan habla de los milagros de Jesús los llama *señales*. El Nuevo Testamento usa tres palabras diferentes para las obras maravillosas de Dios y de Jesús, cada una de las cuales nos dice algo de lo que es realmente un milagro.

(i) Usa la palabra *teras*. *Teras* quiere decir sencillamente algo maravilloso. Es una palabra que no tiene absolutamente ninguna significación moral. Un truco de prestidigitador podría ser un *teras*. Un *teras* era simplemente algo inexplicable que le dejaba a uno boquiabierto. El Nuevo Testamento no usa nunca esta palabra sola refiriéndose a las obras de Dios o de Jesús.

(ii) Usa la palabra *dynamis*. *Dynamis* quiere decir literalmente *poder*; de ella deriva la palabra *dinamita*. Se puede referir a cualquier clase de poder extraordinario: del poder de crecimiento, de los poderes de la naturaleza, del poder de una medicina, y del del genio de un hombre. Siempre tiene el sentido de un poder efectivo que produce resultados y que puede reconocer cualquier persona.

(iii) Usa la palabra *sémeion*. *Sémeion*, de la que se derivan *semáforo*, *semántica* y *otras* muchas, quiere decir *señal*. Es la palabra favorita de Juan. Para él un milagro no era simplemente un hecho sorprendente, ni el resultado de un poder extraordinario, sino una señal. Es decir: le decía algo a la gente de

la Persona Que lo había hecho; revelaba algo de Su carácter; descubría algo de Su naturaleza; era una acción que permitía comprender mejor y más plenamente cómo era el Que lo hacía. Lo más importante para Juan en los milagros **era que decían algo acerca de la naturaleza y el carácter de Dios**. Jesús usaba Su poder para sanar a los enfermos, alimentar a los hambrientos, consolar a los afligidos; y el hecho de que Jesús usara Su poder de esa manera era una *señal* de que Dios Se preocupa de los dolores y las necesidades de la- humanidad. Para Juan, los milagros eran señales del amor de Dios.

En cualquier milagro hay tres cosas: *la maravilla* que deja a las personas alucinadas, sorprendidas y atemorizadas; *el poder* efectivo que puede remediar un cuerpo quebrantado, una mente desquiciada, un corazón herido, y la *señal* que nos habla del amor que hay en el corazón del Dios Que hace esas cosas.

EL QUE VINO A JESÚS DE NOCHE

Juan 3:1-6

Había un hombre de los fariseos que se llamaba Nicodemo, que era un líder de los judíos. Este vino a Jesús de noche y Le dijo:

-Rabí, sabemos que eres un maestro que ha venido de Dios; porque nadie podría hacer las señales que Tú haces si Dios no estuviera con él.

Lo que te digo es la pura verdad -le contestó Jesús-: a menos que se renazca de arriba no se puede ver el Reino de Dios.

-¿Cómo puede uno renacer cuando ya es mayor? -le preguntó entonces Nicodemo-. ¡No va a meterse en el vientre de su madre para nacer otra vez!

-Lo que te digo es la pura verdad -le dijo Jesús- a menos que se nazca de agua y del Espíritu no se puede entrar en el Reino de Dios. Lo que nace de la carne es carne, y lo que nace del Espíritu es espíritu.

La mayor parte de las veces vemos a Jesús rodeado de personas corrientes; pero aquí Le vemos en contacto con uno de la aristocracia de Jerusalén. Hay algunas cosas que sabemos de Nicodemo.

(i) Nicodemo tiene que haber sido rico. Cuando Jesús murió, Nicodemo trajo para preparar Su cuerpo para la sepultura «una mezcla de mirra y áloes que pesaba unas cien libras» (*Juan 19:39*), que sólo podría comprar uno que fuera rico.

(ii) Nicodemo era fariseo. En muchos sentidos los fariseos eran las mejores personas de todo el país. Nunca fueron más de seis mil; formaban lo que se llamaba *una jaburá* o hermandad. Se ingresaba en esa hermandad comprometiéndose delante de tres testigos a consagrar su vida al cumplimiento de todos los detalles de la ley - tradicional.

¿Qué quería decir eso? Para los judíos, la Ley era la cosa más sagrada del mundo. La Ley eran los cinco primeros libros del Antiguo Testamento. Creían que era la perfecta Palabra de Dios. El añadirle o sustraerle una sola -palabra era pecado mortal. Ahora bien: si la Ley era la Palabra completa y perfecta de Dios, eso quería decir que contenía todo lo que una persona necesitaba saber para vivir una vida buena, si no explícitamente, por lo menos implícitamente. Si no todo se encontraba en ella con todas las letras, tenía que ser posible deducirlo. La Ley tal como se encontraba consistía en un conjunto de grandes principios, amplios y nobles, que cada uno tenía que aplicar a su vida. Pero para los judíos posteriores eso no era suficiente. Decían: «La Ley es completa; contiene todo lo necesario para vivir una vida buena; por tanto, en la Ley tiene que haber una regla que gobierne cualquier incidente posible de cualquier momento posible para cualquier persona posible.» Así es que se dedicaron a extraer de cada principio de la Ley un número incalculable de reglas y normas para gobernar cualquier situación imaginable de la vida. En otras palabras: cambiaron la Ley de los grandes principios en un legalismo de reglas adicionales interminables.

El mejor ejemplo de lo que hacían se ve en la ley del sábado.

En la Biblia se nos dice sencillamente que hemos de acordarnos del sábado para mantenerlo como un día santo y no hacer en él ningún trabajo, ni uno mismo ni sus criados y animales. No contentos con eso, los judíos de tiempos posteriores se dedicaron hora tras hora y generación tras generación a definir lo que es un trabajo y a hacer la lista de todas las cosas que se pueden o no se pueden hacer en sábado. *La Misná* es la codificación de la ley tradicional. Los escribas se pasaban la vida deduciendo estas reglas y normas. En la Misná, la sección acerca del sábado ocupa no menos de veinticuatro capítulos. *El Talmud* es el comentario de la Misná, y en el Talmud de Jerusalén la sección dedicada a las leyes del sábado ocupa sesenta y cuatro columnas y media; y en el Talmud de Babilonia, ciento cincuenta y seis páginas de doble folio. Y se nos dice que un rabino pasó dos años y medio estudiando, uno de los veinticuatro capítulos de la Misná sobre el sábado:

La clase de cosa que hacían era algo así: Atar un nudo en sábado era hacer un trabajo; pero había que definir qué era un nudo. «Los siguientes son los nudos que es pecado hacer: el nudo de los conductores de camellos y el de los marineros; y tan pecado es si se atan como si se desatan.» Por otra parte, los nudos que se pueden atar y desatar con una sola mano estaban permitidos. Además, «una mujer puede atarse la abertura de la enagua y las cintas de la cofia o de la faja, las correas de los zapatos o sandalias y de los pellejos del vino o del aceite.» Ahora veamos lo que sucedía: Supongamos que un hombre quería bajar, al pozo el cubo para sacar agua el sábado; no podía atarle la cuerda, porque era ilegal hacer un nudo en una cuerda el sábado; pero lo podía atar al cinturón de su mujer para bajarlo, porque el nudo del cinturón sí era legal. Esas eran cosas de vida o muerte para los escribas y fariseos; eso era la religión, la manera de servir y agradar a Dios.

Tomemos el ejemplo de viajar en sábado. *Éxodo 16:29* dice: «Estése, pues, cada uno en su lugar, y nadie salga de él en el séptimo día.» Así que lo que se podía viajar el sábado se limitaba a dos mil codos, es decir, algo menos de un kilómetro.

Pero, si se ataba una cuerda de lado a lado al final de una calle, toda la calle se consideraba la casa de uno, y se podía recorrer el kilómetro a partir de la cuerda. O, si se depositaban alimentos suficientes para una comida el viernes antes de la puesta del sol, que era cuando empezaba el sábado, en algún lugar, ése se convertía técnicamente en la casa de esa persona, que podía contar desde allí la distancia que podía recorrer en sábado. Las reglas y reglamentos y las exenciones se amontonaban hasta el infinito.

Tomemos el ejemplo de llevar una carga. Jeremías 17:21-24 decía: «Guardaos por vuestra vida de llevar carga en el día de reposo.» Entonces había que definir lo que era una carga; y se decía que era «comida comparable a un higo seco, el vino necesario para mezclarlo en una copa, un sorbo de leche, la miel que se pondría en una herida, el aceite necesario para ungir un miembro pequeño, el agua necesaria para disolver un colirio,» etc., etc. Así que se tenía que decidir si una mujer podía llevar un broche en sábado o no, si se podía llevar una pierna o una dentadura postiza, o si eso sería llevar una carga. ¿Se podía levantar una silla, o llevar en brazos a un niño? Y así se prolongaban indefinidamente las discusiones y las disposiciones.

Los escribas eran los que deducían todas estas reglas, y los *fariseos*, los que dedicaban la vida a cumplirlas. Está claro que, por muy equivoco que estuviera un hombre, tenía que tomarlo muy en serio para proponerse obedecer cada una de todos esos millares de reglas: Y eso era precisamente lo que hacían los fariseos. El nombre de *fariseos* quería decir *separado, un hombre aparte*; y los fariseos eran los que se separaban de la vida ordinaria para observar todos los detalles de la ley de los escribas.

Nicodemo era fariseo, y es sorprendente que quisiera hablar con Jesús un hombre: que tenía esa idea de la bondad y que estaba entregado a esa clase de vida porque estaba convencido de que era la manera de agradar a Dios.

(iii) Nicodemo era uno de los gobernadores de los judíos.

La palabra es arjón. Esto quiere decir que eran un miembro el sanedrín, que era el tribunal supremo de los judíos que estaba formado por setenta miembros. Por supuesto que, bajo el dominio romano; sus poderes estaban muy limitados; pero seguían siendo considerables. En particular, el sanedrín tenía jurisdicción religiosa sobre todos los judíos del mundo, y uno de sus deberes era examinar y dictaminar en el caso de que surgiera un falso profeta. Así que resulta todavía más sorprendente el que Nicodemo quisiera hablar con Jesús.

(iv) Es posible que Nicodemo perteneciera a una familia judía distinguida. Allá por el año 63 a.C., cuando los romanos y los judíos habían estado en guerra, el líder judío Aristóbulo envió a un cierto Nicodemo como embajador al emperador romano Pompeyo. Mucho más tarde; en los terribles últimos días de Jerusalén, el que negoció la rendición de la guarnición fue un cierto Gorión, hijo de Nicomedes o Nicodemo. Puede que estos dos personajes históricos pertenecieran a la misma familia de nuestro Nicodemo, y que la suya fuera una de las familias más distinguidas de Jerusalén. -Si era así, es verdaderamente maravilloso que este aristócrata - judío viniera a hablarle de su alma a este profeta ambulante que no había sido más que un carpintero en Nazaret.

Fue por la noche cuando vino Nicodemo a Jesús, lo que puede haber sido por una de dos razones.

«),Puede que fuera por precaución: Puede que Nicodemo no estuviera dispuesto a comprometerse viniendo a Jesús de día. No le podemos condenar por eso. Bastante sorprendente es ya que un hombre de su categoría viniera a Jesús, como y cuando fuera. Era infinitamente mejor venir de noche que no venir. Fue un milagro de la gracia de Dios el que Nicodemo venciera sus prejuicios y principios y sentido de la vida lo suficiente como para venir a Jesús.

(ii) Pero puede que fuera por otra razón. Los rabinos decían que la mejor hora para estudiar la Ley era por la noche, cuando no se presentaban distracciones. Durante el día Jesús estaba siempre rodeado de gente. Puede ser que Nicodemo viniera

a Jesús por la noche porque quería hablar a solas y sin interrupciones con Él.

Nicodemo era un hombre con inquietudes, con muchos honores pero con un gran vacío en su vida. Vino a hablar con Jesús a ver si encontraba la luz en las tinieblas de la noche.

EL QUE VINO A JESÚS DE NOCHE

Juan 3:1•6 (continuación)

Cuando Juan nos relata las conversaciones que tuvo Jesús con algunas personas, sigue un cierto esquema. Aquí lo vemos muy claro. El interlocutor dice algo (versículo 2). Jesús contesta de una forma que resulta difícil de entender (versículo 3). El interlocutor lo toma en otro sentido (versículo 4). Jesús se lo dice de otra manera que es todavía más difícil de entender (versículo 5). Y sigue a continuación una exposición e interpretación. Juan usa este método para que veamos cómo llegaban las personas a comprender por sí mismas, y para que nosotros hagamos lo mismo.

Cuando Nicodemo se encontró a solas con Jesús Le dijo que nadie podía por menos de sentirse impresionado con las señales y milagros que realizaba Jesús. Jesús le contestó que lo realmente importante no eran las señales y los milagros, sino el cambio radical en la vida de una persona, que sólo se podría describir como un nuevo nacimiento.

Cuando Jesús dijo que es necesario *nacer de nuevo* Nicodemo no Le entendió, y su confusión procedía del hecho de que la palabra que la versión *Reina-Valera* traduce por *de nuevo*, en griego *anóthen*, tiene tres sentidos diferentes. (i) Puede querer decir *desde el principio, totalmente, de arriba a abajo*. (ii) Puede querer decir *de nuevo, otra vez*, en el sentido de *por segunda vez*. (iii) Puede querer decir *de arriba*, y, por tanto, *de Dios*. No nos es posible indicar todos esos sentidos en una sola palabra española; pero los tres están incluidos en

la frase *nacer de nuevo*. Nacer de nuevo es **experimentar un cambio tan radical que es como un nuevo nacimiento; es que le pase a uno en el alma algo que sólo se puede describir como nacer totalmente de nuevas otra vez; y ese proceso no es el resultado del esfuerzo humano, sino de la gracia y el poder de Dios.**

Cuando leemos este pasaje nos parece que Nicodemo entendió la palabra *de nuevo* solamente en el segundo sentido, es decir, en el más literal. ¿Cómo puede uno que ya es mayor, dijo, meterse otra vez en el seno materno y nacer por segunda vez? Pero la reacción de Nicodemo no era tan simple. Había una gran ansia insatisfecha en su corazón; y es como si dijera, con un anhelo sincero y profundo: < Tú hablas de nacer de nuevo, de ese cambio radical y fundamental que necesitamos. Yo sé que es *necesario*; pero, en mi experiencia, es *imposible*. No hay nada que yo desee más que eso; pero es como si me dijeras a mí, un hombre hecho y derecho, que me meta en el vientre de mi madre y nazca otra vez.> No ponía en duda el que tal cambio fuera *deseable* -eso lo sabía y reconocía Nicodemo demasiado bien-, sino que fuera *posible*. Nicodemo se enfrentaba con el eterno problema del que quiere cambiar, pero no puede cambiarse a sí mismo.

Esta frase *nacer de nuevo o renacer* recorre todo el Nuevo Testamento. Pedro habla de renacer por la gran misericordia de Dios (1 *Pedro* 1:3); y *también* de renacer, no de simiente corruptible, sino incorruptible (1 *Pedro* 1:23). Santiago nos dice que Dios nos hizo renacer por la Palabra de verdad (*Santiago* 1:18). En la *Carta a Tito* se nos habla del lavamiento de la regeneración (3: 5). Algunas veces se expresa esta misma idea como una muerte seguida de una resurrección o recreación. Pablo dice que los cristianos hemos muerto con Cristo y resucitado a una nueva vida (*Romanos* 6:1-11). Y habla de los que se han convertido hace poco como *bebés en Cristo* (1 *Corintios* 3:1-2). El que una persona esté en Cristo -es decir, sea cristiana- es como si hubiera sido *creada* totalmente de nuevo (2 *Corintios* 5:17). Una nueva creación tiene lugar

en Cristo (Gálatas 6:15). Nuevas personas son creadas según Dios en la justicia y santidad de la verdad (Efesios 2:24). F que está dando los primeros pasos en Cristo es un niño (He, ~i breos 5:12-14). Esta idea del nuevo nacimiento o de la *nuevas* creación aparece en todo el Nuevo Testamento. <~

Ahora bien: esta idea no les sonaría extraña en absoluto a los primeros lectores del Nuevo Testamento. Los judíos la usaban al hablar de los que _ procedían del paganismo y aceptaban el judaísmo mediante la oración, el sacrificio, el bautismo y la circuncisión: eran nacidos de nuevo. « El prosélito que:, abraza el judaísmo -decían los rabinos- es como un niño, recién nacido.» Tan radical era el cambio que todos los pecadores que hubiera cometido antes se le habían perdonado, por que ahora era una persona diferente. En teoría se afirmaban -aunque es de esperar que no: se llevara nunca a cabo-, que tal hombre se podía casar con su madre o con su hermana; porque todos -sus. lazos familiares anteriores quedaban anulados: Los judíos hablaban del nuevo nacimiento.

Los griegos también conocían muy bien esa idea. Las religiones más reales de los griegos de entonces eran los misterios: Esas religiones se basaban en el mito de algún dios que sufría, moría y resucitaba. Se hacían representaciones de su pasión. Los iniciados pasaban por un largo período de preparación, instrucción, ascetismo y ayuno. Entonces se representaba el drama con una música y un ritual impresionantes, incienso y todo lo que pudiera influir en las emociones. En la representación, el que tomaba parte en aquella forma de culto se identificaba con el dios de tal manera que pasaba por los mismos sufrimientos y compartía el triunfo y la vida divina del dios. Las religiones místicas ofrecían una unión mística con algún dios. Cuando se experimentaba aquella unión, el iniciado era, en el lenguaje de los misterios, *un nacido* de nuevo. Los misterios herméticos tenían como parte de sus creencias básicas que « No puede haber salvación sin regeneración.» Apuleyo, que se sometió a la iniciación, dijo que había pasado por «una muerte voluntaria,» y que mediante ella había

alcanzado < su nuevo nacimiento espiritual,» y era «como nacido de nuevo.» Muchos de los ritos de iniciación de los misterios tenían lugar a medianoche, cuando muero y renace el día. En los misterios frigios, al iniciado, después de su iniciación, le daban leche, como si fuera un niño recién nacido.

El mundo antiguo conocía muy bien la idea del renacimiento y la regeneración. Lo anhelaba y buscaba por todas partes. La más famosa de todas las ceremonias misteriosas era el taurobolium. El candidato se metía en un pozo, que se cubría con una rejilla. Sobre esta se degollaba un toro, cuya sangre bañaba al iniciado; y cuando salía del pozo era *renatus in aeternum*, renacido para la eternidad. El Cristianismo trajo precisamente lo que todo el mundo estaba buscando.

¿Qué quiere decir para nosotros el nuevo nacimiento? En el Nuevo Testamento, y especialmente en el Cuarto Evangelio, hay cuatro ideas íntimamente relacionadas: el nuevo nacimiento; el Reino del Cielo, en el que nadie puede entrar a menos que nazca de nuevo; llegar a ser hijos de Dios, y la vida eterna. La idea del nuevo nacimiento no es exclusiva del pensamiento del Cuarto Evangelio. En Mateo encontramos la misma gran verdad expresada aún más sencilla y gráficamente: «Si no os volvéis y os hacéis como niños no entraréis en el Reino del Cielo» (18:3). Estas ideas encierran la misma verdad.

NACER DE NUEVO

Juan 3:1-6 (conclusión)

Vamos a empezar por El Reino del Cielo. ¿Qué quiere decir? Su mejor definición la encontramos en la Oración Dominical, que contiene dos peticiones paralelas:

Venga Tu Reino, Hágase Tu voluntad, como en el Cielo, así también en la Tierra.